

**¿derrumbe del
capitalismo o sujeto
revolucionario?**

anton pannekoek

karl korsch

paul mattick

78

CUADERNOS
DE
PASADO Y
PRESENTE

edición al cuidado de José Aricó
portada de Anhele Hernández

primera edición en español, 1978
© ediciones de pasado y presente
impreso y distribuido por Siglo XXI Editores, S. A.
Cerro del Agua 248 - México 20, D. F.

ISBN 968-23-0133-5

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México
printed and made in Mexico

ÍNDICE

TEORÍA DEL DERRUMBE Y CAPITALISMO ORGANIZADO EN LAS DISCUSIONES DEL "EXTREMISMO HISTÓRICO", *por* GIACOMO MARRAMAIO 7

1. Capitalismo y crisis en el debate sobre la organización: entre Lenin y Kautsky, 10; 2. Las vicisitudes de la "teoría del derrumbe" y la génesis del "Linksradikalismus", 15; 3. Crisis imperialista y "actualidad de la revolución": la fase "leninista" del "Linksradikalismus", 19; 4. Las "dos almas" del Linksradikalismus, 25; 5. La fase teórica del comunismo de izquierda y los nuevos términos del problema de la crisis, 29; 6. El modelo dinámico de Grossmann y la matriz común de planismo y derrumbismo. De la "crisis general imperialista" al "capitalismo de estado", 40

¿DERRUMBE DEL CAPITALISMO O SUJETO REVOLUCIONARIO? 51

PRÓLOGO, *por* PAUL MATTICK 53

LA TEORÍA DEL DERRUMBE DEL CAPITALISMO, *por* ANTON PANNEKOEK 62

Marx y Rosa Luxemburg, 63; Rosa Luxemburg y Otto Bauer, 66; El esquema de reproducción de Grossmann, 68; Grossmann contra Marx, 74; El materialismo histórico, 78; El nuevo movimiento obrero, 81

OBJETIVO, *por* PAUL MATTICK 85

SOBRE LA TEORÍA MARXIANA DE LA ACUMULACIÓN Y DEL DERRUMBE, *por* PAUL MATTICK 86

Desde el "punto de vista puramente económico", 86; La acumulación a la luz de la dialéctica de Marx, 87; El esquema de reproducción de Grossmann, 90; Acumulación por amor a la acumulación, 92; El "error" de Grossmann, 94; Grossmann contra Marx, 98; El materialismo histórico, 104; El nuevo movimiento obrero, 104

FUNDAMENTOS DE UNA TEORÍA REVOLUCIONARIA DE LAS CRISIS, *por* KARL KORSCH 107

ALGUNOS SUPUESTOS BÁSICOS PARA UNA DISCUSIÓN MATERIALIS- TA DE LA TEORÍA DE LAS CRISIS, <i>por</i> KARL KORSCH	124
LA CRISIS MORTAL DEL CAPITALISMO, <i>por</i> PAUL MATTICK	132
Crisis mundial y movimiento obrero, 132; La guerra como cambio de dirección, 132; La crisis mortal, 134; La ley marxiana de la acumulación y del derrumbe, 135; Crisis mortal, 138; La realidad de la crisis mundial, 140; Las consecuencias proletarias, 143	
FUENTES UTILIZADAS	148
BIBLIOGRAFÍA SUPLEMENTARIA EN ESPAÑOL	149

TEORÍA DEL DERRUMBE Y CAPITALISMO ORGANIZADO EN LAS DISCUSIONES DEL "EXTREMISMO HISTÓRICO" *

La presencia constante de la alternativa "derrumbe o revolución" en las distintas fases del desarrollo del marxismo es hoy justamente considerada como un dato adquirido por la reciente historiografía del movimiento obrero. Lo que sin embargo aún no ha sido examinado con suficiente atención es la manera como, en el periódico replanteamiento de sus diversas expresiones teóricas, los dos segmentos de esa alternativa atraviesan diagonalmente el cuadro de las posiciones políticas, reuniendo a menudo bajo un denominador común posiciones o corrientes heterogéneas y, en ocasiones, incluso opuestas. De ahí nuestra convicción sobre el carácter desorientador —para una correcta comprensión histórica de los momentos cruciales del movimiento obrero occidental y, en consecuencia, para una actualización teórica de la estrategia para el socialismo en los países de capitalismo desarrollado— del esquema interpretativo que reduce ese cuadro al choque entre socialdemocracia y leninismo y, tanto en sentido general como dentro de cada una de las dos "áreas", a la reproducción tan estéril como mítica del cisma entre alma reformista y alma revolucionaria. Un ejemplo evidente de la improductividad de un esquema semejante lo suministra paradójicamente, la trayectoria de ese "radicalismo de izquierda" que, surgido a comienzos del siglo *dentro* de los partidos socialistas europeos (y en particular en las socialdemocracias alemana y holandesa), dio lugar después en el curso de su desarrollo a un frente de posiciones complejo e internamente diversificado. Aquí,

* Este trabajo retoma con algunas modificaciones y agregados el texto de una comunicación presentada en Roma el 30 de abril de 1976 en el ámbito del seminario organizado por la sección histórica de la Fundación Basso/Issoco sobre el tema "La cuestión del destino del capitalismo en la Internacional Comunista (desde la fundación hasta la fase preparatoria del VII Congreso)". En el curso de la redacción definitiva he tenido en cuenta, dentro de lo posible, los aspectos y problemas planteados en el debate sobre mi relación y, en particular, de las observaciones de Ester Fano Damascelli y Lucio Villari. Aprovecho la ocasión para agradecer a todos los que intervinieron, contribuyendo con sus preguntas y sus sugerencias a enriquecer y ampliar el horizonte de mi exposición. La responsabilidad por las tesis aquí sostenidas corresponde por entero, naturalmente, a quien escribe.

sin embargo, no nos interesa tanto insistir en la escasa credibilidad historiográfica de los estudios que continúan tratando el fenómeno del *Linksradikalismus* bajo la etiqueta genérica del “extremismo” (lo cual se verifica para sus defensores no menos frecuentemente que para sus adversarios, como lo demuestra la persistencia, aun en las más recientes indagaciones arqueológicas en este campo, de la falta de distinción, en realidad muy grave, entre “comunismo de izquierda”, o *Linkskommunismus*, y “comunismo de los consejos”, o *Rätekommunismus*); nos interesa más bien poner en evidencia que las posiciones de la izquierda radical con respecto a la problemática —para nosotros aún actualísima— del destino del capitalismo estaban lejos de ser homogéneas y que, en consecuencia, es arbitrario y regresivamente ideológico presuponer la existencia de una línea revolucionaria en estado puro, es decir, ajena al desgaste del movimiento obrero y a las propias contradicciones del “reformismo”.

Ciertamente, a tornar compleja y contradictoria la parábola del *Linkskommunismus* —situada en el punto neurálgico de colusión y de choque entre “marxismo de la Segunda Internacional” y “leninismo”— concurren en gran medida los procesos de la lucha de clases y de la discusión teórico-estratégica desde fines de siglo hasta los años de la guerra y de la revolución de octubre;¹ pero, sobre todo, concurre la ulterior complicación de la toma de posición y de los términos del debate observable en el período comprendido entre el inicio de la “fase de estabilización” y la gran crisis de 1929 (que se produce simultáneamente con el “giro a la izquierda” de la Internacional Comunista). En el período entre las dos guerras, frente a la resistencia de los estados capitalistas y a la detención del movimiento, aflora y se hace cada vez más explícita una circunstancia que estaba en la base de la impotencia estratégica de la izquierda europea (y que había quedado en la sombra, por efecto de una dinámica política objetiva, en los años del choque frontal): teoría de la crisis y teoría del desarrollo —“derrumbe” y “capitalismo organizado”— eran difíciles de coordinar, tomados separadamente o planteados como alternativa abstracta, con una posición política precisa. Baste pensar que, si entre los partidarios de la *Zusammenbruchstheorie* se cuentan, junto a Kautsky (o por lo menos al Kautsky “ortodoxo”), un evolucionista como Heinrich Cunow y una revolucionaria como Rosa Luxemburg, entre sus adversarios encontramos

¹ Como han demostrado las investigaciones más recientes, las líneas de desarrollo del debate sobre la organización parten de la gran encrucijada de la *Bernstein-Debatte* (Cf. Leonardo Paggi, “Intellettuale, teoria e partito nel marxismo della Seconda Internazionale. Aspetti e problemi”, introducción a Max Adler, *Il socialismo e gli intellettuale*, Bari, 1974).

también, junto a otro gran dirigente de la socialdemocracia como Otto Bauer, a uno de los mayores teóricos del comunismo de izquierda, Anton Pannekoek, y al “reformista” Rudolf Hilferding. No creo que sea casual que precisamente este último, en un informe presentado en 1927 al congreso socialdemócrata de Kiel —relación justamente considerada como uno de los textos clave del debate sobre el capitalismo organizado— al insistir en su oposición al “derrumbismo”, no haya vacilado en hacer suyo el postulado activista del *Linksradikalismus*: “Siempre hemos sido de la opinión”, afirmaba Hilferding. “de que el derrumbe del sistema capitalista no debe esperarse en forma fatalista, desde el momento que, muy lejos de ser el producto de las leyes internas del sistema, debe ser el resultado de la acción consciente, de la voluntad de la clase obrera. El marxismo nunca ha sido fatalismo, sino por el contrario máximo activismo.”²

Esta maraña de posiciones, que a primera vista puede dar la impresión de un paradójal *quid pro quo* de extremismo y de reformismo, no debe sin embargo llevarnos a una denuncia tan cómoda como estéril de los “límites” de la izquierda (o del marxismo) “occidental”, sino impulsarnos más bien a captar la complejidad y riqueza (ciertamente no exenta de contradicciones y de aspectos aporéticos) de su problemática, que —lejos de constituir una construcción sin puertas ni ventanas— interactúa profundamente con los problemas del leninismo y con los niveles organizativos e ideológicos más avanzados de la hegemonía burguesa.

Para medir, aunque sea parcialmente, la complejidad de esa problemática, será preciso destacar tres aspectos que hasta ahora han quedado en la sombra y sin embargo, en nuestra opinión, son fundamentales: 1] las coincidencias y los puntos de cruce entre ciertas posiciones del *Linkskommunismus* y algunas “variantes” del marxismo de la Segunda Internacional; 2] el carácter no unívoco —en sentido determinista— de la “teoría del derrumbe”, cuya fortuna debe verse en relación con las distintas fases históricas de la dialéctica entre desarrollo capitalista y movimiento obrero, en las cuales no sólo desempeña papeles diversos uniéndose a posiciones políticas a veces incluso opuestas, sino que se transforma en su propia configuración interna, asumiendo distintos “estatutos” epistemológicos y distintas modalidades de enfoque del tema de la crisis; 3] el cambio de función del *momento teórico* del análisis del capitalismo y de sus tendencias de desarrollo, por obra de la parte más sensible y avanzada

² Rudolf Hilferding, “Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik” en *Protokoll der Verhandlungen des sozialdemokratischen Parteitagés 1927 in Kiel*, Berlín, 1927, p. 165.

del "comunismo de izquierda", en la posguerra y, sobre todo, a fines de la década del veinte.

Por toda esta serie de razones, las consideraciones que desarrollaremos, si bien por un lado no pueden limitarse a hacer referencia a las posiciones del *Linkskommunismus*, por el otro no intentan dar un tratamiento especializado del debate sobre el destino del capitalismo en el marxismo *mitteleuropeo*. Se proponen más bien examinar —en el marco de un reconocimiento por grandes líneas— los puntos salientes en que este debate se resuelve, en el campo de tensión comprendido entre los dos polos del "leninismo" y del "marxismo de la Segunda Internacional". En el curso de la exposición trataremos de especificar los diversos cortes y momentos de este complejo cuadro de discusión, refiriéndolos a polémicas y a aspectos temáticos que, por la particular coyuntura en que se inscriben o por su valor periodizante, nos parece que tienen un relieve emblemático.

1. CAPITALISMO Y CRISIS EN EL DEBATE SOBRE LA ORGANIZACIÓN: ENTRE LENIN Y KAUTSKY

En enero de 1916 aparece en la revista alemana *Vorbote* el artículo de Lenin "El oportunismo y la bancarrota de la Segunda Internacional". La oportunidad de partir de esta intervención surge, en la economía general de nuestro discurso, no tanto del hecho (por otra parte de gran importancia históricamente) de que ahí se hace un lúcido balance de la involución de la socialdemocracia alemana, sino más bien de la circunstancia de que en ella se introduce un nexo específico. Es decir, Lenin relaciona estrechamente el método y el mérito de su crítica a la que considera fase extrema de virulencia del oportunismo de la Segunda Internacional —el socialchovinismo— con la *reactivación de la teoría de la crisis final*, vista como base fundamental de la actualidad de la revolución: "La época del imperialismo capitalista es la época del capitalismo que ha alcanzado su madurez, está demasiado maduro y se halla en la víspera de su derrumbe".³

A pesar de las apariencias, Lenin no se propone desempolvar aquí la vieja *Zusammenbruchstheorie*, orgánica al corpus doctrinario de la primera fase de la Segunda Internacional, sino más bien resolver la diada derrumbe/revolución en el concepto de *crisis revolucionaria*. Si tomamos este trabajo de reflexión en el momento histórico mundial que le es propio —estamos en pleno conflicto bélico y la víspera

³ V. I. Lenin, *Opere scelte*, Roma, 1965, p. 558.

de la revolución— descubrimos también su fuerte carga política: mucha agua ha pasado bajo los puentes, en el curso de las largas y encendidas discusiones táctico-organizativas de las socialdemocracias rusa y alemana. Y no es casual que uno de los principales blancos de la crítica leninista sea en este artículo la teoría del “ultraimperialismo” de Kautsky. El carácter “completamente político” del discurso de Lenin no surge de la contingencia del momento histórico determinado, virtualmente propicio a las fuerzas revolucionarias en Rusia, sino de una búsqueda estratégica de más de diez años, caracterizada por la hipótesis de una *nueva organicidad* entre forma teórica y forma organizativa de la lucha de clases a escala mundial. La categoría leninista de imperialismo es legible, en su totalidad, en esta óptica: tiene como *presupuesto* una interpretación precisa de las tendencias sociales de desarrollo por las cuales las relaciones de fuerza entre proletariado y burguesía se dislocarían rápidamente, *en la nueva fase* en favor del primero.⁴ Su “teoría” del imperialismo (que a menudo ha sido objeto de críticas ciertamente legítimas, pero sin embargo abstractas, por ser conducidas en terreno puramente científico-económico) deriva y depende inmediatamente de esta valoración de conjunto de las relaciones de fuerza a nivel mundial, y viene por lo tanto a insertarse en un modelo táctico-organizativo ya preparado anteriormente: el modelo bolchevique.⁵

Ciertamente Lenin no está solo en este esfuerzo de elaboración, que se extiende por los años 1905-1917. No actúa ni piensa en el espléndido aislamiento de individuo cósmico-histórico en que se complace en representarlo la estéril hagiografía de un marxismo-leninismo estereotipado y reducido a formulario vacío, sino que más bien se mide con un debate denso y cerrado que ve como protagonistas a los máximos exponentes del movimiento obrero y que tiene como fondo y pasado inmediato la *Bernstein-Debatte*. Diez años antes que Lenin escribiera el artículo mencionado, en efecto, Rosa Luxemburg, en su famosa intervención *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906), había hecho valer un uso completamente análogo de las categorías de “crisis” y de “imperialismo”: la fase imperialista y militarista de la burguesía plantea en términos irrevocables la alternativa “socialismo o imperialismo” y determina objetivamente un salto cualitativo en la acción espontánea de las masas. La huelga

⁴ Cf. “Progetti di risoluzione della sinistra di Zimmerwald” (1915), en V. I. Lenin, *Opere*, vol. XXI, Roma 1966, pp. 316-318.

⁵ Véase al respecto la notable introducción de Vittorio Strada a V. I. Lenin, *Che fare?*, Turín, 1971 (el volumen incluye también las actas del II Congreso de Posdr y textos importantes del debate teórico sobre el problema del partido. [Trad. esp., *¿Qué hacer?*, México, Era, 1977.]

de masas se convierte entonces en forma de manifestación y, al mismo tiempo, instrumento de una relación de fuerza entre las clases en lucha que es el producto de una situación objetiva. La controversia sobre la táctica, la *Organisationsfrage*, imprime una enorme aceleración a la lucha política interna de la socialdemocracia, haciéndole dar un salto cualitativo también con respecto al debate sobre el revisionismo, de donde había partido: es precisamente aquí, en el nudo neurálgico de la polémica sobre la huelga de masas que se produce, en efecto, la ruptura del "frente ortodoxo" del partido (la ruptura entre Kautsky y Rosa Luxemburg), con la caracterización de una nueva tendencia "radical" (a la cual se adherirá, como veremos, también Pannekoek).

Lo que importa destacar es que, al hacer interactuar la teoría de la inevitabilidad de la tendencia imperialista del modo de producción capitalista con el estado del debate sobre la táctica de la socialdemocracia, Rosa llegaba a afirmar la centralidad organizativa del *Massenstreik*, fundándola en la comprobación objetiva de una reducción de los márgenes de maniobra de la clase burguesa, de donde extraía la consecuencia de una creciente radicalización de la misma en sentido reaccionario, agresivo y antiobrero. "Así," escribía en su hoy célebre panfleto reflexionando sobre la revolución rusa de 1905, "la huelga de masas demuestra ser no un producto específico ruso, surgido del absolutismo, sino una forma general de la forma de lucha proletaria que nace del estadio presente del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase [...] la actual revolución rusa está en un punto del camino histórico que ha superado ya la montaña, la cima de la sociedad capitalista, donde la revolución burguesa no puede ser ahogada por los contrastes entre burguesía y proletariado, sino por el contrario se despliega en un nuevo largo período de poderosas luchas sociales, en el que el arreglo de la vieja cuenta con el absolutismo aparece como un detalle insignificante frente a las nuevas cuentas que la propia revolución abre. La actual revolución realiza así simultáneamente en el caso particular del absolutismo ruso los resultados generales del desarrollo capitalista internacional y parece menos un último epígono de las viejas revoluciones burguesas que un precursor de la nueva serie de las revoluciones proletarias de Occidente. El país más atrasado, precisamente por estar tan imperdonablemente atrasado con respecto a la revolución burguesa, muestra así caminos y métodos de la futura lucha de clases al proletariado de Alemania y de los otros países capitalistas avanzados." ⁶

⁶ Rosa Luxemburg. *Scritti politici*, edición de Lelio Basso, Roma, 1967, pp. 350-351 (para la polémica de Rosa con Kautsky y co.; Lenin véase en

Del contexto del discurso luxemburguiano surgía no sólo un análisis de las relaciones de fuerza a escala internacional homólogo al de Lenin, sino también la convicción del carácter irrevocablemente involutivo y autoritario del desarrollo maduro del capitalismo que hacía, más que errado, anacrónico el proyecto reformista y, paradójicamente, actual sobre todo para los países más avanzados la perspectiva revolucionaria de la atrasada Rusia. Aparecía así la alternativa "imperialismo o socialismo" que también Kautsky había sostenido, por lo menos verbalmente, en su obra de 1909 *El camino del poder*. En efecto, también aquí el concepto de la inevitabilidad del fin del capitalismo y de la revolución se fundaba en la previsión de una creciente polarización del choque de clases entre una burguesía reaccionaria (necesariamente imperialista) por un lado y proletariado (abroquelado en torno al partido socialdemócrata) por el otro. Más allá de las apariencias y de los enunciados verbales, sin embargo, la adopción del esquema "ortodoxo" asumía en Kautsky una función completamente distinta, si no opuesta, que en Rosa Luxemburg. Se trata, sin embargo, de una diferencia que no siempre es posible captar si nos detenemos en el análisis textual; y eso por el simple pero fundamental motivo de que el centro del debate se había desplazado del plano estrictamente ideológico al plano organizativo. En este último se reformulaban ahora los principios y el propio "estatuto" de la teoría. Que en eso, por otra parte, estuviera la raíz de las debilidades del movimiento, de esa subestimación de las capacidades de resistencia y de reorganización del adversario que delataba la insuficiencia del "marxismo ortodoxo" para penetrar científicamente la complejidad del proceso histórico de la formación social capitalista, es otro problema, que afrontaremos más adelante. Sin embargo, es a nivel de la opción estratégica donde podemos descubrir la clara divergencia entre Kautsky y Rosa, *el uso profundamente distinto* que hacen de la teoría del derrumbe. Mientras Rosa Luxemburg subordinaba el análisis de conjunto del destino catastrófico del capitalismo al arraigo objetivo de una nueva forma de organización y de acción (no es casual que haya escrito *La acumulación del capital* seis años después del opúsculo sobre el *Massenstreik*), Kautsky se esforzaba por extraer de él una visión de la relación de fuerza entre las clases armonizables con una táctica gradualista.

En un importante artículo publicado en 1909 en *Die Neue Zeit*, general la introducción de Lelio Basso). [En esp., *Huelga de masas, partido y sindicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 13, México, Siglo XXI, 5ª edición, 1978, pp. 96-97.] Para la evolución de las ideas luxemburguianas sobre táctica cf. Adolf Warsky, *Rosa Luxemburgs Stellung zu den taktischen Problemen der Revolution*, Hamburgo, 1922, pp. 7-15.

en efecto, introducía la habitual contraposición entre Europa avanzada y Rusia atrasada precisamente para demostrar, en polémica con Rosa, la inconveniencia de una ofensiva abierta en la fase madura del desarrollo de la lucha de clase: la bipolarización del conflicto en un bloque burgués (cada vez más propenso a la reacción) y un bloque proletario, producida en forma inevitable por las tendencias imperialistas del capitalismo, induce a evitar el uso de una forma de lucha como la huelga de masas, que forzaría en forma aventurera los tiempos de la ruptura. De ahí la necesidad para Kautsky de trazar una línea de demarcación neta entre “estrategia de la aniquilación” y “estrategia del desgaste”, que responderían a situaciones y estadios diferentes de la relación de fuerzas.⁷

El razonamiento era indudablemente agudo y válido, pero no hasta el punto de oscurecer la sustancia pragmática de la operación. Creo que cometeríamos un grave error si nos dejáramos inducir a ver en esta discriminación kautskiana una nota preanunciadora de la posterior reflexión teórico-estratégica del movimiento obrero occidental, o incluso de la distinción gramsciana entre “guerra de movimiento” y “guerra de posición”. Dejando de lado la consideración historiográfica de las distintas coyunturas, al respecto es preciso no perder de vista —precisamente para una “historización” correcta— un aspecto teórico que en nuestra opinión no es posible dejar de lado: en toda la obra de Kautsky está ausente el momento que funda en Gramsci la opción estratégica por la guerra de posición en los países de capitalismo avanzado: el reinicio y reactivación de la crítica de la economía política y de la teoría de la revolución de Marx a través del análisis de las *rupturas y transformaciones estructurales* del modo de producción, que, determinando una relación específica entre estado y sociedad, política y economía, en las diversas formaciones sociales, influyen profundamente sobre la composición, sobre los métodos de lucha y sobre las propias formas de conciencia de las clases antagónicas. El postulado gradualista, injertado en el tronco de una visión naturalista-evolutiva de la génesis y del pasaje de las formas de sociedad, impedía en cambio a Kautsky la posibilidad de una comparación productiva con las nervaduras morfológicas específicas de los distintos momentos históricos del desarrollo capitalista, obli-

⁷ Cf. Karl Kautsky, “Was nun?”, en *Die Neue Zeit* Jg. xxvii, 1909-1910, Bd. 2, p. 37. [En esp., “¿Y ahora qué?”, incluido en AA.VV. *Debate sobre la huelga de masas* (Primera parte), Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 62, México, Siglo XXI, 2ª edición, 1978, p. 133.] “El moderno arte militar”, escribía Kautsky, “distingue entre dos tipos de estrategia: la estrategia de aniquilación y la estrategia del desgaste (*die Niederwerfungs und die Ermattungsstrategie*)”. *Ibid.*

gándolo a motivar la elección de la estrategia recurriendo a factores “superestructurales” o puramente “político-institucionales”. Aquí está, si vemos bien, la raíz de esa yuxtaposición de instancias (que se encuentra aún en fases diversas de la concepción kautskiana) y de esa oscilación entre economicismo y politicismo que, si es también típica del marxismo de la Segunda Internacional, no es sin embargo una característica exclusiva de éste, sino que se transmite a tendencias teóricas y corrientes políticas declaradamente hostiles a él, como las que más tarde Arthur Rosenberg, el gran historiador de la república de Weimar, reunirá bajo la expresión “*radikaler Utopismus*”. En conclusión, aun aceptando las importantes puntualizaciones críticas contenidas en las investigaciones más recientes sobre la evolución de la reflexión kautskiana,⁸ debemos aquí observar que ni siquiera en el mejor Kautsky la teoría del derrumbe sirvió nunca de base para una estrategia autónoma y activa de la clase obrera o de ese concepto de “actualidad de la revolución” a través del cual, a partir de la insurrección rusa de 1905, la izquierda europea empezaba a medirse con la discontinuidad del proceso histórico y con la tortuosidad y discronía de los procesos de transformación económico-social.

2. LAS VICISITUDES DE LA “TEORÍA DEL DERRUMBE” Y LA GÉNESIS DEL “LINKSRADIKALISMUS”

A comienzos de la década de 1910, pues, había madurado la ruptura interna del ala “ortodoxa” y se perfilaba ya, en el ámbito de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional una tendencia “radical” autónoma —mientras Kautsky, por su lado, simultáneamente con la victoria electoral de 1912 (obtenida por la Spd con una propaganda muy moderada, que le permitía afirmarse, con el 34,8% de los votos, como el partido más fuerte del Reichstag), toma decididamente el camino del centralismo. Pero sobre todo debe destacarse a esta altura una circunstancia fundamental para los fines de nuestro discurso, a la que ya hemos hecho referencia en el párrafo anterior: la emergencia de una nueva manera de afrontar la problemática del destino del capitalismo, un modo que presenta muy escasas afinidades con la *Zusammenbruchstheorie* de los comienzos de la Segunda Internacional (expresada elocuentemente por el de-

⁸ Me refiero principalmente al excelente ensayo de Massimo L. Salvadori, “La concezione del processo rivoluzionario in Kautsky (1891-1922)”, en AA.VV., *Storia del marxismo contemporaneo* (vol. XV de los *Annali Feltrinelli*) Milán, 1974, pp. 26-80.

rumbismo determinista à la Cunow). A diferencia de las canonizaciones del corpus doctrinario del marxismo (contra las cuales había polemizado Eduard Bernstein, con la serie de artículos *Probleme des Sozialismus*, que forma el esqueleto de *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*), la teoría de la crisis o “dei derrumbe” (como continúa llamándola Rosa Luxemburg) elaborada y animosamente discutida en estos años, no se limita a *contemplar* el transcurso de una legalidad ineluctable sino que hace de activante de la conciencia revolucionaria de las masas. Ya hemos visto, por otra parte, que el propio Kautsky se adaptaba a esta nueva situación del debate, eliminando su derrumbismo anterior y elaborando una pragmatización —desde su punto de vista político— de la *Zusammenbruchstheorie* en el sentido de una táctica gradualista. La fuerte simetría existente entre los diversos cursos de esa vertiente “objetiva” de la lógica de *El capital* que para los “revisionistas” parecía dar lugar a un álgebra del derrumbe tan mítica como aquella “álgebra de la revolución” que Lenin veía encerrada en la *Lógica* de Hegel, parece pues justificar plenamente el juicio retrospectivo formulado por Korsch inmediatamente después del advenimiento del nazismo, según el cual nunca habría existido una teoría de la crisis revolucionaria *en sí*, por lo cual las discriminantes debían buscarse más bien en las actitudes políticas de fondo que de tanto en tanto la apuntalaban. Dejando para más adelante el análisis de este agudo diagnóstico korschiano (que se da en el contexto de una significativa discusión del *Linkskommunismus*), trataremos ahora de distinguir —precisamente para facilitar la comprensión de las varias vicisitudes de la teoría de la crisis final en el debate del extremismo histórico— las formas en que se manifiesta la concepción del fin inevitable del capitalismo en las distintas coyunturas del movimiento obrero.

Esquemmatizando, en mi opinión es posible distinguir *tres fases* de la *Zusammenbruchstheorie*:

1] La primera fase es la de la teoría del derrumbe que podemos definir como “clásica de la Segunda Internacional”, desarrollada en la década de 1890 y expuesta en forma ejemplar por Heinrich Cunow en las páginas de *Die Neue Zeit*. Cunow no hace ninguna distinción entre lado objetivo y lado subjetivo de la exposición marxiana de la crisis, por lo cual no vacila en atribuir a Marx el ingenuo catastrofismo criticado por Bernstein: “Bernstein afirma [...] que no tendríamos ninguna razón para auspiciar un próximo derrumbe del actual sistema porque la atomización de las empresas, que todavía existe, nos pondría ante una tarea irrealizable en una discusión científica acerca de la validez de la visión marxiana del proceso de desarrollo capitalista. Podría hallar justificación si se tratase de provocar el

derrumbe por la fuerza, mediante cualquier método violento, una insurrección, una huelga general, etc. Pero en el caso en cuestión no se habla en absoluto del empleo de tales métodos; se trata solamente de saber si existen o pueden existir las condiciones para un derrumbe, y al respecto no deciden ciertamente ni nuestras voluntades ni nuestros deseos. El eje de todo el problema es si nuestro desarrollo económico impulsa a las tendencias operantes en él hacia una catástrofe general; y ningún deseo nuestro tiene mayor peso que el deseo de cualquier otro partido, por ejemplo de los nacional-liberales o de los antisemitas.”⁹ Como puede notarse inmediatamente, estamos exactamente en las antípodas de la posición de Hilferding, citada anteriormente, pero también bastante lejos del derrumbismo revolucionario de Rosa Luxemburg, que apunta precisamente a romper el divorcio entre ciencia y acción, entre teoría y política, tal como se afirma rígidamente en la enfatización cunowiana (y kautskiana) de la *absolute Gesetzmässigkeit* del desarrollo económico.¹⁰

2] La segunda fase se inicia en 1905, después de los acontecimientos rusos, con el debate —del que ya hemos analizado algunas intervenciones significativas— sobre el papel de la huelga de masas en la organización proletaria en relación con la dinámica de la crisis imperialista. Es ahí que se origina la tendencia que después dará lugar al “comunismo de izquierda”; y es también en estos años que emerge la alternativa “derrumbe o revolución”, es decir la discusión militante sobre la compatibilidad o no de la *Zusammenbruchstheorie* con una perspectiva activista-revolucionaria. Esta fase llega hasta cerca de 1924 —es decir hasta la *Stabilisierungsperiode*— e incluye los comienzos del llamado “marxismo occidental”, que hasta ahora ha sido, en la mayor parte de los casos, estudiado en clave exclusivamente ideológica, *geschichtsphilosophisch*, nunca en relación con la dimensión concreta de la discusión teórico-política de aquellos dramáticos años de la Alemania weimariana (y aquí es lícito preguntarse cómo es posible comprender el “luxemburguismo” del Lukács de *Historia y conciencia de clase* y el “leninismo radical” del Korsch de *Marxismo y filosofía* prescindiendo del status de la *Organisationsfrage*, de las contradicciones del movimiento de los consejos y de la “teoría de la ofensiva” de Rádek y Bela Kun).¹¹

⁹ Heinrich Cunow, “Zur Zusammenbruchstheorie”, en *Die Neue Zeit*, Jg. XVIII 1898-1899, Bd. 1, p. 430 (trad. parcial en la antología de Lucio Colletti, *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978).

¹⁰ La concepción kautskiana de las leyes históricas se halla expresada en forma elocuente en el comentario de 1892 al programa de Erfurt (Cf. Karl Kautsky, *Il programma di Erfurt*, Roma, 1971, pp. 73 ss. y 103 ss.).

¹¹ Para este orden de problemas véase a G. de Masi y G. Marramao, “Con-

3] La tercera fase —que coincide con el reflujo y, después, con la derrota del movimiento obrero europeo— va desde la mitad de la década de 1920 hasta el debate sobre la crisis y sobre el capitalismo de estado que se desarrolla entre los años 20 y los años 30. Esta fase es emblemáticamente expresada por el esclerosamiento de la teoría catastrófica en la Internacional Comunista, por un lado, y por el desarrollo y completamiento de la teoría del ciclo “en el campo burgués” por el otro. Por lo que se refiere a los *Linksradi kalen*, el punto crucial y teóricamente más significativo es el debate sobre el libro de Grossmann, que connota la presencia de una *Zusammenbruchstheorie* orgánica fuera de la Segunda y de la Tercera Internacional. Lo que distingue a esta fase de la anterior es la caída (determinada por la *débaclé* del movimiento de clase) del debate sobre la táctica, que subordinaba la teoría del derrumbe a una contraseña política; de ahí la impresión de una mayor separación de la política, directamente proporcional a la exigencia de un enfoque científico-predictivo de las tendencias de desarrollo del modo de producción capitalista. En sus más maduras producciones teóricas y analíticas, como veremos, esa actitud producirá un enfrentamiento cerrado y fecundo con el pensamiento económico burgués —Keynes en particular— y con la problemática del intervencionismo estatal.

Para comprender el alcance de estas evoluciones del debate sobre el destino del capitalismo será preciso ahora examinar en primer término las discriminantes internas del “radicalismo de izquierda” en la coyuntura —ya en parte delineada a través de la polémica entre Kautsky y Rosa Luxemburg— de la segunda fase.

En un volumen de 1914 sobre la huelga política Heinrich Laufenberg¹² —que más adelante llegaría a ser, junto con Wolffheim, el líder y teórico del “nacional bolchevismo”— al hacer un balance de la *Massenstreikdebatte* realizada por la izquierda radical, afirmaba que la huelga de masas era el efecto orgánico de una época social determinada, caracterizada por la fase imperialista del capitalismo. Pero si sobre esta afirmación general, en que se utilizaban como sinónimos “imperialismo” y “actualidad de la revolución”, estaban de acuerdo todos los *Linksradi kalen* (que precisamente sobre ella basaron su inicial adhesión a Lenin), no puede decirse lo mismo de las consecuencias que se extraían de ella en términos de análisis de las contradicciones objetivas del capitalismo. En realidad los corolarios de este teorema estaban muy lejos de darse por descontados

sigli e Stato nella Germania di Weimar. Note storiche per una riflessione teorica”, en *Problemi del socialismo*, cuarta serie, año xvii, núm. 2. abr-jun., 1976 pp. 7-64.

¹² *Der politische Streik*, Stuttgart, 1914.

dentro de la izquierda *mitteleuropea*; y, como veremos, no se homologarán ni siquiera en el ámbito del *Linkskommunismus*, cuando se vuelva organizativamente autónomo, separándose del partido comunista. Es significativo, en este sentido, que ya en la polémica que los ve unidos contra Kautsky se perfila una divergencia entre Rosa Luxemburg y Pannekoek.

3. CRISIS IMPERIALISTA Y "ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN": LA FASE "LENINISTA" DEL "LINKSRADIKALISMUS"

Aun aceptando el nexo luxemburguiano entre imperialismo y acción de masas, Pannekoek tiende a imprimir a la problemática de la relación crisis-revolución una dirección decididamente subjetivista. Su análisis se concentra totalmente en el proceso de progresiva emancipación de las masas de la tutela pedagógico-iluminadora de las organizaciones políticas y sindicales. En dos artículos publicados en la *Neue Zeit*,¹³ que por otra parte constituyen intervenciones de notable importancia en el debate sobre la táctica de la socialdemocracia, Pannekoek afirma sí que la subjetividad revolucionaria es resultado de contradicciones objetivas inherentes al desarrollo económico, pero añade que en la fase actual ya habría ocurrido una especie de pase de estafeta: mientras las condiciones materiales del socialismo son ya *dadas* (es decir que la objetividad económica habría prácticamente cumplido y agotado su propia función), se trataría ahora en cambio de producir una verdadera animación espiritual del proletariado (es decir, la palabra debe ser pasada sin reserva a la subjetividad). El medio de esa activación son, precisamente, aquellas *Massenaktionen* que el pasivismo reformista denigra como aventureras. Urgida de ese modo, la acción autónoma de la clase obrera se dirigiría espontáneamente hacia la *ruptura* revolucionaria del estado burgués. El tema de la autonomía espiritual del proletariado es acentuado aún más en el segundo artículo, es decir en "Marxistische Theorie und revolutionäre Taktik": La peculiaridad de la fase imperialista no debe buscarse tanto en aspectos estructurales, o en una configuración morfológica nueva y específica de las relaciones de producción capitalistas, sino más bien en el hecho de que en ella el proletariado ha

¹³ Cf. Anton Pannekoek, "Massenaktion und Revolution" en *Die Neue Zeit*, Jg. xxx, 1911-1912, Bd. 2, pp. 541-550, 585-593, 609-616 [en esp., "Acción de masas y revolución", en A.A.V.V., *Debate sobre la huelga de masas* (Segunda parte), Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 63, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976], y "Marxistische Theorie und revolutionäre Taktik", *ibid.*, Jg. xxxi, 1912-1913, Bd. 1, pp. 272-281, 365-373.

conquistado la capacidad de autoorganizarse, habiendo concluido ya el periodo de aprendizaje en el "clásico" capitalismo competitivo, y habiéndose constituido definitivamente como clase autónoma; además, al haber adquirido ya como virtudes permanentes el sentido espontáneo de la organización y de la solidaridad, los obreros deben emanciparse de la tutela del partido y en general de sus organizaciones históricas. En este diagnóstico Pannekoek iba mucho más allá de las posiciones teórico-políticas de Rosa Luxemburg: mientras ésta criticaba el fetichismo del aparato organizativo, sin por ello negar la necesidad y función del partido, Pannekoek veía en este último un resabio del pasado, un residuo superfluo destinado a ser quemado en el "espíritu de solidaridad"; que —paralelamente a la tendencia de la burguesía imperialista a endurecerse, en el temor del próximo fin de su propio sistema de explotación, en posiciones agresivas y reaccionarias— se transmitiría como tendencia a la totalidad del proletariado.

Debe observarse inmediatamente, aparte de la inflexión subjetivista ya mencionada, la presencia en la posición de Pannekoek de un ingenuo esquema bipolar economicista-eticista, que lo hace insensible a la exigencia de un análisis de las estructuras económico-sociales e institucionales del sistema capitalista y por lo tanto impotente para captar las dislocaciones internas de la estructura de clases a partir de las modificaciones y de los procesos de transformación que estaban revolucionando la fisonomía del capitalismo "clásico" del siglo XIX.

No es casual, por lo tanto, su proposición de integrar la obra de Marx —que consideraba insuficiente en el plano de la elaboración del concepto de emancipación— con la teoría dietzgeniana del "espíritu del proletariado": mientras Marx habría analizado únicamente el condicionamiento del espíritu subjetivo por parte de la economía, Dietzgen en cambio pondría el acento sobre el modo de operar del espíritu visto en su actividad autónoma.¹⁴ Si quisiéramos hacer explícito el supuesto que constituye la base de esta visión, diríamos que la teoría marxiana es condicionada, para Pannekoek, por un residuo iluminista, precisamente de una fase histórica en la que aún era necesario "educar" al proletariado, porque éste no había alcanzado su plena independencia y actividad voluntaria. La raíz de este jacobinismo sería el concepto unilateral de ciencia (sustancialmente positivista y decimonónico) aceptado —por la especificidad de la situación histórica del momento— en la teoría marxiana, que por ello

¹⁴ Cf. Anton Pannekoek, "Dietzgens Werk", en *Die Neue Zeit*, Jg. XXXI, 1912-1913, Bd. 2, pp. 37-47.

habría quedado como una especie de revolución incompleta en el ámbito del pensamiento social: “el significado revolucionario del marxismo”, escribe Pannekoek, “consiste en haber hecho de la doctrina de la historia y de la sociedad una ciencia del mismo carácter y de la misma rigurosa legalidad que las ciencias naturales; sus conclusiones, que refutaban todas las antiguas concepciones burguesas, asumieron por lo tanto la certeza de leyes naturales universalmente aceptadas”.¹⁵ La tarea que hoy se plantea el movimiento obrero es transferir esa lucha y esa búsqueda del plano de la ciencia objetiva, separada, al plano de la conciencia y de las ideologías. Las necesidades de “sacar provecho de la claridad filosófica de Dietzgen en las controversias sobre la táctica” se demuestra *ex negativo* por la enorme influencia ejercida por las “ideas filosóficas burguesas” sobre la corriente revisionista, que abrió las hostilidades con la *Bernstein-Debatte*, es decir con las “primeras discusiones teóricas sobre los fundamentos del marxismo”.¹⁶ Esta operación halla su justificación para Pannekoek en el hecho de que el marxismo debe renovarse profundamente para adaptarse a la nueva situación de la relación entre condicionamientos objetivos y maduración subjetiva (dominio capitalista y clase obrera): mientras entonces “la lucha del proletariado ha sido esencialmente preparación y reunión de las fuerzas” —por lo cual la investigación teórica ha debido asumir en este periodo un carácter predominantemente histórico y económico, y, simétricamente, la teoría general del marxismo no ha ido más allá de la advertencia de que “a la revolución del modo de producción se acompaña necesariamente también una revolución de la superestructura política, que el espíritu es determinado por la materia del mundo real y que la realidad del mundo económico da progresivamente existencia a los supuestos previos materiales del socialismo”—,¹⁷ en la fase imperialista actual la tarea primaria es en cambio el redescubrimiento de ese “lado activo” (*tätige Seite*) que había quedado en la sombra en el “materialismo económico” de Marx y que debe recuperarse con el análisis de la autonomía del proletariado, de su voluntad y de su acción. Sólo así podrá la teoría realizarse completamente, es decir salir de su propia “separación” científicista y materializarse en la actividad de las masas.

Imperialismo significa, por lo tanto, fase terminal del capitalismo, en cuanto actualidad de la revolución y de su manifestación procesal como acción autónoma de masa: si es cierto que en este supuesto general se encierra toda la aporía interna del discurso de Pannekoek,

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

¹⁶ *Ibid.*, p. 46.

¹⁷ *Ibid.*

por otra parte es igualmente indudable que son precisamente las coordenadas de su generalidad las que evidencian el motivo de su momentánea adhesión a Lenin.¹⁸ Las razones de la convergencia coyuntural entre la praxis de los bolcheviques y la línea de los *Linksradikalen* se hallan en la común exigencia de una nueva táctica del movimiento obrero, mediada por la crítica de la “vieja” forma teórica del marxismo, pero sobre todo en el carácter *político* —al que ya nos hemos referido— de la teoría leniniana de la crisis; carácter que explica la extraordinaria eficacia que tuvo sobre el movimiento en lo inmediato, pero al mismo tiempo también la debilidad y precariedad analítica del enfoque de Lenin de la temática del imperialismo, tal como se evidenciará en el curso de los años 20 y, sobre todo, después de la gran crisis de 1929.¹⁹

Efectivamente, entre 1912 y 1917 el motivo unificador entre la posición de Lenin y la de los “radicales” existía, y aparecía, además de concreto, vistoso: se refería a la actitud frente a la guerra imperialista. Entre 1911 y 1914 Kautsky define y completa su concepción del ultraimperialismo basada en la presunta contradicción entre capital financiero, que sería el verdadero sujeto y protagonista de la política imperialista, y capital industrial, que tendría en cambio una vocación innata hacia la distensión y la coexistencia pacífica, pudiendo expandirse únicamente con la ampliación armónica de los mercados basada en el libre comercio: de este último sector provendrían pues para Kautsky los impulsos positivos hacia el entendimiento internacional y la paz. En base a este análisis llegaba a su conclusión acerca de la posibilidad de romper el frente burgués, promoviendo una alianza con los sectores progresistas de la burguesía, que eran precisamente los que representaban al capital industrial.²⁰ Razón por

¹⁸ La convergencia entre Pannekoek y Lenin en Zimmerwald se halla documentada en H. Lademacher, (Hrsg.), *Die Zimmerwalder Linke. Protokolle und Korrespondenz*, La Haya/París, 1967.

¹⁹ Desde este punto de vista, no nos parece exagerado decir que, en su intento de refundación y puesta al día del análisis estratégico frente a los nuevos problemas planteados por la reorganización capitalista y por el fascismo, Gramsci es una voz aislada en el campo marxista. La línea directriz de su investigación, que parte de la altura del “modelo americano”, en nuestra opinión va más allá del “leninismo” y se enfrenta a la nueva “composición orgánica” de la sociedad capitalista, caracterizada por el entrelazamiento de política y economía, estado y relaciones de producción. Véase más adelante el apartado 6.

²⁰ Dicho sea de paso, esta posición representaba una revisión total (introducida sin verificar ni poner nuevamente en discusión sus anteriores postulados) de la hipótesis de la tendencia a la bipolarización de la estructura de clases que Kautsky mismo sostuviera pocos años antes en *Der Weg zur Macht* (1909).

la cual, en segunda instancia, Kautsky preveía que, una vez derrotado el militarismo nacionalista e imperialista, sostenido por la *clique* de depredadores del capital financiero, habría un pasaje de la competencia interimperialista (es decir de esa tensión conflictual que amenaza permanentemente con convertirse en guerra abierta) a una nueva forma de organización internacional de la producción capitalista, que podríamos definir como una especie de cartelización de los estados.²¹

Cuando en el congreso de Chemnitz de la Spd (1912) el presidente del partido Haase, Ledebour, Bernstein y el propio Liebknecht (que en cambio, el 2 de diciembre de 1915, asumirá una posición radical, rompiendo la disciplina partidaria con su voto personal contra la renovación de los créditos de guerra, y será castigado por ello con la expulsión del grupo parlamentario) adhirieron a ese punto de vista de Kautsky (el congreso efectivamente terminó con una resolución en favor de la paz, del entendimiento entre las naciones, del desarme y del libre comercio), Pannekoek —demostrando una notable agudeza y una gran visión política de largo alcance— no vacilará en definir como ilusorias las esperanzas kautskianas y recalcará que la única salida era la revolución final realizada en primera persona por los obreros.²² De ese modo anticipaba tres años la posición de Karl Liebknecht, quien definirá como “utópica” la lucha de Kautsky contra la “tregua interna”, que querían los mayoritarios que habían votado los créditos de guerra para llegar a una paz sin anexiones y a una situación de mayores posibilidades democráticas para el proletario. La guerra se convierte así en el momento de la verdad del enfrentamiento político entre la línea moderada y oportunista de la socialdemocracia y la línea revolucionaria, y es por lo tanto la actitud práctica frente a ella lo que traza la división entre derecha reformista y *Linksradikalen*.

Hasta el comienzo de la década de 1920 las varias componentes del “extremismo histórico” están unidas primero en el rechazo de todo compromiso con la burguesía, después en la crítica al exogenismo de la Segunda Internacional, que consideraba la guerra como una perturbación momentánea del curso socioeconómico “normal”, transcurrida la cual, como decía Kautsky, desaparecerían también las “discrepancias” internas del movimiento (es significativo que, aún

²¹ Por el desarrollo de la teoría kautskiana del “ultraimperialismo”, cf. “Der erste Mai und der Kampf gegen den Militarismus”, en *Die Neue Zeit*, Jg. xxx, 1911-1912, Bd. 2, pp. 107-108, y “Der Imperialismus”, *ibid*, Jg. xxxii, 1913-1914, Bd. 2, pp. 920-921.

²² Cf. *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der SPD 1912*, Berlín, 1912, p. 423.

en la segunda mitad de la década del 20, Hilferding concibiera la guerra como una violencia exterior caída sobre el ritmo natural de la legalidad económica: cerrado ese paréntesis hubiera sido suficiente volver a poner en marcha el mecanismo, casi como si no se tratara de un efecto orgánico de éste, sino de una transitoria interrupción de un mecanismo automático intrínsecamente perfecto).²³

Para la izquierda, por el contrario, la guerra no era un hecho episódico sino, igual que la victoriosa revolución de octubre, que había sobrevenido mientras tanto para confirmar su análisis, la forma de manifestación histórico-mundial del inminente fin del sistema y de la actualidad de la revolución.

En 1918 Herman Gorter, el otro gran líder y teórico holandés del *Linkskommunismus*, saludando en la revolución de octubre el advenimiento de la era de los consejos obreros, que constituía “un nítido ejemplo [...], ofrecido por el desarrollo del imperialismo a los obreros de la Europa occidental, para que sepan cómo deben actuar para alcanzar la unidad y la victoria”, declaraba: “la revolución rusa es la primera revolución hecha enteramente por marxistas según la teoría marxista. Las teorías anarquistas, sindicalistas, reformistas y pseudomarxistas (como, por ejemplo, las kautskianas) se mostraron, en la revolución, inutilizables.”²⁴

La revolución de octubre imprime pues un extraordinario movimiento de aceleración al desarrollo político-ideológico de toda la izquierda europea. A partir de 1918, la acción de los *Linksradi kalen*, que hasta entonces se había desarrollado dentro de la socialdemocracia, empieza a asumir un papel político de importancia autónoma. Sin embargo —y aquí llegamos a un punto crucial de nuestro discurso— si se puede decir que antes de los años 20 era completamente indiferente con respecto a las posiciones prácticas el ser defensor o adversario de la teoría del derrumbe, de ahí en adelante, en cambio,

²³ En el ya mencionado informe de 1927, Hilferding no se ocupaba, en efecto, de analizar el fenómeno de la guerra y su gravitación sobre la dinámica del desarrollo económico y de las propias relaciones de producción, sino que veía en cambio la fase de crecimiento y de estabilización de los años 20 como una tendencia espontánea-natural sucesiva a la interrupción de la “legalidad económica” (*ökonomische Gesetzmässigkeit*) provocada por la violencia externa del conflicto bélico. Debe observarse aquí la extraordinaria complementariedad de los dos supuestos previos de este diagnóstico hilferdinguiano: la noción tecnicista de la economía como mero automatismo y la concepción “exógena” (metaestructural) de las crisis. Hilferding no vio la función de estímulo productivo y acumulativo ejercida por la guerra sobre los sectores impulsores de la industria.

²⁴ Herman Gorter, *Die Weltrevolution* [traducción del holandés]. Amsterdam, 1918, pp. 72. ss.

ese aspecto empieza a constituir un elemento discriminador no secundario, también en el plano político, dentro del “comunismo de izquierda”.

4. LAS “DOS ALMAS” DEL LINKSKOMMUNISMUS

Como es sabido, en la Kpd(s) habían confluído la Bremer Linke (Internationale Kommunisten Deutschlands) y el Spartakusbund.²⁵ Pero dentro de la misma Kpd sobrevivían *dos almas*: la de la “izquierda de Bremen”, inspirada por Anton Pannekoek, y la de matriz luxemburguiana. Se retoman así los hilos de la discrepancia que hemos visto recorrer subterráneamente el frente de la izquierda, a través de las diversas inflexiones de las actitudes de Pannekoek y de Rosa Luxemburg en los años 1906-1913. Ahora, a comienzos de la década del veinte, la divergencia interna de los radicales irrumpe a la luz del sol. Recorramos sintéticamente sus etapas.

En 1922, después de haber tratado de formar una oposición de izquierda dentro de la Comintern (III Congreso), el grupo berlinés de Karl Schröder —vinculado a la llamada *Essener Richtung* (“tendencia Essen”)— lanza la consigna de la fundación inmediata de una internacional comunista obrera. La *Berliner Richtung* (“tendencia Berlín”) no adhiere a la propuesta, considerando aún inadecuadas las condiciones político-subjetivas. La Internacional de los “radicales” (Internationale Arbeiter-Assoziation) —que inmediatamente después será rebautizada como “Kommunistische Arbeiter-Internationale”— es fundada entonces sólo por la *Essener-Richtung* y por la corriente correspondiente del partido comunista obrero holandés (Kpan).

El tema de la discusión era, precisamente, el pronóstico sobre el futuro próximo del capitalismo. Mientras la “tendencia Essen” abrazaba la “teoría de la crisis mortal” (*Todeskrisentheorie*), la “tendencia Berlín” concebía como factor determinante del fin del sistema la solución revolucionaria, producida por la subjetividad autónoma exclusiva de la clase obrera. Es interesante observar que estas dos alas opuestas se remitían respectivamente a Gorter y a Pannekoek, a quienes Lenin en su polémica contra el “extremismo” había definido en común. En efecto, las tesis fundadoras de la Kai (Kommunistische Arbeiter-Internationale) están sustancialmente contenidas en la “Car-

²⁵ Sobre la fundación de la Kpd véase el volumen documental de H. Weber, *Der Gründungsparteitag der Kpd. Protokoll und Materialien*, Frankfurt/Viena, 1969.

ta abierta al compañero Lenin", escrita por Gorter en 1920 en respuesta al *Extremismo*.

En esta obra del "tribunista" * holandés encontramos, además de la tesis, común a todo el *Linkskommunismus*, del carácter "burgués" de la revolución rusa en cuanto revolución campesina, un nexo de interdependencia entre la necesidad estratégica de garantizar y salvaguardar el carácter obrero "puro" de la revolución europea y la previsión de la "crisis mortal", de donde se hacía derivar la exigencia vital e impostergable de una "internacional obrera": "La teoría", escribía Gorter, "nos enseña que el capital está concentrado en los bancos, en los trusts y en los monopolios en forma formidable. En efecto, en Occidente y particularmente en Inglaterra y en Alemania, esos bancos, trusts y cárteles han integrado casi todo el capital de los diversos ramos de la industria, del comercio, de los transportes e incluso de gran parte de la agricultura. Debido a esto, toda la industria, chica o grande, todas las relaciones, chicas o grandes, todo el comercio, chico o grande, y la mayor parte de la agricultura, tanto grande como pequeña, han pasado a depender completamente del gran capital, y han sido incorporadas a él." ²⁷ La conclusión que extraía de ese análisis de la concentración capitalista era sin duda la de la inminencia de la crisis resolutive y del advenimiento de la revolución; sin embargo, asomaba una duda que ya de por sí indicaba una grave *impasse* teórica: "ciertamente el capital está terriblemente debilitado. La crisis llega y, con ella, la revolución. Y yo creo que la revolución triunfará. Pero existen dos causas que mantienen todavía la solidez del capitalismo: son la esclavitud espiritual de las masas y el capital financiero". ²⁸

Se perfilaba así en el diagnóstico de Gorter esa oscilación entre de-

* *Tribunistas*: grupo de izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés, que editó desde 1907 el periódico *De Tribune*. En 1909, los tribunistas fueron excluidos del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés y organizaron su propio partido (el Partido Socialdemócrata de Holanda). Los tribunistas representaron el ala izquierda del movimiento obrero de Holanda, pero no formaron un partido consecuentemente revolucionario. En 1918, los tribunistas participaron en la creación del Partido Comunista de Holanda.

El periódico *De Tribune* fue desde 1909 órgano del Partido Socialdemócrata de Holanda, y desde 1918 órgano del Partido Comunista; apareció con este título hasta 1940. [E.]

²⁷ H. Gorter, *Offener Brief an den Genossen Lenin. Eine Antwort auf Lenins Broschüre Der Radikalismus, eine Kinderkrankheit des Kommunismus*, Berlin s.f. (pero 1921), ya en A. Pannekoek, H. Gorter, *Organisation und Taktik der proletarischen Revolution*, hrsg. und eingeleitet von Hans Manfred Bock, Frankfurt, 1969, p. 77 (en esp., *Carta abierta al camarada Lenin*, en *Lenin-Gorter, Jefes, partido y masas*, México, Grijalbo 1971).

²⁸ *Ibid.*, p. 79 (trad. it. cit., p. 203).

rrumbe y reorganización autoritaria del capitalismo que caracterizará al *Linkskommunismus* en todo el período entre las dos guerras y que hundía sus raíces precisamente en aquel marxismo de la Segunda Internacional que los radicales creían haber superado definitivamente. Y en efecto, no es casual que en esa respuesta a Lenin el tribunista holandés retomara la teoría (que ya había sido de Kautsky) del predominio del capital financiero como máximo factor de concentración y de englobamiento de todos los ramos de la producción y como tejido conjuntivo, tanto más fuerte cuanto más elástico, de todos los estratos sociales de función antiobrera: “la sociedad y el estado moderno europeo-occidental (y americano) forman un gran conjunto estructurado hasta sus ramas más lejanas, y dominado, puesto en movimiento y regulado por el capital financiero; [...] la sociedad es aquí un cuerpo organizado, organizado según el modelo capitalista pero sin embargo organizado; [...] el capital financiero es la sangre de ese cuerpo que fluye por todos los miembros y los nutre; [...] ese cuerpo es un todo orgánico y [...] todas sus partes deben a esa unidad su extrema vitalidad de modo que todas se mantienen unidas a ella hasta la muerte real. Todas excepto el proletariado que es el que crea la sangre, el plusvalor. A causa de esta dependencia de todas las clases del capital y de la potencia formidable de que dispone, todas las clases son hostiles a la revolución y el proletariado está solo. Y como el capital financiero es la potencia más elástica y dúctil del mundo, y sabe centuplicar ulteriormente su influencia con el crédito, logra mantener unidas a la clase, la sociedad y el estado capitalista, aún después de esta terrible guerra, después de la pérdida de millares de millones, y en una situación que nos aparece ya como su bancarrota. Al contrario, logra unir más estrechamente a todas las clases en torno a sí (con la excepción del proletariado) y organiza su lucha común contra el proletariado. *Esa potencia, esa elasticidad, ese sostén mutuo de todas las clases, son capaces de subsistir por mucho tiempo aún después del estallido de la revolución.*”²⁹

La falta de relación entre los dos momentos del análisis de la crisis revolucionaria como fase connatural a la acción obrera autónoma y de la descripción de las tendencias a la concentración bajo la égida del capital financiero, explica la ausencia, en el discurso de Gorter (pese a todo muy estimulante y rico en intuiciones), de cualquier interés por los efectos estructurales-institucionales del paso de la anarquía de la competencia a la reorganización “despótica” de la economía y de la sociedad bajo el control de una única instancia. Pero si la acentuación —en muchos aspectos ideológica, en cuanto no es

²⁹ *Ibid.*

apoyada por una investigación económica específica— de la importancia del capital financiero debe verse en relación con los límites teóricos del movimiento obrero en aquellos años (a los que no es ajeno ni siquiera *El imperialismo* de Lenin),³⁰ el diagnóstico simplista, que reducía el complejo problema de la estructura de clases de las sociedades occidentales a un frágil esquema bipolar basado en la contraposición entre proletariado y burguesía (en que se daba por descontada la adhesión de todos los demás estratos sociales a la política del capital financiero), era en realidad un motivo derivado de la tradición de la Segunda Internacional de matriz kautskiana, pero que volveremos a encontrar activo, después del “giro a la izquierda” de 1929, en la táctica “clase contra clase” de la Internacional Comunista. En la base de las aporías del *Linkskommunismus*, pues, había indudablemente una profunda inadecuación de los instrumentos de análisis del desarrollo capitalista, que le impedían comprender el carácter endógeno, es decir orgánico, de la crisis, la estrecha relación entre crisis y reordenamiento político-institucional y, en consecuencia, captar la tendencia al cambio de la dinámica de clase individualizando sus raíces en la reorganización del sistema de fábrica y del trabajo social en su conjunto. Sin embargo, el hecho de que este déficit teórico se manifieste ostentosamente en los representantes clá-

³⁰ Al respecto no es posible callar que la precariedad de la base teórica del análisis de Lenin está en el excesivo énfasis de los aspectos parasitarios del sistema capitalista, cuyo efecto específico puede observarse en la discrepancia entre el diagnóstico de los procesos de concentración y de reorganización de las relaciones de producción y la caracterización del imperialismo como “capitalismo de transición o más propiamente, como capitalismo agonizante” (*El imperialismo, fase superior del capitalismo* [1016], en V. I. Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, s.f., tomo 1, p. 794). En este sentido podemos compartir la observación de Fernando Claudin, según la cual si por un lado Lenin capta el aspecto monopolista, por el otro acentúa el concepto de *agravamiento acumulativo de las contradicciones* (cf. *La crisis del movimiento comunista. De la Komintern al Kominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970, p. 32). Eso no nos autoriza sin embargo a afirmar que Lenin deriva sin revisión crítica de los teóricos ortodoxos y “centristas” de la Segunda Internacional la concepción de la madurez y agonía del capitalismo occidental. En realidad una hipostatización doctrinaria de la previsión catastrófica, que reproduce algunos *Leitmotive* del marxismo de la Segunda Internacional, puede hallarse en las sucesivas sistematizaciones ideológicas de la Internacional Comunista (especialmente en los años 1928-1934), pero no en Lenin; éste en efecto cabe en lo que hemos definido como “segunda fase” de la teoría de la crisis, que hunde sus raíces no en un prejuicio escolástico o metafísico, sino en un análisis político de las relaciones de fuerza a nivel mundial, que Gramsci—reflexionando, en los años de cárcel, sobre las razones de la derrota de la revolución en Occidente— pondrá en relación con la fase estratégica de la “guerra de movimiento”.

sicos del “comunismo de izquierda”, no significa que sea una prerrogativa exclusiva de éste. Es más bien un límite, común también a las “tradiciones mayoritarias” —socialista y comunista— del movimiento obrero, y que, más allá de la paradoja, el “extremismo histórico” comparte con la Tercera Internacional. Son pocas y aisladas, como veremos, las reflexiones en el campo marxista que se cimentarán con los niveles más elevados de la reorganización social y económica de la relación capitalista para reformular a esa altura los términos del discurso sobre la crisis y sobre su relación con la estrategia.

5. LA FASE TEÓRICA DEL COMUNISMO DE IZQUIERDA Y LOS NUEVOS TÉRMINOS DEL PROBLEMA DE LA CRISIS

La división interna del *Linkskommunismus* —sancionada oficialmente por la escisión de 1924—³¹ entre quienes desarrollaban el aspecto subjetivo del discurso (y por lo tanto ponían el acento en la posibilidad de absorción de las crisis económicas y en la concentración progresiva del sistema mundial de explotación) y los “neoderrumbistas”, ocultaba un nudo no resuelto que estaba en la base de la oposición: en ninguna de las dos tendencias se podía hallar un análisis combinado de transformaciones estructurales y cambios políticos-sociales. En lugar de ello, en ambas se volvía al “clásico” dualismo de ley económica y factor subjetivo que, disolviendo el problema del estado en el del “dominio ideológico” o “espiritual” de la burguesía sobre el proletariado, los hacía de hecho equivalentes en su esterilidad política. No es casual que aun en las consideraciones de Gorter mencionadas más arriba, a la hipostatización del proceso de concentración del capital financiero correspondiera, en la vertiente que hubiera de-

³¹ Sobre la escisión de 1924 (entre tendencia-Essen, que profesaba la teoría de la crisis mortal del capitalismo y la necesidad de una organización internacional obrera lista para actuar como catalizador en el inminente estallido insurreccional, y tendencia Berlín, opuesta a la fundación de la KAI y vinculada a los “consejistas” holandeses que aceptaban la crítica pannekoekiana de la *Zusammenbruchstheorie*), sobre los varios filones y tendencias del “comunismo de izquierda”, y, más específicamente, sobre las diferencias entre *Linkskommunismus* y *Rätekommunismus*, véase Claudio Pozzoli, “Paul Mattick e il comunismo dei consigli”, en AA.VV. *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, Bari, 1976. Sobre el *Rätekommunismus* son significativas además las páginas introductorias del conocido exponente del comunismo de los consejos Cajo Brendel al primer volumen de las obras de Pannekoek (de próxima publicación por una pequeña editorial de Berlín Oeste): *Neubestimmung des Marxismus*, Bd. 1, Berlín (West), 1974.

bido ser política, aquel aspecto del “poder espiritual”, de la *geistige Macht*, que desempeñaba un papel decisivo en la concepción “anti-derrumbista” de Pannekoek (y que, en última instancia, no era algo muy distinto del planteamiento socialdemócrata, que buscaba la razón de las crisis o de los éxitos del capitalismo en el “factor moral”).

Que la incapacidad de llegar a una refundamentación estratégica ponía en duda, en los trágicos años weimarianos, los propios postulados fundamentales de la *Weltanschauung* del movimiento, ya estaba claro para las inteligencias más lúcidas y advertidas de la “izquierda europeo-occidental”. Basta pensar que, precisamente a principios de la década del 30, un intelectual como Karl Korsch recomenzaba sin vacilación a hablar de “crisis del marxismo”: “El marxismo como movimiento y como teoría se encuentra hoy en una crisis. No se trata ya de una crisis *dentro* del marxismo, sino de una crisis *del* propio marxismo. La crisis consiste exteriormente en el derrumbe completo de la posición dominante que el marxismo había asumido en el período anterior a la gran guerra en todo el movimiento obrero europeo, en parte realmente, en parte sólo en apariencia. Interiormente, la crisis consiste en la transformación de la teoría y praxis marxista mismas, evidentísima en el cambio de actitud de los marxistas hacia el estado y hacia el sistema estatal burgués en general. Es una concepción superficial y falsa ver la esencia teórica de la crisis actual simplemente en el hecho de que la teoría revolucionaria de Marx y Engels ha sido deformada en manos de los epígonos y parcialmente también abandonada y oponer a ese marxismo deformado y falseado la ‘doctrina pura’ del marxismo de Marx y Engels. La crisis actual del marxismo significa más bien en su razón última también una crisis de la teoría de los propios Marx y Engels. La separación ideológica y doctrinaria de la ‘doctrina pura’ del movimiento histórico real, incluyendo el desarrollo de la teoría es en sí misma una forma de la crisis en curso.”³²

Lo que sin embargo permanecía en la sombra en la denuncia korschiana de la fractura entre la teoría y el movimiento era el problema de la verificación de los supuestos metodológicos y de las coordenadas conceptuales del análisis del desarrollo capitalista aceptadas desde entonces en el movimiento obrero; verificación tanto más necesaria, si se piensa que es precisamente entre la década de 1920 y la de 1930 que el pensamiento económico y social burgués vive una estación de extraordinaria fecundidad. Viendo bien, era precisamente esta circunstancia lo que hacía macroscópica la pobreza y la inadecuación del debate interno del *Linkskommunismus*.

³² “Krise des Marxismus” (1931), en Karl Korsch, *Die Materialistische Geschichtsauffassung*, hrsg. von E. Gerlach, Frankfurt, 1971, p. 167.

La obra de Henryk Grossmann, situándose en el punto de encuentro entre “teoría burguesa” y movimiento obrero,³³ marca un giro decisivo, haciendo en parte salir de esa *impasse* y abriendo una nueva fase de discusión, caracterizada por un enfoque diverso de la problemática del destino del capitalismo, y dejando una herencia que —en los años de la derrota obrera y del fascismo— permitirá a todo un grupo de intelectuales weimarianos y de “comunistas consejistas” enfrentarse a las nuevas tendencias y formas organizativas de la economía capitalista, de los regímenes nazifascistas al *New Deal*, a través de una profundización de la categoría “capitalismo de estado”. El libro de Grossmann *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*³⁴ aparece en 1929, simultáneamente con la gran crisis, y se difunde en la fase del reflujo y la liquidación del movimiento. Su revisión elíptica de la *Zusammenbruchstheorie*, por lo tanto, no podía (ni por otra parte pretendía) ser un instrumento directo de batalla política: es decir, no era un libro militante en sentido estricto. Eso, sin embargo, no reduce su alcance histórico, comprensible solamente para quien se esfuerza por captar sus aspectos innovadores frente a los problemas generales del movimiento obrero de aquellos años. El programa grossmanniano de una exposición científica de las tendencias de desarrollo del capitalismo no se formula sobre la base (o al mismo nivel) de las precedentes teorías de la crisis. Es más, éstas son preliminarmente sometidas a una doble crítica: 1] por mantenerse inmóviles en un supuesto previo y rígido de subconsumo; 2] por no distinguir (y hacer por lo tanto inferencias indebidas) entre “plano lógico” y “plano histórico” (exposición científica de las leyes tendenciales y movimiento real), tanto en la defensa como en la crítica del análisis marxiano del capitalismo. No podemos detenernos aquí sobre el modo sumamente articulado en que Grossmann desarrolla esa crítica de doble filo en la obra mayor y en los ensayos de carácter “epistemológico”,³⁵ por lo que nos limitaremos a destacar

³³ Grossmann estuvo efectivamente vinculado al historiador y politólogo Carl Grünberg, cuyos *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, representó por veinte años (1911-1930) uno de los puntos de encuentro más interesantes e importantes entre *Geisteswissenschaften* “burgueses” y *Weltanschauung* “marxista”. Sobre Grünberg y sus relaciones con el austromarxismo véase el ensayo de Günter Nenning incluido en el *Indexband* de la reimpresión del Grünberg-Archiv, Graz, 1973, especialmente las pp. 103. ss.

³⁴ Henryk Grossmann, *Das Akkumulations und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929 (reimpresiones: Frankfurt, 1967 y 1970). [En esp., *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1978.]

³⁵ Reunidos ahora en traducción al español en H. Grossmann, *Ensayos so-*

sus aspectos más generales, que sin embargo deberían dar ya la medida de la originalidad y ruptura cualitativa con respecto al debate anterior sobre la crisis.

El rasgo característico de la teoría de Grossmann —tal como surge especialmente en comparación con *la acumulación de capital* de Rosa Luxemburg o con los análisis del imperialismo de la misma época del luxemburguiano Sternberg³⁶ es la profundización de los elementos epistemológicos discriminadores entre la estructura lógica (y la funcionalidad interna) de las categorías de Marx y la de los dos clásicos. Esto permite a Grossmann recuperar la *capacidad hermenéutica de la teoría del valor en relación con el nexo de producción y reproducción*. De aquí arranca para su crítica de las diversas formas de subconsumismo y para el reconocimiento de la común matriz “exogenista” de las explicaciones derrumbistas y planistas de los mecanismos de desarrollo. A pesar de la subsistencia de vestigios del sociologismo de la Segunda Internacional (visibles en la definición de la relación abstracto-concreto en términos de “procedimientos de aproximación” o “método de aislamiento”),³⁷ la crítica grossmanniana al desplazamiento del eje de desarrollo de la crisis hacia la *realización* del plusvalor (mercado) expresaba una fuerte exigencia de adecuación del análisis marxista al carácter complejo del desarrollo del sistema, que debía ser captado en su unidad productivo-reproductiva, antes que en el esquema dual producción-subconsumo.

Al comienzo de la década de 1930, la obra de Grossmann ya era conocida y discutida no sólo dentro de la izquierda europea sino también entre los grupos de *Linksradikalen* emigrados a los Estados Unidos. Precisamente en esos años los “United Workers of America” publicaron un manifiesto en que prácticamente asumían la teoría grossmanniana como base teórica para una nueva orientación del movimiento obrero. Ese manifiesto dio a Pannekoek oportunidad de reabrir la polémica en torno a la teoría del derrumbe en el órgano teórico del “comunismo de los consejos” europeo —la *Rätekorrespondenz*.

En ese artículo Pannekoek retomaba sustancialmente los argumentos antiderrumbistas ya utilizados veinte años antes en los debates so-

bre la teoría de las crisis, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 79, México, Siglo XXI, 1978.

³⁶ Cf. Fritz Sternberg, *Der Imperialismus*, Berlín, 1926 (véase al respecto la agudísima crítica de Grossmann en *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.).

³⁷ Sobre la *Annäherungsverfahren* y la *Isolierungsmethode* de Grossmann véase la introducción de Gabriella M. Bonacchi a los *Saggi sulla teoria delle crisi*, Bari, De Donato, 1975.

bre las crisis, y acusaba a Grossmann de tener una visión burguesa de la "necesidad económica", que sería para él una mítica "potencia extrahumana". La base teórica de la crítica era una vez más el postulado abstracto (no mediado analíticamente) de la unidad y compenetración recíproca del lado objetivo y el lado subjetivo, la economía y la política: "La economía, como totalidad de los hombres que trabajan y se afanan por sus necesidades vitales, y la política (en sentido amplio), como totalidad de los hombres que por sus necesidades vitales operan y luchan en cuanto clase, constituyen un ámbito único que se desarrolla según leyes precisas."³⁸ Se evidenciaba así que el subjetivismo activista de Pannekoek no sólo era incapaz de enfrentarse con la instrumentación metodológica del libro de Grossmann, sino que, puesto frente a la necesidad de mostrar alternativas enunciados teóricos, se veía obligado a retirarse al alvéolo de la vieja concepción de la *Gesetzmässigkeit* de la Segunda Internacional, de la que el desdoblamiento en economicismo y voluntarismo ético constituía, en última instancia, una variante.³⁹ Pero el aspecto que más nos interesa destacar aquí es la aparición, en la parte final del artículo, de la previsión de un "capitalismo organizado" de tipo autoritario, de la cual sin embargo, todavía no se hace seguir como consecuencia necesaria una integración (o derrota irreversible) de las masas, sino una aceleración y expansión del proceso de unificación total de la clase obrera. "No un derrumbe económico del capitalismo, sino la inaudita expansión de su potencia en toda la tierra, llevará —a través de la agudización de los contrastes políticos producidos por el reforzamiento del poder interno— al proletariado a recurrir a las acciones de masa, con el fin de reunir y unificar las fuerzas de toda la clase. En esa dislocación del poder está pues la razón de la nueva orientación del movimiento obrero."⁴⁰ Aun cuando es posible discernir en este pronóstico cómo se perfila tenuemente esa exasperada ideologización de la categoría de "capitalismo de estado" que será realizada en la década de 1940 por algunos teóricos ultraizquierdistas (entre ellos el propio Korsch) para la cual el proceso de con-

³⁸ Anton Pannekoek, "Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus", en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 1, ahora en K. Korsch-P. Mattick-A. Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder revolutionäres Subjekt*, Berlín (Occidental), 1973, p. 38. [Incluido en el presente volumen. Véase p. 78.]

³⁹ He intentado tratar los problemas relativos a este debate en mi ensayo "Teoría della crisi y 'problemática della costituzione'", en *Critica marxista*, núm. 2-3, 1975, reproducido ahora con algunas modificaciones y agregados en el volumen colectivo *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, cit.

⁴⁰ Anton Pannekoek, *art. cit.*, p. 44. [Véase p. 83.]

centración capitalista sería la inversión especular del proceso de socialización total de la clase obrera,⁴¹ la intervención de Pannekoek se revelaba una vez más muy pobre de indicaciones acerca del problema estratégico del análisis de los nuevos fenómenos del proceso capitalista. Tampoco era, por otra parte, casual, que el método de su crítica a Grossmann denunciara un enfoque de la teoría y de la crisis mucho menos diferenciado y articulado que el intentado un año antes por Korsch en la revista *Proletarier* en el ensayo "Algunos supuestos básicos para una discusión materialista de la teoría de las crisis", que hemos mencionado en la primera parte de esta relación.

"Una grave laguna en la forma en que se ha conducido hasta ahora la discusión sobre las crisis, particularmente en las corrientes de izquierda y de extrema izquierda del movimiento obrero", escribía Korsch, "consiste en el hecho de que en esos grupos a menudo se ha buscado una teoría de la crisis 'revolucionaria' en sí, casi como en el medioevo se buscaba la piedra filosofal. En cambio, se ve fácilmente en los ejemplos históricos que la posesión de una teoría supuestamente altamente revolucionaria de las crisis dice poco sobre el grado de desarrollo efectivo de la conciencia de clase y de la disponibilidad revolucionaria para la acción de los grupos o personas que profesan esa teoría."⁴² Si prescindimos un momento del supuesto implícito en el enfoque korschiano (y que se aclara inmediatamente si se compara el trabajo precedente sobre la crisis del marxismo), no es posible dejar de apreciar la novedad implícita en la distinción entre enunciados políticos y "paradigmas" científicos de la *Krisentheorie*. El elemento discriminador entre las varias teorías de la crisis que han asomado al escenario del movimiento obrero no debe buscarse en su construcción conceptual interna o en sus fundamentos metódicos, sino más bien en la *actitud* que las anima.

De ahí extraía Korsch el criterio de orientación para realizar un balance de conjunto de las discusiones sobre las crisis y distinguía dos tipos fundamentales de *Krisentheorie*:

1] El primer tipo sería la "teoría socialdemócrata oficial de las cri-

⁴¹ Son paradigmáticas, en ese sentido, las discusiones publicadas en *New Essays*, la revista de Paul Mattick (sobre la cual volveremos más adelante). Sobre los desarrollos extremos de la reflexión korschiana véase G. E. Rusconi, Introducción a K. Korsch, *Scritti politici*, 2 vols., Bari, 1975. [Esta introducción ha sido traducida al español. Cf. "Autonomía obrera y contrarrevolución", *Cuadernos políticos*, núm. 14, octubre-diciembre de 1977.]

⁴² K. Korsch, "Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie", en *Proletarier. Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, núm. 1, febrero de 1933, reimpresso en K. Korsch-P. Mattick-A. Pannekoek, *op. cit.*, p. 91 [en el presente volumen, véase p. 107.]

sis", que —derivada directamente de Bernstein— tendría como representantes máximos a Hilferding, Lederer, Tarnow y Naphtali;

2] El segundo tipo coincidiría en cambio con la "teoría objetivista de la crisis", formulada clásicamente por Rosa Luxemburg en *La acumulación del capital* y continuada después por Sternberg y Grossmann.

La característica de las teorías subjetivistas de la crisis —que en el curso de la década de 1920 desembocan en la concepción del "capitalismo organizado"— es "la de siempre *reflejar ideológicamente* la fase cada vez *pasada* del movimiento real de la economía capitalista, contraponiéndola a la cambiada realidad presente como 'teoría' fija, rígida".⁴³ A diferencia de Pannekoek, Korsch capta bien los riesgos políticos de semejante concepción, que en realidad destruye "todos los fundamentos objetivos del movimiento de clase proletario", reduciendo la estrategia para el socialismo a una mera "exigencia moral".⁴⁴

Por otra parte, la teoría objetivista de la crisis "que concibe una tendencia económica de desarrollo objetivamente dada y predeterminada en su objetivo final, que trabaja más con la imaginación que con conceptos científicos unívocamente determinados, y que además se basa en una inducción (en un conocimiento experimental) insuficiente", no le parece a Korsch "capaz de suministrar la seria garantía de la acción consciente de la clase proletaria en lucha por sus objetivos propios, necesaria para la guerra de clase de los obreros como para cualquier otra guerra".⁴⁵

A esas dos actitudes Korsch opone la "actitud activista-materialista" (única digna de "la calificación de auténticamente materialista en el sentido de Marx"), que "considera todo el problema relativo a la necesidad objetiva o inevitabilidad de las crisis capitalistas, planteada en estos términos genéricos, carente de sentido para los fines de una teoría práctica de la revolución proletaria. Esta actitud concuerda con el crítico revolucionario de Marx, Georges Sorel, cuando éste ya no atribuye a la tendencia general del capitalismo la catástrofe producida por la insurrección de la clase obrera —presentada por Marx en un lenguaje 'dialéctico' fuertemente teñido de elementos idealistas, filosóficos— el valor de una previsión científica, sino únicamente el de un 'mito', cuya significación se resuelve enteramente en la determinación de la acción *presente* de la clase obrera."⁴⁶ A pesar de su fuerte inflexión subjetivista, Korsch no intentaba aquí disolver las nervaduras categoriales del análisis marxiano en un acti-

⁴³ *Ibid.*, p. 96 [véase p. 129].

⁴⁴ *Ibid.* [véase p. 129].

⁴⁵ *Ibid.*, p. 97 [véase p. 130].

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 97-98 [véase pp. 130-131].

vismo genérico, ni mucho menos replantear una nueva forma de sindicalismo revolucionario, sino que más bien expresaba provocativamente la exigencia de una “desagregación” de la predicción morfológica de Marx (piénsese, por otra parte, en la función del “mito” en el interior de la recuperación del marxismo por parte de Gramsci, a partir de la “escisión” real reflejada en la *Revisionismus-Debatte*), como condición *sine qua non* para hacerla hermenéutica y prácticamente eficaz. “La actitud materialista”, se apresuraba efectivamente a añadir, “disiente sin embargo de Sorel cuando quiere *limitar* en general también la función de cualquier futura teoría social de la revolución a la creación de un mito semejante. Más bien considera que, a través de una investigación empírica (*empirische Erforschung*) cada vez más exacta y profunda del actual modo de producción capitalista y de sus observables tendencias inminentes de desarrollo, pueden hacerse ciertas predicciones que, aunque limitadas, son suficientes para la acción práctica.”⁴⁷

Sin embargo, al definir en esta forma, indudablemente sugestiva, la “actitud activista-materialista” (que hacía remontar a la crítica leniniana de 1894 contra “el subjetivismo del revolucionario populista Mijailovski y el objetivismo del por ese entonces teórico-guía marxista Struve”),⁴⁸ Korsch pasaba por encima de un nudo teórico fundamental: el problema relativo a la no linealidad de la relación entre “lógico” e “histórico” en el análisis marxiano del capitalismo. Como he tratado de demostrar en otra parte,⁴⁹ esta aporía del discurso korschiano —que se manifiesta en una declarada indiferencia por la modalidad específica en que ocurre la asunción de las “leyes” que explican la realidad capitalista—⁵⁰ debe verse en relación con una incompreensión del *papel estratégico* que tiene en *El capital* la distinción entre *modo de investigación* y *modo de exposición* (*Forschungs- und Darstellungsweise*).⁵¹ En este sentido, las importantes puntuali-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 98 [véase p. 131].

⁴⁸ *Ibid.* [véase p. 131].

⁴⁹ Véase *supra*, nota 38.

⁵⁰ Para definir la teoría objetivista de la crisis (en cuya generalidad pudo reunir a Sternberg y a Grossmann, que sin embargo habían polemizado ásperamente entre sí precisamente sobre los fundamentos analítico-metodológico de la explicación de las crisis), Korsch escribe: “No tiene importancia aquí el *tipo* de asunción de leyes objetivas del mecanismo de producción capitalista de las cuales se deduce en particular la necesidad económica de su derrumbamiento inminente, objetivamente garantizado” (“Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie”, *cit.*, pp. 96-97 [véase pp. 129-130]).

⁵¹ Sobre este problema (y en general para una crítica del marxismo de Korsch) véase el importante ensayo de Leonardo Ceppa, “La concezione d

zaciones teóricas con que Paul Mattick tomaba en *Rätekorrespondenz* la defensa de Grossmann, sonaban como una respuesta no sólo a la crítica de Pannekoek, sino también al más complejo intento korschiano de “pragmatización de la dialéctica”.⁵² Lo que en Grossmann se criticaba como óptica “economicista”, como limitación del análisis a los aspectos “puramente económicos”, era en realidad el resultado de una aplicación científica de la noción marxiana de dialéctica, que no coincide ni con un “olismo” genérico ni con el postulado filosófico de la “unidad de los opuestos”: “Ni siquiera para Grossmann”, escribía Mattick, “existen problemas ‘puramente económicos’. Eso sin embargo no le impide limitarse *por razones metodológicas*, en su análisis de la ley de la acumulación, a la definición de supuestos puramente económicos, ni llegar así a captar *teóricamente* un punto-límite objetivo del sistema. El *reconocimiento teórico* de que el sistema capitalista, por sus contradicciones internas, debe necesariamente ir hacia el derrumbe *no induce en absoluto* a considerar que *el derrumbe real* sea un proceso automático, independiente de los hombres”.⁵³ El análisis marxiano del sistema capitalista es científico no porque *refleje* la historia real del modo de producción, sino porque define sus prerrogativas estructurales a través del estudio de las formas en que se *reproduce* la contradictoria relación fundamental entre fuerzas pro-

marxismo in Karl Korsch”, en AA.VV., *Storia del marxismo contemporaneo*, cit., pp. 1231-1259. Al respecto deben tenerse presentes también las recientes observaciones críticas de Giuseppe Vacca (cf. “Una figura della scissione tra tematica delle forme e analisi dei processi nel marxismo europeo fra le guerre (Karl Korsch 1923-1938)”, en *Problemi del socialismo*, 4ª serie, año xvii, abril-junio de 1976, pp. 129-204). A la luz de las penetrantes consideraciones de Vacca, quiero precisar aquí que esta “carencia” de Korsch no invalida ciertamente su conocimiento del lado metodológico en sentido estricto del problema; lo que se le escapa es, más bien, la *función estratégica* de esa distinción, que es determinante para los fines de la instauración de una relación correcta entre teoría (morfológica) de la historia —tal como emerge de la crítica de la economía política— y teoría (científica) de la política.

⁵² Tomo en préstamo esta expresión de Gian Enrico Rusconi, “Tensione tra scienza e azione politica in Karl Korsch”, introducción a Karl Korsch, *Dialettica e scienza nel marxismo*, cit. La “pragmatización” es en nuestra opinión indicio de la falta en Korsch de aquella *teoría de la reproducción* que representa el soporte colectivo de *crítica* de la economía política y *ciencia* de la política. De ahí —como ha observado oportunamente G. Vacca (*art. cit.*, p. 158)— la separación y la inmediata traslación entre fases “epocales” del modo de producción y análisis empírico de las luchas de clase concretas, que le impide un análisis “integral” (económico-político) y diferenciado de los procesos de desarrollo internos de la *formación social* capitalista.

⁵³ Cf. Paul Mattick, “Zur Marxschen Akkumulations— und Zusammenbruchstheorie”, en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 4, reimpresso en Karl Korsch-Paul Mattick-Anton Pannekoek, *op. cit.*, pp. 47-48.]En el presente volumen, pp. 86-87.[

ductivas y relaciones de producción en el paso de la reproducción simple a la reproducción ampliada.

Si por un lado el desequilibrio y la crisis no empiezan por la desproporción entre producción y mercado (es decir por las dificultades de realización), sino ya con la reproducción simple, por el otro la constante de este proceso de transformación es el *afirmarse en escala social de conjunto de la forma-valor*: en este sentido, concluía Mattick, el “movimiento del capital sobre la base del valor no es otra cosa que [...] el movimiento dialéctico de la sociedad misma”.⁵⁴ El desconocimiento de la especificidad irreductible del método dialéctico marxiano ha impedido tanto a los revisionistas como a los ortodoxos captar el significado profundo de ese “automovimiento del capital” en que se basa la teoría marxiana de la crisis.⁵⁵ Es interesante observar que por esa vía Mattick llegará más tarde a denunciar el “vicio epistemológico” que estaba en la base de la célebre polémica entre Böhm-Bawerk y Hilferding sobre el problema de la transformación de los valores en precios: los esfuerzos de Marx al respecto se referían a “la exigencia teórica de probar la validez de la ley [del valor] frente a una realidad que parecía contradecirla. Para descubrir si las relaciones de valor determinaban o no las relaciones de precio y de mercado era necesario una teoría de los precios coherente con la teoría del valor. La ‘transformación’ de los valores en precios de producción satisface esa exigencia teórica. Para Marx, el problema de la determinación de los precios individuales no tenía ningún interés real; lo que contaba eran únicamente las relaciones de valor y la certeza de que la divergencia entre valor y precio en la realidad no invalidaba ni desde el punto de vista lógico ni desde el punto de vista práctico el concepto de valor como *clave* de las ‘leyes fundamentales’ de la producción capitalista.”⁵⁶ La divergencia entre valor y precio no invalida, pues, la teoría del valor-trabajo precisamente porque la naturaleza esencial del concepto del que se deducen las “leyes fundamentales” del sistema y de su *tendencia* dominante de desarrollo no se plantea respecto a los fenómenos del desarrollo histórico en una relación de determinación lineal. Este supuesto epistemológico central de la “ciencia” marxiana había quedado completamente afuera de la óptica de Hilferding que, por lo tanto, precisamente al tomar la defensa de la teoría del valor, la vaciaba en realidad de su sustancia crítica para asumirla como esquema interpretativo de las relacio-

⁵⁴ *Ibid.*, p. 49. [Véase p. 88.]

⁵⁵ Cf. *Ibid.*, p. 50. [Véase p. 88.]

⁵⁶ P. Mattik, *Marx e Keynes, The Limits of The Mixed Economy*, Boston 1969. [En esp. Marx y Keynes. *Los límites de la economía mixta*, México Era, 1975, pp. 53-54.]

nes reales de mercado: "Para Hilferding, en el capitalismo la necesidad social se transforma en ley del valor porque las relaciones sociales entre los hombres son relativas a las cosas y aparecen como cosas, como relaciones entre las mercancías, y no como lo que efectivamente son, es decir relaciones sociales de producción entre los hombres. Al librarse del fetichismo de la producción de mercancías, Hilferding consideraba que la ley del valor se revelaría como lo que es efectivamente —la necesidad de regular el proceso del trabajo social según las necesidades sociales directamente reconocidas en las necesidades de los hombres. Sólo en este sentido, para Hilferding, la ley del valor es una ley histórica."⁵⁷

El efecto analítico de esta deformación epistemológica de la ley del valor es la incapacidad —común, como lo veremos, a casi todas las posiciones aparecidas en el debate— de explicar la crisis como un *fenómeno orgánico* del sistema capitalista; de esa impotencia para penetrar la contradictoria dinámica del desarrollo se habían nutrido tanto el catastrofismo ingenuo como el éxito que tuvo en el curso de la década del 20 la ideología de una *Regulierung* "exógena", que había dado a luz la famosa "teoría del capitalismo organizado". "El hecho de que la gavilla de los neodefensores de la armonía", escribirá Grossmann a Mattick en 1937, "los Hilferding y los Bauer hayan intentado sistemáticamente por décadas falsear a Marx [...] no es un motivo válido para que *nosotros* colaboremos a nuestra vez con los neodefensores de la armonía. Haga la prueba de llevar coherentemente hasta el fin el razonamiento de Marx: ¿cómo es posible que en la reproducción simple, donde parece reinar por todas partes un equilibrio tan armonioso, se desarrolle una crisis? Sólo entonces descubrirá en Marx algunas elaboraciones teóricas que los 'filósofos' nunca han soñado, ni siquiera los que, como Karl Korsch, tienen la ilusión de entender algo de economía marxiana".⁵⁸ Estas duras palabras llegaban, significativamente, tres años después de la importante anti-crítica en que Mattick, polemizando con Pannekoek, había hecho resaltar indirectamente que, a pesar de la agudeza de su balance de las discusiones sobre la teoría de la crisis, Korsch no había captado la novedad y la originalidad de la obra de Grossmann en el movimiento obrero dividido y oscilante entre subconsumismo y planismo.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 49-50. [En edic. en esp., p. 40.]

⁵⁸ Carta del 18 de junio de 1937, publicada en traducción al español como apéndice a Henry Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.

6. EL MODELO DINÁMICO DE GROSSMANN Y LA MATRIZ COMÚN DE PLANISMO Y DERRUMBISMO. DE LA "CRISIS GENERAL IMPERIALISTA" AL "CAPITALISMO DE ESTADO"

Mientras en el periodo que va de 1928 a 1934 la Internacional Comunista instaura un nexo sumamente estrecho entre imperialismo y crisis que apunta claramente a una teoría del derrumbe —asumiendo, sobre todo por obra de Varga, una lectura subconsumista de la crisis— dentro de la socialdemocracia europea se desarrolla el debate sobre el capitalismo organizado. En el mencionado informe de 1927 al congreso de Kiel, Hilferding definía así este controvertido concepto: "capitalismo organizado significa [...] la *sustitución del principio capitalista de la competencia libre por el principio socialista de la producción planificada*".⁵⁹ Semejante tarea plantea inmediatamente el problema de las relaciones entre el programa de planificación económica y el estado como instancia técnica centralizada de organización para el ejercicio y el cumplimiento del programa mismo, a través del cual la clase obrera toma bajo su control el aparato productivo: "Eso no significa otra cosa que el hecho de que a nuestra generación se le plantea la tarea de transformar, con el auxilio del estado, es decir de una reglamentación social consciente, esta economía organizada y dirigida por los capitalistas en una economía dirigida por el *estado democrático*."⁶⁰ Hilferding integra este esquema de democracia (técnico-) política por medio de los elementos de la "democracia empresarial", o *Betriebsdemokratie*, y de la "democracia económica", o *Wirtschaftsdemokratie* (tema, este último, desarrollado sobre todo por Naphtali), que deberían realizarse a través de la acción de los sindicatos, que se relacionarían con el estado según el dispositivo previsto por un riguroso cuadro formal de representación, en el cual —sintomáticamente— no se dice una palabra ni de consejos ni de ningún otro instrumento de democracia de base.⁶¹

El hecho de que la perspectiva planista dejara sin discutir las fuentes de la extracción del plusvalor y la "dinámica simple" del sistema (que se consideraba exenta de cualquier desequilibrio o inarmonía), quedando así prisionera de la "ilusión jurídica" de resolver los males-

⁵⁹ Rudolf Hilferding, "Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik", en *Protokoll, cit.*, p. 168.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 169.

⁶¹ Al respecto hay atisbos e indicaciones útiles en G. E. Rusconi, "'Capitalismo organizzato' e Stato democratico nella socialdemocrazia di Weimar", comunicación presentada a la II semana internacional de estudios marxistas organizada por la Fundación Basso/Issoco sobre el tema *El estado capitalista contemporáneo a la luz del pensamiento de Marx*, Florencia, 3-7 de marzo, 1975.

tares cíclicos de la economía mediante una regulación consciente de la anarquía de la circulación, estaba claro, no sólo por la versión hilferdinguiana, sino también por otros proyectos de plan como el de Henri De Man o el de los "socialistas franceses" (Déat).⁶² En todo caso, a pesar de sus serias limitaciones de análisis y el ideologismo que la impregnaba, la teoría del capitalismo organizado reflejaba, en cierto sentido, todas las dificultades y contradicciones del movimiento obrero frente a los grandes procesos de reorganización económica-institucional de las sociedades occidentales. Fue este aspecto el que dejaron completamente en la sombra tanto el clasismo selectivo de la izquierda comunista (y socialista) europea como la óptica sectaria de la Internacional Comunista.

En 1934, apenas un año antes del VII Congreso, Varga liquidaba el problema de la economía de plan mostrando una indiferencia total frente a las formas organizativas de la sociedad capitalista, a las que consideraba todas equivalentes por ser de todos modos incapaces de eliminar la explotación obrera y la crisis. Pero lo que es más interesante observar en el marco de nuestro discurso es el hecho de que, para suministrar una pieza de apoyo "científica" a su polémica, el economista oficial de la Comintern se vio obligado a recurrir a la "clásica" explicación subconsumista que había dominado el campo de la *Zusammenbruchstheorie* en los debates de la Segunda Inter-

⁶² Estas propuestas de plan se vinculaban a la hipótesis de una alianza "anticapitalista" entre proletarios y "nuevas clases medias" que debería limitarse "a una acción contra la potencia monopolista del capitalismo financiero, sin tocar las demás formas de propiedad privada" (H. De Man, *Pour un plan d'action*, Bruselas, 1934, p. 12). También en la ideología "planista", pues, reaparecía esa autonomización originada en la ideología de la Segunda Internacional del papel del capital financiero como excrecencia monopolista de un armónico capitalismo de mercado, que, como se verá más tarde, puede hacerse remontar al postulado "exogenista" de todo el debate sobre la crisis. Sobre el *Plan du Travail* y su sustancia "revisionista" véase Aldo Agosti, "Le matrici revisioniste della 'planificazione democratica': il planismo", en *Classe*, núm. 1, 1969, pp. 241-260. Por un examen de los términos de la discusión sobre el "plan De Man" en el "área socialista" de los años 30, cf. L. Luzzato y B. Maffi, "La politica delle classi medie e il planismo", anticipado parcialmente con la firma x.x.x. en *Politica socialista*, agosto de 1935, núm. 4, pp. 357 ss., y publicado luego íntegramente en un opúsculo en octubre de 1938 como núm. 5 de la colección "Echi" del Csi; reimpresso en el volumen de S. Merli, *Fronte antifascista e politica di classe. Socialisti e comunisti in Italia 1923-1939*, Bari, 1975, pp. 76 ss. Sobre el interés teórico por el "plan De Man" en el ámbito del corporativismo, véase M. Ciliberto, "Intelletuali e fascismo. Note du Delio Cantimori", en *Studi Storici*, 1976, núm. 1, pp. 74-75. (Es significativo que haya sido precisamente un intelectual de la estatura de Cantimori quien tradujo y comentó el "Plan du Travail" en el *Archivio di studi corporativi*, VI, 1935, pp. 31-50).

nacional: "el capitalismo", escribía Varga, "ya se base en todo o en parte en la libre competencia, ya sea en todo o en parte condimentado con ingredientes de capitalismo de estado, necesariamente conduce a crisis periódicas [...] la 'nacionalización' del crédito y del monopolio de estado sobre las materias primas no cambian nada en el marco del estado burgués; y el 'subconsumo' no puede cesar porque la clase obrera continuará recibiendo siempre sólo una parte del valor producido por ella en forma de salario, mientras que la otra parte les quedará a los capitalistas en forma de plusvalor y servirá para el aumento de su capital. No existe capitalismo sin subconsumo, sin la limitación del ingreso de los obreros al mínimo, determinado por los beneficios de los capitalistas."⁶³

Más allá de la fácil denuncia de las incongruencias políticas y de la ideología democraticista de la teoría del capitalismo organizado, el dato histórico nuevo que se le escapaba a la Internacional Comunista era precisamente esa tendencia de parte capitalista a introducir elementos de reglamentación y de control de la economía que, lejos de ser meros mecanismos tácticos para obtener un ajuste previsorio del mecanismo anárquico del mercado, implicaban una intervención directa del estado en la reorganización social de la producción y, en consecuencia, un entrelazamiento cada vez más estrecho de lo "político" con lo "económico". Pero el hecho de que se le escapara ese "detalle" no era sino consecuencia de la incapacidad de dar una explicación rigurosamente "endógena" *de la dinámica misma de la crisis capitalista*, es decir de captar el nexo contradictorio de crisis y desarrollo, "anarquía" y "plan", como connotación estructural interna del modo de producción. Desde este punto de vista, si lo observamos bien, no había mucha diferencia entre el mal disimulado derrumbismo de la Comintern y el planismo de los socialdemócratas. Y el haber proporcionado todos los elementos para una demostración de la matriz común (y de la paradójica intercambiabilidad) de las opuestas teorías de la "crisis general imperialista" y de la "planificación democrática" representa el motivo de mayor originalidad del aporte de Grossmann. No es casual que su crítica se distribuya igualmente entre derrumbistas partidarios de la hipótesis subconsumista y "neoarmónicos": ambos se habían mostrado incapaces de penetrar

⁶³ E. Varga, *Henri De Man et son Plan*, París, 1934, p. 48. Es sintomático que Varga llegara a equiparar "plan" con "fascismo". Al respecto véase E. Galli Della Loggia, "La III Internazionale e il destino del capitalismo: l'analisi di Evghenii Varga", en AA.VV., *Storia del marxismo contemporaneo*, cit., Milán, 1974, especialmente pp. 1004-1009. Para la crítica de Varga al "capitalismo organizado" véase también el volumen *Die Krise des Kapitalismus und ihre politischen Folgen*, Francfort, 1969, pp. 11 ss.

la coesencialidad de la crisis al desarrollo capitalista, explicando las vicisitudes del período 1914-1919, como “catástrofes”, o bien como “perturbaciones”, producidas en todo caso por causas externas. Tanto Varga como Hilferding concebían en efecto la guerra como consecuencia de un accidente exterior, de un paréntesis o interrupción momentánea del proceso de acumulación: si en el segundo desaparece el nexo marxiano entre crisis y proceso de acumulación, en el primero la crisis no representa un proceso de reconstitución de las condiciones de la acumulación, sino una distribución del nivel ya alcanzado de acumulación del capital, una mera regresión o recaída a una etapa anterior.⁶⁴ No desmienten esa simetría los contrarios enunciados finales de las dos posiciones (a la absoluta indiferencia de Varga por cualquier tipo de plan corresponde en Hilferding la atención exclusiva a la mera forma de organización), que Grossmann hace remontar incluso a la tendencia hilferdinguiana —ya esbozada en *El capital financiero* (1910)— a extrapolar el análisis de los fenómenos monetarios y de la concentración bancaria del contexto de la teoría marxiana del valor, elaborando una teoría del dinero propia. En consecuencia ni los debates sobre el imperialismo ni las investigaciones sobre las formas de organización monopolista han verdaderamente ajustado las cuentas con la auténtica estructura teórica de la obra marxiana, que “explica el conjunto de los fenómenos del modo de producción capitalista a partir de la ley del valor.”⁶⁵

Aunque en los enunciados finales traicionaba —con la drástica negación de la posibilidad de un control capitalista de la economía—⁶⁶ la participación en el límite histórico del debate, la teoría de Grossmann tenía *in nuce* instrumentos que se revelarían decisivos para los fines del análisis de las modificaciones “morfológicas” del sistema. Corresponderá a Friedrich Pollock —que también se había formado, como Grossmann; en ese extraordinario punto de encuentro de las ciencias sociales burguesas y el marxismo representado por el *Grünberg-Archiv*— verificar en el curso de las décadas del 30 y del 40, las posibilidades y los límites de una economía planificada capitalista, partiendo de un análisis complejo y articulado de la morfología y de la crisis internacional, e individualizar un nuevo modo de funcionamiento de la economía, basado en un *desplazamiento* de la contradicción marxiana entre fuerzas productivas y relaciones de producción.⁶⁷ Si la novedad de la investigación pollockiana estaba en su

⁶⁴ Cf. Henryk Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, cit., pp. 498 ss.; 604 ss.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 608.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 606.

⁶⁷ Cf. Friedrich Pollock, *Teoria e prassi dell'economia di piano*, *Antologia degli scritti 1928-1941*, Bari, 1973, pp. 135 y ss.

enfrentamiento de la forma histórica real del “capitalismo organizado” que representa el capitalismo de estado a partir de una explicación “endógena” de la crisis (vista *por lo tanto* en estrecha relación con el desarrollo), eso era por otra parte impensable sin los fundamentales *prolegómena* de Grossmann, que constituyeron la constante retaguardia metodológica del trabajo hecho por esa izquierda intelectual weimariana que más tarde se haría famosa con el nombre de “Escuela de Frankfurt”.

Otro aspecto de Grossmann que fecundará no sólo los análisis de la escuela de Frankfurt sino los de Paul Mattick y su grupo en los Estados Unidos, es la atención prestada al *problema de la dinámica* que, en ciertos aspectos, aproxima al economista polaco, más que al “marxismo” de la época, a la investigación del ciclo hecha en esos mismos años por Schumpeter y Mitchell —investigación que tenía como supuesto previo el rechazo de los sistemas estáticos y la posición central de la dinámica como criterio científico para el análisis del desarrollo capitalista.⁶⁸ Parece sumamente significativo, al respecto, lo que Grossmann le escribía a Mattick en una carta de 1933: “hasta ahora a todos los marxistas les ha sucedido una ‘pequeña desventura’: no han comprendido la reproducción *simple* en Marx, su significado real. Todos han tratado como problema solamente la reproducción *ampliada*. En el esquema de la reproducción simple todo *funciona perfectamente*. Y bien, Marx quería demostrar precisamente lo contrario. También en la reproducción simple las crisis son inevitables. Precisamente por eso Marx es un verdadero *dinámico*, en contraste con la economía burguesa que es esencialmente estática (“tendencia al equilibrio” que se realiza automáticamente —la crisis pues debe llegar como *deus ex máquina* desde el *exterior* del sistema). En Marx el equilibrio está conectado con la esencia del sistema.”⁶⁹

Para confirmar los puntos de contacto que más allá de las notables diferencias vinculan la investigación de Grossmann a la teoría del ciclo, baste con citar una vez más su continuo enfrentamiento con Tugán-Baranovski, cuyo texto sobre las crisis comerciales en Inglaterra se había sedimentado entre las adquisiciones no sólo analíticas sino también metodológicas del pensamiento económico burgués.⁷⁰

⁶⁸ Para el interés de Grossmann en la obra de W. C. Mitchell, *Business Cycles: The Problem and its Setting* (1972), véase la carta a Mattick del 21 de junio de 1931, en el apéndice a *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, cit.

⁶⁹ Cf. *Ibid.*

⁷⁰ Una conspicua contribución europea a la teoría de los ciclos económicos vino del Institut für Konjunkturforschung de Berlín, a cuyo trabajo se refirió —aunque en clave subconsumista— Natalie Moszkowska, *Zur Kritik moderner Krisentheorien*, Praga, 1935 [trad. esp., *Contribución a la crítica de*

Volviendo ahora, a la luz de las consideraciones hechas sobre la obra de Grossmann, al diagnóstico del debate sobre el destino del capitalismo entre las décadas del 20 y del 30, no puede dejar de sorprender la posición de quienes creen posible trazar aún cómodamente una división neta entre una línea que afirmaría la necesidad del derrumbe por causas “puramente económicas” y otra que en cambio vincularía la caída del sistema a la “intervención subversiva del proletariado”.⁷¹ Partir de un elemento discriminador de ese tipo equivale a borrar de un solo golpe la nota característica de la tercera fase del debate sobre el destino del capitalismo: la diferenciación no sólo político-estratégica, sino también “epistemológica” dentro de las teorías de las crisis. A partir de 1929, en suma, lo que se imponía al movimiento no era tanto una puesta al día empírica o un “ajuste” del análisis (como proponía la Internacional Comunista), sino una nueva fundación y un cambio de forma del marxismo: un planteamiento distinto de la teoría con respecto al conjunto de la formación social capitalista, como condición de una nueva relación con la política y la praxis revolucionaria. Si tales eran los problemas del movimiento, recuperar la capacidad hermenéutica de la teoría del valor, colocar el momento de la *reproducción* en el centro de la elaboración estratégica, y desplazar así el punto de gravedad de un debate que hasta entonces había girado en el vacío, prisionero de la oposición producción-consumo, no era por cierto una operación académica. Desatar el nudo de la reproducción implicaba, en efecto, la elaboración de un modelo teórico capaz de explicar la dinámica de conjunto del mecanismo capitalista, a partir de ese nexo acumulación-crisis, negado tanto por el “revisionismo” socialdemócrata como por el “radicalismo de izquierda” de la Comintern, tanto por Hilferding como por Varga, y —por lo tanto— capaz de fundar, a través de una serie de pasajes científicamente controlados, el terreno de la política.

Todo esto, por evidentes motivos históricos, podía estar presente en Grossmann sólo en estado embrionario. Serán economistas marxistas del temple de Mattick y Kalecki los que lleven adelante, en los años posteriores, el discurso iniciado a fines de la década del 20, midiéndose con los problemas de la intervención estatal y de la dinámica del ciclo capitalista, en un enfrentamiento cerrado con el keynesismo y con el pensamiento económico burgués.⁷² Los análisis hechos

las teorías modernas de las crisis, Introducción de Sergio Bologna, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, Siglo XXI, 1978]; para la discusión de las tesis de Grossmann cf. pp. 51 ss.

⁷¹ Como Sergio Bologna en la introducción a la *op. cit.*, de Natalie Moszkowska, p. 9.

⁷² Cf. Paul Mattick, *Marx y Keynes, cit; Krisen und Krisentheorien*, Frank-

en la entreguerra por Paul Mattick y el grupo de trabajo organizado y dirigido por él, que se reunía en América en torno a las revistas "consejistas" *International Council Correspondence*, *Living Marxism* y *New Essays*, son importantes porque reformulan la teoría de la crisis no ya en forma ideológica y/o empirista, sino a través de la profundización del *nexo producción-circulación* y de la *relación de estado y proceso reproductivo*. En este sentido daban también la clave para una interpretación no puramente sociológica, sino "morfológico-estructural" del fascismo y de las varias formas de capitalismo de estado. Si, pues, en los años 30 y 40 el componente más vital del *Linkskommunismus* pudo medirse productivamente con fenómenos y aspectos desconocidos para el debate de los años 20, eso se debió, y no en último término, al hecho de que —en el estudio de las diversas formas de concentración y de organización capitalista— había tomado de Grossmann los instrumentos teóricos adecuados para evitar las repetidas sugerencias ofrecidas por la hipótesis subconsumistas (que, bajo nueva vestimenta, ha tenido una notable suerte en la década del 60 con *El capital monopolista* de Sweezy y Baran), y también para ir más allá de la concepción hilferdinguiana, que tanto había pesado sea sobre el desarrollo de la teoría derrumbista de la concentración imperialista, sea sobre la teoría planista del capitalismo organizado. Profundizando en este punto quisiéramos intentar ahora alguna conclusión.

La crítica a Hilferding le había permitido a Grossmann hacer una especificación de la relación entre capital financiero y capital industrial y recuperar un aspecto del análisis de Lenin que consideraba válido y fecundo: "En cuanto a las preguntas que se me han hecho," escribía Mattick el 21 de junio de 1931, "quiero en primer término precisar que me opongo a la concepción de Hilferding del 'capital financiero', pero no a la de Lenin. Las dos concepciones son *fundamentalmente distintas*. Hilferding entiende por capital financiero el capital *bancario*; no se pregunta qué hay detrás de ese capital bancario. Yo combato esa concepción del papel decisivo del capital bancario. Lenin en cambio por capital financiero no entiende el capital bancario, sino la fusión del capital monopolista, sobre todo del capital *industrial*, con el poder estatal y la política estatal que es un instrumento de ese capital. Es una cosa completamente distinta. Que los bancos sean *mediadores* de la expansión del capital es claro. Pero

furt, 1973 [en esp., *Crisis y teoría de la crisis*, Barcelona, Península, 1977] M. Kalecki, *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista*, México, 1977. Pero véase ahora Paul Mattick-Karl Korsch-Hans-Langerhans, *Capitalismo e fascismo verso la guerra. Antología dai "New Essays"*, edic. de Gabriella M. Bonacchi y Claudio Pozzoli, Florencia, 1976.

debemos preguntarnos si por ejemplo los banqueros norteamericanos desempeñan el papel principal en la vida económica de los Estados Unidos, si deciden la *orientación de la política de expansión americana*, o si en cambio son solamente *órganos* de los magnates de la industria que tienen sus representantes en la administración de los bancos. En mi libro he tratado de sostener (cierto que sólo suscitadamente) que en las etapas iniciales del desarrollo industrial el capital bancario tiene una influencia autónoma. En la etapa avanzada son los magnates de la industria los que controlan prácticamente los bancos. Concuero con el papel fundamental del capital financiero en sentido leninista, en cuanto también Lenin —igual que yo— no habla del ‘capital bancario’, sino por el contrario de la industria que controla al estado y su política.”⁷³

Como quiera que se valore en sentido estrictamente económico este juicio sobre la concepción leniniana del imperialismo, Grossmann quería aquí afirmar —utilizando a Lenin contra los “neoarmónicos”— una exigencia teórica que era implícitamente (para todo el movimiento obrero europeo) también una exigencia estratégica: el análisis del modo de funcionamiento de la sociedad capitalista a partir del entrelazamiento de circulación y producción, reproducción y producción, política y economía. Partir del proceso de reestructuración que, a los niveles altos del desarrollo, ocurría en las grandes fábricas parecía entonces la condición ineludible para captar y verificar la eficacia de ese entrelazamiento en el proceso de reorganización social de conjunto del trabajo y del capital, que reproducía en escala ampliada (y, como lo precisará después Pollock, *desplazaba*) la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. En las últimas páginas de su libro Grossmann ve la relación entre bancos y gran industria en forma completamente invertida con respecto a Hilferding: La acumulación impulsada permitía tasas de autofinanciación muy elevadas; la administración y la distribución del plusvalor se hacía directamente desde el cerebro de la gran empresa, por lo cual —como recientemente se ha observado— “la banca había perdido ese poder unificador, centralizador y programador, que según la hipótesis de Hilferding creaba condiciones de organización económica pre-socialista.”⁷⁴ Pero si se reconoce que el sujeto implícito del análisis de Grossmann es la gran empresa que revoluciona las técnicas y la organización del trabajo, es preciso concluir también que el complemento teórico-político natural de su “modelo” no es la actitud

⁷³ En Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis, cit.*, véase al apéndice con la correspondencia de Grossmann a Mattick.

⁷⁴ Sergio Bologna, *introducción, cit.*, p. 11.

de espera característica de la ideología de la Segunda Internacional sino el análisis de los efectos estructurales del taylorismo y del fordismo realizada por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*.⁷⁵ El hecho de que Gramsci hubiera comprendido la importancia del libro de Grossmann (que sólo había podido conocer indirectamente) y hubiera tratado al "americanismo" como *contratendencia*, aunque fuera de vasto ("epocal") alcance a la caída de la tasa de ganancia, es por sí solo significativo de cómo la solución de los grandes problemas estratégicos del movimiento pasaba necesariamente por la reactivación de las categorías de la crítica de la economía política y por la nueva fundación teórica del marxismo a nivel de la nueva morfología del modo de producción.

Con Gramsci ciertamente estamos mucho más allá de los límites del *Linkskommunismus*, así como estamos más allá del "marxismo de la Tercera Internacional" (incluyendo sus variantes "heréticas") —pero, al mismo tiempo, nos hallamos en una perspectiva que conlleva y explica los problemas, las contradicciones y los temibles atrasos del movimiento obrero occidental en su conjunto. De Gramsci, en efecto, no sólo hemos obtenido una tan apreciable como genérica exigencia de desarrollo creativo del marxismo. Hemos aprendido también la importancia estratégica del problema de la relación entre la crítica de la economía política y la ciencia de la política: es decir del problema de *cómo* funciona la dinámica de la crisis en la fase actual del "capitalismo de estado" y, dentro de ella, la dinámica de ese proceso reproductivo que no es sólo reproducción de "trabajo muerto" y de riqueza (mercancía), sino de relaciones de producción —por lo tanto: *reproducción de clases*. Si para captar el alcance de este nudo es indispensable volver a recorrer, laicizándola, la historia del marxismo y del movimiento obrero, para desatarlo, hoy es necesario penetrar teóricamente en la dinámica interna de esa "politicidad integral" (el "ciclo político", como la llama Kalecki) que es el único mecanismo del capitalismo contemporáneo: sin ese pasaje es

⁷⁵ Cf. Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, edición crítica de Valentino Gerratana, Turín, 1975, pp. 2139 ss. (sobre Grossmann véase pp. 890 y 1279). "Americanismo e fordismo" es un texto que por mucho tiempo ha sido descuidado en el curso de la recepción y desarrollo de la concepción gramsciana, y cuya riqueza problemática y amplitud de miras sólo ahora se empiezan a descubrir. Indirectamente expresivo de la exigencia de un nuevo lanzamiento de estos temas como objeto de investigación histórico-crítica y de verificación estratégica del movimiento obrero me parece el debate abierto por las recientes contribuciones de Lucio Villari ("Per una ricerca sul taylorismo delle origini") y Aris Accornero ("Dove cercare le origini del taylorismo e del fordismo"), aparecidos en la revista *Il Mulino*, respectivamente en el núm. 239, may-jun., 1975 y en el núm. 241, sep-oct., 1975.

imposible (o es un mero postulado ético) —como nos demuestra *ex negativo* la contradictoria trayectoria del “extremismo histórico”— la traducción del problema del destino del capitalismo al problema político de la transformación revolucionaria de las relaciones existentes por parte de la subjetividad organizada.

KORSCH-MATTICK-PANNEKOEK

DERRUMBE DEL CAPITALISMO
O
SUJETO REVOLUCIONARIO

PRÓLOGO

Estos ensayos, publicados hace 40 años y motivados por el libro de Henryk Grossmann acerca de la teoría marxista de la acumulación y del derrumbe, se han ganado el derecho a la reimpresión porque los problemas —tratados en aquel entonces— necesitan todavía de una discusión exhaustiva. Aunque el libro de Grossmann fue redactado antes de la gran crisis de 1929 y, conforme al contexto, se vio confirmado por ésta, en los ensayos dedicados a dicho libro se reflejan ya las experiencias de algunos años de crisis, y con éstas también las desilusiones relativas a las esperanzas revolucionarias vinculadas a aquella gran crisis. Parece evidente que la crisis, por sí misma, no lleva al derrumbe del capitalismo, a menos que la lucha de clases —agudizada por aquélla— arrastre consigo el derribamiento político del sistema. Esto, sin embargo, no depende tanto de la situación económica como de la madurez revolucionaria de la conciencia de clase proletaria. La acentuación unilateral del llamado “factor objetivo” en la destrucción del capitalismo desconoce el indispensable papel del “factor subjetivo”, o sea de la voluntad revolucionaria basada en la comprensión de las conexiones sociales, en la destrucción de la sociedad capitalista.

Debería pues ser natural que un orden social se derrumbe solamente cuando es derribado y que pueda ser aniquilado sólo cuando le falta la fuerza para defenderse de sus enemigos. El adversario del capital está representado por la clase obrera tanto sea en sus períodos de auge como en los de decadencia. Pero solamente en la crisis prolongada asume esta oposición su carácter irreconciliable, porque cuestiona la propia existencia de las grandes masas obreras. Puesto que la crisis se puede resolver solamente a costa de los obreros, lo cual se tiene que expresar en parte en la destrucción del capital, cada crisis grande y prolongada abre la posibilidad de luchas de clases agudizadas que pueden conducir a la destrucción del sistema.

La producción capitalista sirve para la realización del capital momentáneamente existente. Sin acumulación la producción social pierde su carácter capitalista. Naturalmente puede haber también producción de plusvalor sin acumulación, pero la simple reproducción

de capital es ya una situación de crisis, porque la valorización del capital coincide con su expansión. Por eso una crisis causada por la suspensión de la acumulación sólo es posible como situación transitoria. La cuestión es ahora si una crisis que comienza puede conducir por su propia dinámica a una nueva coyuntura y si es posible realizar las modificaciones estructurales económicas y sociales vinculadas a ella. No hay respuesta cierta a esta pregunta. Sólo al ocurrir efectivamente una ulterior acumulación se tiene la "prueba" de que era posible la prolongación de la crisis. Esta "prueba" no se podría dar si dicha crisis llevase a luchas revolucionarias que, en resumidas cuentas, acabarían con el modo de producción capitalista; entonces sí sería idéntico el estado de crisis con el derrumbamiento del capital.

No tiene por lo tanto mucho sentido afirmar que para el capital "no hay situaciones absolutamente sin salida", así como tampoco tiene sentido suponer lo contrario. Teóricamente es posible imaginar ambas cosas si uno reordena los supuestos necesarios para ello. Aun aquellos que niegan el callejón sin salida al que se encamina a final de cuentas la producción de capital se refieren al futuro no lejano y no a la eternidad. Para sus adversarios cada gran crisis encierra la posibilidad de ser la última precisamente porque puede conducir a acciones sociales que cierren el camino hacia la continuación de la acumulación. Como para el marxismo no es la economía la que determina las relaciones de clases dadas, sino que son las relaciones de producción capitalistas —en cuanto que relaciones de clases— las que bajo las condiciones de la economía de mercado adoptan la forma fetichista de relaciones económicas, cualquier consideración "puramente económica" del capitalismo y de sus leyes de movimiento constituye una imposibilidad desde el punto de vista del marxismo. Y sin embargo estos ensayos giran únicamente en torno al derrumbe "puramente económico" del capital, siendo que no se puede ni hablar de un tal derrumbe. En la discusión, los participantes parecen hablar sin entenderse mutuamente, pero por otros motivos que aquellos desprendidos del análisis económico y de la comprensión del desarrollo capitalista que de él deriva.

Con sus argumentaciones a veces bien y otras veces mal redactadas, estos ensayos hablan por sí solos. Pero es preciso decir que a veces se ocupan de problemas ficticios que no necesitan discusión. Es evidente que aunque para Marx "toda la mierda económica desemboca en la lucha de clases", en su magna obra se esfuerza no obstante por probar el carácter efímero del sistema capitalista aun en base a sus propias categorías económicas. La contradicción social entre el trabajo y el capital es a la vez la contradicción —contenida en la producción del valor— entre el valor de cambio y el valor de uso,

entre la acumulación como proceso de valorización del capital y los fenómenos multifacéticos de crisis del mercado, derivados de la ley del valor.

Debido a que no es posible decirlo todo a la vez, ¿es posible por ello totalmente correcto poner al descubierto el proceso de desarrollo capitalista a partir del fundamento de la teoría del valor? Esto no quiere decir que esté demostrado que el sistema deba suprimirse a sí mismo. Lo que se puede establecer es la tendencia histórica a la acumulación del capital como desarrollo de sus contradicciones inmanentes, las cuales deben encontrar su confirmación en el verdadero desarrollo económico. Es así como Marx ya en el primer tomo de *El capital*, dedicado únicamente al proceso de producción inmediato, logró comprobar la tendencia general al desarrollo del capital, tendencia que no fue cuestionada por la inclusión posterior de las relaciones reales de mercado. A pesar de eso, el capital, como proceso global, como entidad inseparable del proceso de producción y de circulación, es el único que ofrece una visión cercana a la realidad del proceso de desarrollo capitalista. Y si bien el reconocimiento de la tendencia al desarrollo del capital —obtenida por medio de la fuerza de abstracción— está sujeto a muchas modificaciones debido a una serie de tendencias opuestas provocadas por el proceso global, desde el punto de vista histórico se impone la tendencia general de la acumulación capitalista en dirección a su supresión.

Esto se puede demostrar solamente mediante un modelo que tome en consideración los fundamentos esenciales del sistema capitalista y que no coincida directamente con la realidad. En el modelo de Marx, o sea en *El capital*, el capital debe perecer por sus propias contradicciones, y puesto que la historia por sí sola nada hace sino que es hecha por los hombres, resulta sin más ni más que el límite histórico del capital está dado por su derribamiento revolucionario. Pero, al revés, este derribamiento presupone contradicciones capitalistas y su desenvolvimiento disgregativo. Si el capital mediante su acumulación crea sus propios sepultureros, ya está en el proceso de acumulación su fin definitivo y se puede hablar —con razón— de una teoría de la acumulación y del derrumbe, sin propugnar por ello una teoría del derrumbe “puramente económico” o “automático”. A través de la acción revolucionaria del proletariado, cada gran crisis del capital puede convertirse en su crisis mortal. Si no lo es, entonces o el capital permanece en un estado de crisis o bien la supera mediante la creación de nuevas premisas para un ulterior proceso de acumulación. La definición de la gran crisis de 1929 y la consiguiente depresión como crisis mortal del capitalismo significaría hacer del deseo el padre del pensamiento.

Pero esto se vio sólo después y únicamente por el hecho de que el proletariado permitió al capital buscar una vía de escape con medios capitalistas. Entonces pareció oportuno señalar que no basta con las condiciones objetivas para la revolución social. Por otra parte, sin embargo, una conciencia revolucionaria sólo puede formarse en momentos de crisis capitalistas, y esto lo demuestran suficientemente el reformismo y el oportunismo de la clase obrera durante los períodos de auge del capitalismo. Lo cual significa que la crisis proporciona la premisa necesaria, pero no suficiente, para las acciones revolucionarias, y que se debe prestar atención no tanto a las circunstancias que forman dicha conciencia, sino a la conciencia misma.

El fuerte énfasis puesto sobre el elemento conciencia en el hecho revolucionario contiene, sin embargo, un rasgo inconfundiblemente idealista. Si la transformación revolucionaria depende más del grado del conocimiento que de la presión de las circunstancias, entonces el elemento decisivo no es tanto la espera de catástrofes económicas sino el cultivo de una conciencia socialista. Sometido a la apariencia de las cosas y de acuerdo a sus necesidades, el movimiento obrero reformista renunció al reconocimiento marxista del proceso de acumulación como proceso de hundimiento, para dedicar toda su actividad al incremento de la conciencia socialista y de las instituciones socialistas dentro del capitalismo. Sin tendencia al derrumbe, la acumulación capitalista no tiene implicaciones revolucionarias y la realización del socialismo dependería, en efecto, del desarrollo de la conciencia que es relativamente independiente de la situación.

Fue este punto de vista lo que indujo a Rosa Luxemburg a interpretar nuevamente el proceso de acumulación como proceso de derrumbe y a deducir de ahí el desarrollo revolucionario de la conciencia. Y no importa que su teoría se apartara de la de Marx porque los dos, en última instancia, señalaron los límites objetivos del proceso capitalista. Pero ahí no se trataba de la espera pasiva de la última crisis, porque este cauce del desarrollo sería necesariamente acompañado por la agudización de las luchas de clases y por la correspondiente formación de la conciencia revolucionaria.

La convicción de Rosa Luxemburg de que el capital tiene límites objetivos no contradecía la opinión sostenida por Pannekoek de que a la clase obrera le esperan muchas catástrofes y no una catástrofe final especial, puesto que ella también era consciente de que la revolución llegaría mucho antes de que se iniciase la "crisis final" definida teóricamente. Pero, de alguna manera, a Pannekoek le parecía que poner el énfasis en lo insostenible del sistema capitalista menoscababa el papel activo del proletariado como actor de su revolución. Para él el capitalismo únicamente puede ser vencido por las acciones in-

dependientes de los obreros y el socialismo sólo puede ser realizado por su propia actividad. La victoria final del proletariado depende, según Pannekoek, del desarrollo propio de su conciencia, del abandono de todas las ilusiones reformistas que lo encadenan al capitalismo, en tanto que las leyes de la crisis ofrecen solamente el trasfondo material.

Esta postura se fortalecía debido a las experiencias de la revolución rusa, que no condujo al socialismo sino a un capitalismo de estado. Para llegar al socialismo, la conciencia revolucionaria debe estar suficientemente desarrollada para excluir cualquier reaparición del dominio de clase. Pese a que el ejemplo ruso se refería a un país capitalista atrasado y a un movimiento revolucionario correspondiente, subsistía, aun en los países capitalistas altamente desarrollados, el peligro de que una revolución, ocasionada por la crisis económica, condujera sólo a una modificación del sistema capitalista, a menos que los trabajadores comprendieran, en base a sus experiencias anteriores, que su liberación sólo puede ser su propia obra. Pannekoek consideró que limitarse a la teoría económica, a la prueba de las leyes de la crisis y del inevitable derrumbamiento, constituía una desviación de los problemas reales de la lucha de clases del proletariado, que tiene como centro a la misma clase obrera, sus acciones y organizaciones.

Curiosamente, los adversarios de Pannekoek comparten con él esta acentuación del momento subjetivo en la revolución, aunque lo vean de un modo muy distinto. Lenin también rechazaba la tendencia objetiva al hundimiento del capital y en el debate sostenido con Rosa Luxemburg acerca de la posibilidad o imposibilidad del equilibrio de los esquemas marxianos de la reproducción, él se ponía en el mismo plano que el teórico de la armonía: Otto Bauer. Al mismo tiempo, para Lenin los obreros no eran sin embargo capaces por sí solos de desarrollar una conciencia revolucionaria. Ésta debía serles inculcada desde afuera a través del partido revolucionario, lo cual contraponía, como producto de su propia ideología, a la imperante ideología capitalista. En cuanto al desarrollo de la conciencia, el capital competía pues con el partido para arrastrar consigo, tanto ideológica como políticamente, a las amplias masas obreras. En esta lucha de ideologías ya era clara la posterior supremacía del partido sobre la sociedad. Del partido —como portador de la conciencia socialista— dependía pues el aprovechamiento revolucionario de las situaciones de crisis capitalista. Esto se expresaba en el lema de que sin teoría revolucionaria no hay praxis revolucionaria.

Aun bajo la influencia de Lenin, Karl Korsch también consideraba útil para la revolución la búsqueda de una teoría de la crisis

como una búsqueda de la "piedra filosofal". Consideraba a la teoría que reconoce la existencia de una tendencia económica al desarrollo objetivamente dada y cuyo objetivo final está determinado apriori no sólo como carente de fundamento científico, sino además, en relación con el verdadero grado de desarrollo de la conciencia de clase, como irrelevante. Korsch creía así representar el punto de vista "activista-materialista" del marxismo, rechazado por la socialdemocracia y supuestamente recuperado por Lenin. Pero este concepto se perdió en el desarrollo teórico del propio Korsch y en el nuevo conocimiento de que el punto de vista aparentemente "activista-materialista" de Lenin era en realidad "activista-idealista", concepto que en principio no contradecía al de la socialdemocracia. Ateniéndose a la teoría del valor de Marx y al conocimiento adquirido por medio de ella sobre las necesarias consecuencias de la acumulación de capital, Korsch acabó también por aceptar muy pronto las tendencias objetivamente dadas al desarrollo del capital como punto de partida de sus propias consideraciones teóricas.

Ciertamente el rechazo de la necesidad objetiva del derrumbe capitalista y el énfasis puesto sobre el factor subjetivo de la revolución —ya sea en la concepción de Pannekoek o en la de Lenin sobre la conciencia de clase— parece aproximarse más al curso efectivo de las cosas que la aceptación de la teoría de la acumulación y del derrumbe, que inducía a la esperanza de que la última gran crisis del capital sería realmente la última. Efectivamente, el capital no sólo se mantuvo sino que siguió desarrollándose al punto de aniquilar casi por completo la conciencia revolucionaria adquirida en los años de crisis. De aquí resultaba que no es posible extraer conclusiones sobre el desarrollo —directo y ulterior— ni de la conciencia de clase ni de las condiciones económicas objetivamente dadas.

Si no se puede deducir nada determinado de los acontecimientos económicos respecto al desarrollo de la conciencia de clase, inversamente tampoco un determinado nivel de la conciencia de clase puede ser la medida del curso ulterior de la historia. Del mismo modo que el propio desarrollo capitalista, tampoco el de la conciencia es un proceso continuo. Va acompañado de avances y retrocesos en proporción inversa a la dinámica de la acumulación. Si el proceso de producción capitalista cayese en un estado permanente de crisis, en base a las experiencias actuales cabría esperar que la conciencia revolucionaria creciera con la continua agudización de las contradicciones de clase. Si, por el contrario, cada gran crisis es a la vez medio de la siguiente acumulación, entonces desaparece también la conciencia revolucionaria ganada por la crisis, a través de su desvío hacia el reformismo que se vuelve objetivamente posible. En otras palabras,

si no es posible decir nada seguro sobre la tendencia objetivamente económica al desarrollo, tampoco se puede afirmar nada acerca del desarrollo de la conciencia de clase.

La lucha en pro o en contra de la tendencia al hundimiento de la producción capitalista de valor de los años treinta no condujo a ningún resultado notable. A través de una nueva crisis, que desembocó en la guerra, el capital logró una vez más en el ámbito internacional llevar a cabo las modificaciones estructurales necesarias para la nueva coyuntura y demostrar que no se puede hablar de una "última crisis" que amenace seriamente al capital. La ya indiscutible sujeción a leyes de las crisis del desarrollo capitalista fue considerada inclusive como un fenómeno del pasado, que puede considerarse superado por medio de intervenciones conscientes en el mecanismo económico. La coyuntura permanente y la consiguiente posibilidad de mejoramiento de las condiciones de vida de las amplias masas dentro de los países capitalistas dirigentes destruyó junto al interés por la crítica de la economía capitalista también la convicción de la tarea revolucionaria de la clase obrera. Ya no se hablaba más del aumento de la conciencia de clase revolucionaria sino de la integración voluntaria del proletariado en el orden social existente.

Así como la violencia y la duración de la crisis antes de la guerra llevaron a pensar que se trataba de la última crisis, también la duración y la fuerza de la coyuntura de la posguerra despertaron la ilusión de que el capital había logrado efectivamente dominar sus dificultades internas. La ilusión se basa en el hecho de la coyuntura, y significa que hoy como ayer son las circunstancias objetivamente dadas las que determinan la conciencia social generalmente dominante. Sólo al disminuir la coyuntura en nuevos estados de crisis, en los cuales las relaciones de clase se presentan objetivamente como contradicciones insuperables, este estado puede desarrollarse también subjetivamente como conciencia de clase revolucionaria y llevar posiblemente a una coincidencia de los factores objetivos y subjetivos de la acción revolucionaria. Sin embargo, esto no significa que el desarrollo oposicional de la conciencia deba conducir a puntos de vista revolucionarios; también puede ser desviada hacia direcciones que corresponden a los intereses de la clase dominante y convertirse en medio de superación de la crisis, por ejemplo a través de las organizaciones de la propia clase obrera, que se ponen como tarea la sumisión del proletariado bajo las necesidades de la producción capitalista.

Sólo es seguro, y toda la historia del capitalismo ofrece la prueba, que una conciencia revolucionaria que abarque a las grandes masas obreras presupone estados de crisis capitalista. La atención dedicada

a la conciencia de clase incorpora en sí el conocimiento de las tendencias capitalistas al desarrollo. Las leyes del movimiento del capital son, según Marx, la forma disfrazada económicamente del desarrollo de las contradicciones actuales de clases en el interior de la sociedad productora de mercancías; de modo que es lo mismo hablar de la revolución proletaria que del derrumbe económico del capital. Puesto que la conciencia, determinada por las contradicciones de clases en tiempos de auge capitalista, no puede asumir prácticamente un carácter revolucionario, existe como tal sólo en forma latente y se presenta como un aspecto de los procesos de mercado. Con la crisis capitalista, la conciencia revolucionaria ya dada potencialmente puede volverse actual por fenómenos notorios de decadencia del sistema capitalista.

Las opiniones presentadas en los siguientes ensayos acerca de las teorías de las crisis en general y de la de Grossmann en particular se encuentran todas marcadas por la situación de crisis de los años treinta y bajo la influencia de la teoría marxiana de la crisis tal como está expuesta en *El capital*. La teoría de Marx de la crisis sigue las dificultades de valorización del capital que se desprenden de la teoría del valor, resultantes de la tendencia inmanente a la acumulación a la caída de la tasa de la ganancia. Esta tendencia no sólo puede ser combatida, como se desprende del ciclo de las crisis, sino también disfrazada, como se ha visto, por algún tiempo mediante intervenciones políticas en el mecanismo económico. El derrumbe del sistema puede presentarse de una manera distinta que a través de una serie de situaciones de crisis más y más agudas. En el sentido de Marx, para interrumpir el efecto del acontecimiento anteriormente nombrado sobre el proceso económico, la acumulación de capital debe ser más rápida que la caída de la tasa de ganancia. Pero también en el caso de una tasa reducida de acumulación el capital puede quedar libre de fenómenos de crisis agudas, si a una parte de su producción le quita su carácter capitalista. Esto no puede acontecer con los capitales individuales sino que necesita de la intervención estatal en el proceso económico. Mediante el mecanismo de crédito es posible superar por largo tiempo los fenómenos de crisis del capital improductivo y de la gran desocupación, aumentando la producción estimulada por el estado. La crisis del capital no se expresa entonces en la reducción de la producción, sino en el rápido aumento de la producción sin ganancia, intermediada por el estado, frente a la producción con ganancia de la economía privada.

La producción con intervención estatal —bajo las condiciones del capitalismo privado— no puede ser ni producción para el mercado ni para la acumulación. En su mayor parte es producción para el

derroche que —desde el punto de vista social— libera del proceso de valorización del capital a una parte creciente de la producción total. Por lo tanto solamente puede ser de duración y proporciones limitadas y no está en condiciones de frenar la tendencia, inmanente a la acumulación, de imposibilitar esa acumulación.

Ella misma pues es una expresión de esta tendencia y una confirmación de la tendencia descubierta por Marx al desarrollo del capital. Sin profundizar más en la característica temporal de las crisis, hay que añadir que estos nuevos fenómenos deben ser tomados en consideración y agregados a las experiencias de crisis verificadas hasta la fecha, para llegar a una mejor comprensión de las leyes capitalistas de la crisis.

Diciembre de 1972

LA TEORÍA DEL DERRUMBE DEL CAPITALISMO *

La opinión dominante en los años inmediatos a la revolución rusa era que el capitalismo se encontraba en su crisis final, en su crisis mortal. Cuando disminuyó el movimiento revolucionario de los obreros en Europa occidental, la III Internacional abandonó esta teoría, que entonces fue mantenida por el movimiento de oposición de la KAP, la cual hacía de la aceptación de la crisis mortal la característica que distinguía al punto de vista revolucionario del reformista.

El problema de la necesidad e inevitabilidad del derrumbe capitalista y la forma en que éste debería ser concebido es la cuestión más importante para la clase obrera, para su conocimiento y su táctica. Rosa Luxemburg había tratado este tema ya en 1912, en su libro *La acumulación del capital*, llegando allí a la conclusión de que en un sistema puro y estrictamente capitalista no es posible realizar el plusvalor necesario para la acumulación y que por ello es preciso que el capitalismo se expanda continuamente a través del comercio con países no capitalistas. Lo cual significa que cuando esta ampliación ya no es posible el capitalismo se derrumba; no puede seguir subsistiendo como sistema económico. La KAP se ha referido muy a menudo a esta teoría que, desde el momento de su aparición, fue impugnada desde diversas partes. Una teoría totalmente distinta ha sido desarrollada por Henryk Grossmann en 1929 en su obra *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*. En este libro Grossmann deduce que el capitalismo debe derrumbarse desde el punto de vista puramente económico en el sentido de que —independientemente de las interferencias y revoluciones de los hombres— no puede seguir subsistiendo como sistema económico. La grave y prolongada crisis iniciada en 1930 sin duda ha tornado a las mentes favorables a tal teoría de la crisis mortal. En el manifiesto de los United Workers of America recientemente publicado, la teoría de Grossmann fue adoptada como base teórica para una nueva orientación del movimiento obrero. De ahí que sea necesario examinarla desde un punto de vista crítico. Para ello es inevitable exponer, ante

* "Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus" en *Rätekorrespondenz*, 1934, núm. 1.

todo, la problematización realizada por Marx y las discusiones que le sucedieron.

MARX Y ROSA LUXEMBURG

En el segundo tomo de *El capital* Marx analizó las condiciones generales del proceso global de la producción capitalista. En el caso abstracto de la producción capitalista pura toda la producción es para el mercado: todos los productos son mercancías que se compran y se venden. El valor de los medios de producción pasa al producto y se les añade el valor de la fuerza de trabajo pagada como salario y utilizada por los obreros para comprar alimentos, y el resto —el plusvalor— que corresponde al capitalista. Si este último es utilizado para alimentos y artículos suntuarios, tiene lugar una reproducción simple: si una parte es acumulada como nuevo capital, se tiene una reproducción en escala ampliada.

Para que los capitalistas encuentren en el mercado los medios de producción que ellos necesitan, e igualmente los obreros los alimentos que necesitan, debe haber entonces una determinada relación entre todas las esferas de la producción. Un matemático expresaría esto fácilmente con ecuaciones algebraicas. Marx utilizó en lugar de ello ejemplos numéricos, casos imaginados con números escogidos para ellos, que sirven como ilustración para expresar estas relaciones. Él distingue dos sectores o campos principales de la producción, el de los medios de producción (I) y el de los medios de consumo (II). En cada uno es transferido al producto en forma invariable un valor determinado de los medios de producción utilizados (capital constante, c). Una cierta parte del nuevo valor añadido es pagada para la fuerza de trabajo (capital variable, v) y la otra es plusvalor (pv). Si para el ejemplo numérico suponemos que el capital constante es 4 veces mayor que el variable (esta cantidad aumenta con el desarrollo de la técnica) y que el plusvalor es igual al capital variable (esto es, determinado por la tasa del plusvalor) entonces bastan en el caso de la reproducción simple los siguientes números de estas condiciones:

$$\begin{array}{r} \text{I} \quad 4\,000\ c \quad + \quad 1\,000\ v \quad + \quad 1\,000\ pv \quad = \quad 6\,000 \text{ (producto)} \\ \text{II} \quad 2\,000\ c \quad + \quad 500\ v \quad + \quad 500\ pv \quad = \quad 3\,000 \text{ (producto)} \end{array}$$

cada línea satisface las condiciones. Como $v + pv$, que son empleados para los medios de consumo, representan la mitad de c , el valor de los medios de producción que se tiene que producir en el sector II

es la mitad de lo que se produce en el sector I. Entonces se ha encontrado la proporción correcta: los 6 000 medios de producción producidos son precisamente necesarios para entregar en el siguiente período de rotación 4 000 c para el sector I y 2 000 c para el sector II; y los 3 000 alimentos producidos en el sector II alcanzan exactamente para poner a disposición 1 000 + 500 para los obreros y 1 000 + 500 para los capitalistas.

Para explicar de manera parecida el caso de la acumulación de capital, se debe indicar cuál es la parte del plusvalor que sirve para la acumulación; en el año siguiente (para simplificarlo se toma cada vez un período de un año) se añade esta parte al capital, de manera que en cada sector de la producción se utiliza entonces un capital mayor. En nuestro ejemplo suponemos que la mitad del plusvalor es acumulado (o sea utilizado para nuevos c y v) y que la otra mitad es consumida (consumo, k). Ahora el cálculo de la proporción entre I y II se complica un poco, pero por supuesto se puede encontrar. Resulta que con las suposiciones dadas, la proporción se vuelve 11 a 4, como se demuestra en los siguientes números:

$$\begin{aligned} \text{I } 4\,400\ c + 1\,100\ v + 1\,100\ pv & (= 550\ k + \\ & + 550\ akk (= 440\ c + 110\ v)) = 6\,600 \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} \text{II } 1\,600\ c + 400\ v + 400\ pv & (= 200\ k + \\ & + 200\ akk (= 160\ c + 40\ v)) = 2\,400 \end{aligned}$$

Los capitalistas necesitan 4 400 + 1 600 para renovar y 440 + 160 para ampliar sus medios de producción y, de hecho, encuentran en el mercado medios de producción por un valor de 6 600. Para su consumo los capitalistas necesitan de 550 + 200, los viejos obreros 1 100 + 400, los nuevos empleados de 110 + 40 para sus alimentos; lo que en total es igual a 2 400 en alimentos efectivamente producidos. En el año siguiente todo se lleva a cabo en una escala 10% mayor:

$$\begin{aligned} \text{I } 4\,840\ c + 1\,210\ v + 1\,210\ pv & (= 605\ k + 484\ c + 121\ v) = \\ & = 7\,260 \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} \text{II } 1\,760\ c + 440\ v + 440\ pv & (= 220\ k + 176\ c + 44\ v) = \\ & = 2\,640 \end{aligned}$$

Así se puede seguir produciendo, aumentando cada año en la misma proporción.

Naturalmente que esto representa un caso enormemente simplifi-

cado. Es posible complicarlo acercándose así más a la realidad: suponiendo una distinta composición orgánica (proporción de c a v) en los sectores I y II, o también una diferente tasa de acumulación, o dejando aumentar paulatinamente la proporción de c/v , con lo cual varía también cada año la proporción de I a II. En todos estos casos el cálculo se complica, pero siempre es posible efectuarlo, puesto que siempre se calcula una incógnita, la proporción de I a II, de la condición de que demanda y oferta deben igualarse.

Estos ejemplos se pueden encontrar en la literatura. Naturalmente que en realidad nunca se da un equilibrio completo en un período; la mercancía es vendida por dinero y sólo después es utilizado el dinero para comprar, siendo que el atesoramiento sirve como amortiguador y como reserva. Hay también veces en que la mercancía queda sin ser vendida; además se comercia con territorios no capitalistas. Pero lo esencial, de lo que se trata, es de ver claro en este esquema de reproducción: para que la producción en expansión siga progresando continuamente, son necesarias ciertas relaciones entre los campos de producción que se realizan aproximadamente en la práctica; y estas relaciones dependen de dos datos disponibles: composición orgánica del capital, tasa de explotación, fracción acumulada del plusvalor.

Marx no tuvo la oportunidad de elaborar (véase el prólogo de Engels al tomo II de *El capital*) con gran claridad todos estos ejemplos. Ésta fue la razón por la que Rosa Luxemburg creyó encontrar aquí una laguna, un problema que Marx no vio y que dejó por ello sin resolver, y para cuya solución ella escribió entonces su obra *La acumulación del capital* (1912). El problema sería quién debería comprar los productos en los cuales está contenido el plusvalor. Si el sector I y II se venden recíprocamente cada vez más medios de producción y alimentos, entonces sería esto un dar vueltas en círculo inútilmente, sin que resultara de ello nada productivo. La solución se halla, según ella, en el hecho de que aparecen compradores fuera del capitalismo, mercados extranjeros de ultramar cuya conquista es de vital importancia para el capitalismo. Éste es, según ella, el fundamento económico del imperialismo.

Tras lo expuesto anteriormente sin duda ha de quedar claro que Rosa Luxemburg se equivocó. En el esquema —aducido como ejemplo— se puede reconocer con precisión el hecho de que todos los productos se venden dentro del mismo capitalismo; no sólo los $4\ 400 + 1\ 600$, sino también los $440 + 160$, en los cuales está incluido el plusvalor acumulado, son comprados como medios de producción material por los capitalistas, que quieren empezar el año siguiente con una suma total de $6\ 600$ en medios de producción. Y, de manera

semejante, los $100 + 40$ del plusvalor son comprados efectivamente por los obreros recién empleados. En esto no hay nada sin sentido: producir, venderse recíprocamente, consumir, acumular, producir más, es todo el contenido del capitalismo, es decir de la vida de los hombres en este tipo de producción. Aquí no existe pues ningún problema no resuelto que supuestamente no reconoció Marx.

ROSA LUXEMBURG Y OTTO BAUER

Poco después de la aparición del libro de Rosa Luxemburg sobrevivieron las críticas desde diversas partes, entre otras la realizada por Otto Bauer en un artículo publicado en *Die Neue Zeit* (7-14 de marzo de 1913). Como es natural, tanto en ésta como en todas las demás críticas se demuestra que producción y venta concuerdan. Pero aquí la crítica ha tomado un aspecto particular, poniendo en conexión la acumulación con el aumento de la población. Otto Bauer presupone, primero, una sociedad socialista en la cual la población crece anualmente en un 5%; es por eso que también la producción de alimentos debe crecer en la misma proporción, siendo que los medios de producción —debido al progreso de la técnica— deben aumentar con mayor fuerza. Esta ampliación debe verificarse en el capitalismo de manera semejante, pero aquí no mediante reglamentación planificada sino por acumulación de capital. Por eso se presenta como ejemplo numérico un esquema que satisface de la manera más simple estas condiciones: un aumento anual de capital variable de un 5%, del capital constante de un 10% y una cuota de explotación del 100% ($pv = v$). A través de estas condiciones está determinada a la vez cuál es la parte del plusvalor que es acumulado para arrojar precisamente el aumento supuesto del capital, y cuál es la parte consumida. No se requiere un cálculo muy difícil para exponer un esquema que presente, de año en año, el aumento correcto.

1º año	$200\ 000\ c + 100\ 000\ v + 100\ 000\ pv$
	$(= 20\ 000\ c + 5\ 000\ pv + 75\ 000\ k)$
2º año	$220\ 000\ c + 105\ 000\ v + 105\ 000\ pv$
	$(= 22\ 000\ c + 5\ 250\ pv + 77\ 750\ k)$
3º año	$242\ 000\ c + 110\ 250\ v + 110\ 250\ pv$
	$(= 24\ 200\ c + 5\ 512\ pv + 80\ 538\ k)$

Bauer lo prosigue por 4 años calculando también separadamente las cantidades para los sectores de producción I y II. Para el objetivo

de demostrar que no existía problema en el sentido planteado por Rosa Luxemburg, esto era suficiente.

Pero el carácter mismo de esta crítica tenía que suscitar a su vez otras. Su concepto básico queda ya aclarado a partir de la introducción del crecimiento de la población en una sociedad socialista. El capitalismo aparece aquí como un socialismo todavía no regulado, como una pertinaz contracción que aún golpea salvajemente a su alrededor y que sólo requiere de la mano aquietadora del domador socialista. La acumulación sirve aquí solamente para ampliar la producción, necesaria debido al aumento de la población, así como el capitalismo sirve en sí para procurar los alimentos a la humanidad; pero ambas cosas se realizan mal, de manera irregular, produciendo y acumulando demasiado o muy poco, catastróficamente, debido a la falta de planificación. Ahora bien, un aumento modesto del 5% anual puede ser compatible con una sociedad socialista, en donde toda la humanidad está bien ordenada. Pero como ejemplo para el capitalismo, tal cual éste ha sido y es, no resulta apropiado. Toda su historia es una carrera hacia adelante, una enorme expansión mucho más allá de los límites del aumento de la población. La fuerza motriz era el impulso de acumular; la mayor cantidad posible del plusvalor fue invertido como nuevo capital, atrayendo para su realización cada vez mayores círculos de la población al proceso. Y es que se contaba y se cuenta aún con un gran excedente de personas que todavía se encuentran fuera o casi como reserva y que, absorbidas o rechazadas según la necesidad, se encuentran disponibles para las necesidades de valorización del capital acumulado. Este carácter esencial fundamental del capitalismo fue ignorado por completo en la exposición de Bauer.

Era evidente que Rosa Luxemburg tomó esto como centro de su anticrítica. En contra de la comprobación de que en el esquema de Marx no había problemas de no concordancia, ella sólo podía lanzar exclamaciones irónicas de que con ejemplos numéricos artificiales todo puede ser hecho funcionar bien. Pero el enlace con el crecimiento de la población como el principio regulador de la acumulación contradecía de tal forma el espíritu de las doctrinas de Marx que resulta bastante ajustado al respecto el subtítulo de su anticrítica: "Lo que los epígonos han hecho de la teoría de Marx".

Aquí no se trata simplemente de una equivocación científica (como en el caso de la misma Rosa Luxemburg), constituye el reflejo del punto de vista práctico-político de los socialdemócratas de la época. Ellos se sentían como los futuros hombres de estado que, ocupando el lugar de los políticos dominantes, deberían de llevar a cabo la organización de la producción, y que por ello veían en el capitalismo

no la completa contradicción de una dictadura proletaria realizable a través de una revolución, sino más bien una forma de distribución de alimentos todavía no reglamentada, pero capaz de ser mejorada.

EL ESQUEMA DE REPRODUCCIÓN DE GROSSMANN

Henryk Grossmann hace referencia al esquema de reproducción presentado por Otto Bauer, y observó que no es posible continuarlo indefinidamente, puesto que al hacerlo nos enfrentamos a contradicciones. Esto se puede comprender fácilmente. Otto Bauer supone un capital constante de 200 000 que crece anualmente un 10% y un capital variable de 100 000 que aumenta cada año un 5%; la tasa del plusvalor es fijada en un 100%, es decir que cada año el plusvalor es igual al capital variable. Según las reglas matemáticas, una cantidad que aumente cada año un 10% se duplica después de 7 años, se cuadruplica después de 14, se decuplica después de 23 y se centuplica después de 46 años. Una cantidad que aumente anualmente un 5% solamente se ha duplicado después de 46 años. El capital variable y el plusvalor, que en el primer año fueron la mitad del capital constante, después de 46 años son solamente la vigésima parte del capital constante, el cual ha crecido de una manera colosal. El plusvalor no basta pues en absoluto para el aumento del 10% del capital constante.

Esto no sucede simplemente a causa de las tasas de incremento del 10% y del 5%, escogidas por Bauer. Porque en realidad en el capitalismo el plusvalor crece menos rápidamente que el capital. Que debido a esto en el desarrollo del capitalismo la tasa de ganancia deba disminuir continuamente es un hecho conocido y Marx dedica varios capítulos a esta baja de la tasa de ganancia. Si la tasa de ganancia cae al 5%, el capital no puede ser aumentado más de un 10%, puesto que el acrecentamiento del capital por el plusvalor acumulado es necesariamente menor que este plusvalor mismo. La tasa de acumulación tiene obviamente por límite superior la tasa de ganancia (compárese Marx, *El capital*, III/6, p. 310, donde dice que "con la tasa de ganancia [disminuye] la tasa de acumulación"). La utilización de un número fijo del 10% que fue lícita por unos años —según el ejemplo de Bauer— se vuelve ilícita si se prosigue el esquema de reproducción por un tiempo prolongado.

Pero Grossmann prosigue despreocupadamente este esquema de Bauer año tras año, creyendo reproducir así el verdadero capitalismo. Encuentra entonces los siguientes valores necesarios para el capital constante y para el variable, para el plusvalor y la acumulación,

así como la cantidad que queda restante para el consumo de los capitalistas (todo redondeado a millares):

	<i>capital cons- tante</i>	<i>capital varia- ble</i>	<i>plusvalor</i>	<i>acumulación</i>	<i>consumo</i>
Inicio	200	100	100	$20 + 5 = 25$	75
después de 20 años	1 222	253	253	$122 + 13 = 135$	118
después de 30 años	3 170	412	412	$317 + 21 = 338$	74
después de 34 años	4 641	500	500	$464 + 25 = 489$	11
después de 35 años	5 106	525	525	$510 + 26 = 536$	-11

Después del 21º año disminuye la cuota del plusvalor que resta para el consumo; el 34º año casi desaparece y en el 35º año es incluso deficitaria; el Shylock del capital constante exige inexorablemente su libra de carne, quiere aumentar un 10% mientras que los pobres capitalistas están allí hambrientos sin guardar nada para su propio consumo.

“A partir del 35º año la acumulación no podría mantenerse a la par del crecimiento de la población —en base al respectivo progreso técnico. Al ser la acumulación demasiado pequeña, surgiría necesariamente un ejército de reserva, que a su vez aumentaría de año en año.” (Grossmann, *Das Akkumulations-und Zusammensbruchs-gesetz...* cit., p. 126.)

Bajo tales circunstancias los capitalistas no pensarán en proseguir con la producción. Y aunque lo hicieran no podrían, porque a causa del déficit de 11 en la acumulación tienen que limitar la producción. (En realidad deberían haberlo hecho antes, debido a sus gastos de consumo.) Así, una parte de los obreros se queda sin trabajo; entonces una parte del capital queda desocupada, el plusvalor producido se vuelve menor y la masa del plusvalor disminuye surgiendo un mayor déficit para la acumulación con un mayor incremento de la desocupación. Esto es entonces el derrumbe económico del capitalismo, que se ha vuelto económicamente imposible. Y con esto queda resuelta la pregunta que se plantea Grossmann en la página 79:

“¿Cómo, de qué modo puede la acumulación llevar al derrumbe de la producción capitalista?”

Así se lleva a cabo, pues, lo que en la vieja literatura marxista fue siempre tratado como un simple malentendido estúpido de los adversarios, para el cual se reservaba el nombre de “gran Kladeradatsch”.* Sin que haya una clase revolucionaria que combata y venza

* *Kladeradatsch*, nombre de una antigua revista satírica política (1848-1944); significa algo como “revoltijo” o “estropicio”. [E.]

a la burguesía se verifica de manera puramente económica el fin del capitalismo; la máquina ya no quiere funcionar y se detiene, la producción se ha vuelto imposible. Con las palabras de Grossmann:

"[...] pese a todas las interrupciones periódicas y atenuaciones de la tendencia al derrumbe, con el progreso de la acumulación capitalista el mecanismo global marcha necesariamente hacia su fin [...] Entonces, la tendencia al derrumbe adquiere predominio y se impone en su validez absoluta como 'última crisis'" (p. 140).

Y más adelante:

"Según nuestra interpretación [...] puede observarse que si bien bajo determinadas circunstancias el derrumbe del capitalismo resulta objetivamente necesario, pudiéndose calcular el momento exacto en que habría de tener lugar, ello no significa que habrá de arribarse a dicho momento 'por sí mismo', automáticamente, y que por tanto no queda sino esperar pasivamente" (p. 601).

En este párrafo en el que uno querría creer por un momento que se habla del papel activo del proletariado como actor de la revolución, trata solamente sobre cambios de salario y de tiempo de trabajo, que modifican un poco las bases numéricas y los resultados del cálculo. En este sentido él prosigue:

"De aquí se desprende que el pensamiento que concibe el derrumbe como necesario, como producto de ciertas condiciones objetivas, no está de ningún modo en contradicción con la lucha de clases. Se pone de manifiesto, en cambio, que el derrumbe, a pesar de su inevitable necesidad objetiva, está sujeto en gran medida a la influencia ejercida por las fuerzas vivas de las clases en pugna, otorgando de este modo un cierto margen a la participación activa de las clases. Precisamente por esto es que toda la investigación del proceso de reproducción desemboca en Marx en la lucha de clases" (p. 602).

Éste "por eso" tiene gracia, como si la lucha de clases en Marx significara sólo luchas por demandas de salario y de tiempo de trabajo.

Veamos un poco más de cerca el fundamento de este derrumbe. ¿En qué se basa el aumento necesario del capital constante siempre en un 10%? En la cita arriba incluida se dice que el progreso técnico prescribe (para un aumento dado de la población) un determinado aumento anual del capital constante. Se podría entonces decir sin desviarse del esquema de la reproducción que si la tasa de ganancia se vuelve menor que la tasa exigida por el progreso técnico, entonces tiene que hundirse el capitalismo. Pero es claro que esto nada tiene que ver con Marx. ¿Cuál es el incremento del capital requerido por la técnica? Mejoras técnicas se efectúan en mutua

competencia para atrapar la ganancia extra (plusvalor relativo); pero esto no sobrepasa el límite de los medios financieros disponibles. Todo el mundo sabe también que decenas de nuevos descubrimientos y de mejoras técnicas no son introducidas, y frecuentemente son deprimidas a propósito por los empresarios, para no devaluar el aparato técnico existente. La necesidad del progreso técnico no obra como presión exterior; obra a través de los hombres y para éstos no vale más el deber que su poder.

Pero supongamos que sea correcto y que a causa del progreso técnico el capital constante tenga que comportarse, según el esquema, en forma variable: en 30 años como 3 170 hacia 412, en 34 años como 4 641 hacia 500, en 35 años como 5 106 hacia 525, en 36 años como 5 616 hacia 551. En el 35º año el plusvalor es solamente 525 mil y no es suficiente para añadir 510 mil al capital constante y 26 mil al variable.

¡Grossmann deja aumentar el capital constante en 510 mil y mantiene entonces solamente 15 mil como aumento del capital variable! 11 mil menos. Y nos dice al respecto:

“11 509 obreros [de 551 mil] se quedan sin trabajo, formándose así el ejército de reserva. Y puesto que no toda la población obrera es incorporada al proceso de producción, no será necesaria toda la cantidad del capital constante adicional [510 563 a.] para la compra de medios de producción. Si para una población de 551 584 se requiere un capital constante de 5 616 200, para una población de 540 075 se tendrá que utilizar un capital constante de sólo 5 499 015. Sobra pues un excedente de capital de 117 185 sin posibilidad de inversión. El esquema nos muestra así un ejemplo típico de la situación a la que se refería Marx cuando encabezó la correspondiente sección del libro III de *El capital* con el título ‘exceso de capital con exceso de población’ ” (p. 126).

Evidentemente Grossmann no advirtió que estos 11 000 sólo se han quedado sin trabajo porque él, de manera completamente arbitraria y sin indicar la razón, deja que todo el déficit recaiga sobre el capital variable y aumenta tranquilamente un 10% el capital constante como si no pasara nada; pero cuando advierte que no hay obreros para todas esas máquinas, o mejor dicho no hay dinero para pagarles sueldos, decide no permitir la construcción de estas máquinas para dejar así capital sin utilizar. Sólo debido a este desliz llega a un “ejemplo escolar” para un fenómeno que se verifica en las acostumbradas crisis capitalistas. En realidad, los empresarios podrán ampliar su producción solamente en la medida que alcance su capital tanto para las máquinas como para el salario. Si en total hay muy poco plusvalor, éste deberá ser entonces repartido (ante la presión

técnica supuesta) proporcionalmente entre las partes constitutivas del capital; el cálculo demuestra que del plusvalor que consta de 525 319, 500 409 deben ser cargados al capital constante y 24 910 al variable, para tener la proporción respectiva al progreso técnico; no son despedidos 11 000 obreros sino 1 536 y no se puede ni hablar de capital restante. Si se prosigue el esquema de esta manera correcta, en lugar de un despido catastrófico de obreros se opera más bien uno progresivo y muy lento.

Ahora bien, ¿cómo es posible cargar a cuenta del autor de *El capital* este supuesto derrumbe y presentar a través de muchos capítulos decenas de citas de Marx? Estas citas se refieren todas a las crisis económicas, al cambio de coyuntura de auge y caída. Mientras que el esquema debería servir para mostrar el derrumbe económico definitivo que se inicia después de 35 años, dice dos páginas más adelante:

“La teoría marxiana del ciclo económico aquí expuesta” (p. 123).

Sólo por el hecho de que utiliza continuamente oraciones de Marx referidas a las crisis periódicas puede Grossmann crear la impresión de que supuestamente expone una teoría marxiana. Pero es imposible encontrar en Marx nada acerca de un derrumbe definitivo acorde con el esquema de Grossmann. Es verdad que Grossmann transcribe un par de citas que no tratan sobre las crisis, como cuando escribe en la página 263:

“Se muestra que la forma de producción capitalista encuentra una barrera en el desarrollo de las fuerzas productivas...” (Marx, *El capital*, III/6, p. 310).

Pero si uno abre *El capital* t. III, p. 310, se puede leer allí:

“Pero lo importante de su [es decir de Ricardo y de los otros economistas] horror a la tasa decreciente de ganancia es la sensación de que el modo capitalista de producción halla en el desarrollo de las fuerzas productivas una barrera [...]”

Y esto es algo distinto. Y en la página 79 Grossmann introduce una cita para demostrar que incluso la palabra derrumbe proviene de Marx: “Este proceso pronto provocaría el derrumbe de la producción capitalista, si no operasen constantemente tendencias contrarrestantes con un efecto descentralizador, junto a la fuerza centrípeta” (*op. cit.*, p. 316).

Estas tendencias contrarrestantes, como lo destaca Grossmann con razón, se refieren al “pronto”, de manera que *con* ellas el proceso tan solo se verifica más lentamente. ¿Pero habla Marx aquí de un derrumbe puramente económico? Leamos la oración anterior con Marx:

“Esta escisión entre las condiciones de trabajo, por una parte, y los productores, por la otra, es lo que constituye el concepto de ca-

pital: se inaugura con la acumulación originaria (libro I, cap. XXIV), aparece luego como proceso constante en la acumulación y concentración del capital y se manifiesta aquí finalmente como concentración de capitales ya existentes en pocas manos y descapitalización de muchos (que bajo esta forma modificada se presenta ahora la expropiación).”

Después de esto seguramente queda aclarado que el derrumbe que sigue, como tan a menudo ocurre con Marx, se encuentra sencillamente en el momento del fin del capitalismo y su sustitución por el socialismo.

Así, pues, Grossman no demuestra nada con las citas de Marx. De ellas es imposible deducir la catástrofe final, como tampoco es posible hacerlo del esquema de reproducción. ¿Pero puede entonces servir para la representación y explicación de las crisis periódicas?, Grossmann trata de hacer de ambos una fuerte unidad:

“La teoría marxiana del derrumbe es a la vez una teoría de las crisis” así se llama el título del 8º capítulo (p. 137). Pero él ofrece otra prueba que figura en la página 141 donde una “línea de acumulación” curva y ascendente es cortada en pequeñas partes.

Pero, según el esquema, el derrumbe debe comenzar recién a partir de los 35 años, mientras que luego de 5 o 7 años, cuando se verifica en cada oportunidad la crisis, en el esquema las cosas siguen marchando en el más bonito orden. Si se desea un derrumbe más rápido, esto es posible si el incremento anual del capital constante no es del 10% sino mucho mayor. Efectivamente, ante una coyuntura ascendente se efectúa un crecimiento mucho más rápido del capital en el ciclo económico, que nada tiene que ver con el progreso técnico; la extensión de la producción se amplía bruscamente. Por cierto que de paso también aumenta rápida e impulsivamente el capital variable. De dónde tiene que provenir entonces un derrumbe después de 5 o 7 años queda a oscuras. Dicho de otra manera, las causas reales que ocasionan la coyuntura rápidamente ascendente y el derrumbe son de naturaleza totalmente distinta a la expuesta en el esquema de reproducción de Grossmann.

Marx habla de sobreacumulación, la cual inicia la crisis; de un exceso de plusvalor acumulado el cual no encuentra inversión y hace descender la ganancia; el derrumbe de Grossmann surge debido a la exigüidad de plusvalor acumulado.

Un fenómeno típico de las crisis es el exceso simultáneo de capital desocupado y de obreros desocupados; el esquema lleva a una escasez de capital suficiente, la cual sólo puede ser transformada en una abundancia de capital a través de los errores ya mencionados de Grossmann. Así, pues, mientras el esquema de Grossmann no puede

demostrar un derrumbe definitivo, tampoco concuerda con los fenómenos reales del derrumbe, o sea con las crisis.

Se puede añadir que, de acuerdo a su origen, Grossmann adolece del mismo error que Otto Bauer: el realmente impetuoso avance del capitalismo sobre el mundo, que somete cada vez más y más pueblos bajo su poder, es representado aquí por un incremento regular y dócil de la población de un 5% anual, como si el capitalismo estuviese acorralado en una economía de estado armónica.

GROSSMANN CONTRA MARX

Grossmann se vanagloria de que por primera vez él ha puesto a la teoría de Marx de nuevo correctamente frente a las falsificaciones de los socialdemócratas.

“Una de estas conquistas recientemente adquiridas —dice orgulloso al comienzo de la introducción— consiste en la comprensión de la teoría del derrumbe que aquí se expone y que constituye la columna central en la que se apoya todo el pensamiento económico de Karl Marx.”

Hemos visto cuán poco tiene que ver con Marx lo que Grossmann designa como teoría del derrumbe. Después de todo él pudo creer, con su interpretación particular, que estaba de acuerdo con Marx. Pero hay otros puntos donde esto no tiene validez. Puesto que Grossmann considera su esquema como una imagen correcta del desarrollo capitalista, derivan de aquél formas de explicación de diversos puntos que contradicen las ideas desarrolladas en *El capital*, tal como el propio Grossmann a veces lo hace notar.

Esto vale primero para el ejército industrial de reserva. Según el esquema de Grossmann, cierto número de obreros tiene que quedar desocupado a partir del 35º año, o sea tiene que surgir un ejército de reserva.

“El surgimiento del ejército de reserva, es decir la liberación de obreros a la que nos referimos aquí, debe ser distinguida rigurosamente del desplazamiento de obreros por las máquinas. El desplazamiento de los obreros por la máquina descrito por Marx en la parte empírica del tomo I de *El capital* (capítulo 13), constituye un hecho de naturaleza técnica [...] (pp. 128-129). Pero el desplazamiento de los obreros, el surgimiento del ejército de reserva del que habla Marx en el capítulo de la acumulación [capítulo 23] no es causado (de esto se ha hecho caso omiso en la literatura sobre el tema) por el hecho técnico de la introducción de las máquinas, sino por la *insuficiente valorización* [...]” (p. 130).

Esto lleva a la agudeza de explicar el hecho de que los gorriones se hayan volado no por el disparo de la escopeta, sino por su miedo. Los obreros son desplazados por las máquinas; debido a la ampliación de la producción encuentran luego nuevamente trabajo; en este ir y venir una parte se queda en el camino o fuera. ¿Debe considerarse por eso al desempleo como la causa de que aún no están empleados nuevamente? Si uno lee el capítulo 23 de *El capital*, siempre se considera allí al desplazamiento provocado por las máquinas como la causa del ejército de reserva, el cual según la coyuntura es en parte absorbido o nuevamente desplazado y se reproduce a sí mismo también como sobrepoblación.

Grossmann intenta demostrar a lo largo de algunas páginas que aquí surte efecto la relación económica c/v , y no la relación técnica $MP : FT$; en realidad ambas son idénticas. Pero esta creación del ejército de reserva que de acuerdo a Marx se lleva a cabo desde el principio del capitalismo continuamente y por doquier allí donde los obreros son remplazados por máquinas, *no es* idéntica con la supuesta creación del ejército según Grossmann, la cual comienza recién después de 34 años de progreso técnico como consecuencia de la sobreacumulación.

Algo parecido vale respecto a la exportación de capital. En extensas explicaciones son decapitados, uno tras otro, todos los autores marxistas —Varga, Bujarin, Nachimson, Hilferding, Otto Bauer, Rosa Luxemburg— porque todos ellos manifiestan la opinión de que la exportación de capital se lleva a cabo a causa de la búsqueda de la mayor ganancia. Con las palabras de Vargas:

“El capital es exportado no porque fuera imposible en *absoluto* acumular en el interior [...] sino porque existe la perspectiva de *una mayor ganancia.*” (Compárese p. 498.)

Grossmann combate esta concepción como incorrecta y antimarxista:

“No es la mayor ganancia en el exterior sino la falta de posibilidades de inversión en el interior el motivo último de la exportación de capital” (p. 561).

Nuestro autor presenta luego muchas citas de Marx acerca de la sobreacumulación, y remite a su esquema en el cual las crecientes masas de capital no encuentran modo de empleo en el interior después del 35º año; es por esto que tienen que ser exportadas.

Sin embargo, recordemos que según el esquema había demasiado poco capital disponible para la población existente, y que el exceso de capital sólo era el resultado de un error de cálculo. Por cierto que entre todas sus citas de Marx olvidó presentar aquella en la que el propio Marx habla sobre la exportación de capital.

“Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolu-

tamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia.” (*El capital*, III/6, p. 329.)

La caída de la tasa de ganancia es uno de los elementos más importantes de la teoría marxiana del capital; Marx la explicó primero teóricamente y demostró cómo el carácter efímero del capitalismo está incorporado en esta tendencia a la caída, que se impone periódicamente en las crisis.

Con Grossmann es otro el fenómeno que se presenta: después del 35º año son desplazados los obreros masivamente y un cierto capital se vuelve superfluo; a causa de esto se empeora el déficit de plusvalor en el año siguiente, con lo cual más obreros y más capital resultan inmovilizados; con la reducción del número de obreros disminuye la masa del plusvalor producido, y así se hunde el capitalismo cada vez más hondo en la catástrofe.

¿Acaso no observó el propio Grossmann la contradicción? Sí, ciertamente; y así pone él manos a la obra en el capítulo “Las causas del desconocimiento de la teoría marxiana de la acumulación y del derrumbe”, después de una consideración preliminar:

“Así ha madurado el tiempo para la reconstrucción de la doctrina marxiana del derrumbe” (p. 195). “La circunstancia de que el capítulo III de la primera sección del libro tercero, como decía Engels en el prólogo, ‘se presentó en forma de toda una serie de elaboraciones matemáticas incompletas’ pudo haber dado superficialmente la ocasión [...] al mal entendimiento.”

En su elaboración, Engels empleó la ayuda de su amigo, el matemático Samuel Moore.

“Pero Moore no era un economista [...] El mundo en que surgió esta parte de la obra hace ya de antemano creíble que existían aquí abundantes oportunidades para malentendidos y errores, y que estos errores podían también ser transferidos fácilmente al capítulo que se refiere a la baja tendencia de la tasa de ganancia.” [Nótese bien: ¡estos capítulos se encontraban disponibles, ya terminados por Marx!] “La verosimilitud del error llega casi a la certeza si reflexionamos que en este caso se trata de *una* palabra, que no obstante altera desgraciadamente por completo el sentido de toda la exposición: el inevitable fin del capitalismo es atribuido a la caída relativa de la tasa de ganancia en lugar de a la masa de ganancia. ¡Aquí seguramente Engels o Moore se equivocaron al escribir!” (p. 195).

¡Así es como se opera la reconstrucción de la doctrina marxiana! Y además, en una nota, se aduce una cita diciendo:

“Con las palabras puestas entre paréntesis Engels o el propio Marx se equivocaron; era correcto decir ‘y al mismo tiempo una masa de

ganancia que en sentido relativo baja' ” (*El capital*, III/6, p. 279).

¡Ahora el mismo Marx es el que se equivoca! Y ahora se trata aquí de una parte en la que el sentido es inequívocamente claro tal como está expuesto literalmente en *El capital*. Toda la exposición marxiana, que no termina con esa oración que requeriría de un cambio, continúa a otra oración en la que Marx explica que

“[...] la masa del plusvalor que ha producido, y por lo tanto la masa absoluta de la ganancia que ha producido, *puede* aumentar entonces, [...] a pesar de la baja progresiva de la tasa de ganancia. Éste no sólo *puede* ser el caso. *Debe* serlo —al margen de fluctuaciones transitorias— sobre la base de la producción capitalista” (*op. cit.*, p. 277).

Luego sigue una explicación de por qué tiene que crecer la masa de la ganancia, y nuevamente dice:

“Por lo tanto, a medida que progresa el proceso de producción y acumulación, *debe* aumentar la masa del plusvalor susceptible de apropiación y apropiado, y por ende la masa absoluta de la ganancia apropiada por el capital social” (*op. cit.*, p. 278).

Es decir, completamente lo contrario de los fenómenos de derrumbe imaginados por Grossmann. Y en las páginas que siguen se vuelve a repetir todo esto; todo el capítulo 13 consiste en una exposición sobre:

“La ley según la cual la baja de la tasa de ganancia ocasionada por el desarrollo de la fuerza productiva está acompañada por un aumento en la masa de las ganancias [...]” (*op. cit.*, p. 287).

No cabe pues la menor duda de que Marx quiere decir precisamente aquello que está allí impreso y que de ninguna manera se ha equivocado. Y si Grossmann escribe:

“El derrumbe, en efecto, puede no ocurrir a causa de la caída de la tasa de ganancia. ¿Cómo podría una relación porcentual como la tasa de ganancia, *un simple número*, provocar el derrumbe de un sistema real?” (p. 196).

Así queda nuevamente en claro que no ha entendido nada de Marx y que su derrumbe se encuentra en completa contradicción con él.

Ésta podría haber sido la parte en que se convenciera de la inconsistencia de su construcción. Pero si Grossmann se hubiera dejado instruir aquí por Marx, entonces toda su teoría se hubiera derrumbado y su libro no habría sido escrito.

La obra de Grossmann puede ser calificada lo más correctamente posible como una apresurada compilación de cientos de citas de Marx aplicadas incorrectamente y pegadas una a las otras mediante una teoría construida por él mismo. Cada vez que resulta necesaria una

demostración se aduce una cita de Marx que no corresponde, y lo correcto de las afirmaciones de Marx tienen que crear en el lector la engañosa impresión de la fidelidad de la teoría.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Después de todo merece atención la cuestión de cómo un economista que cree reproducir correctamente las opiniones de Marx, que incluso declara con ingenua seguridad en sí mismo ser el primero en ofrecer la interpretación correcta, puede negarla de tal manera y encontrarse en completa contradicción con Marx. La causa se encuentra en la falta de conocimiento del materialismo-histórico. La economía de Marx no puede ser entendida si no se ha apropiado la forma de pensamiento histórico-materialista.

Para Marx el desarrollo de la sociedad humana, es decir también el desarrollo económico del capitalismo, es determinado por una férrea necesidad, semejante a una ley natural. Pero dicho desarrollo es a la vez la obra de los hombres, que desempeñan en él un papel al determinar cada quien sus acciones en forma consciente e intencionada, aun cuando no con una conciencia de la totalidad social. Desde el punto de vista burgués hay aquí una contradicción; o los acontecimientos dependen del capricho humano, o, si son dominados por leyes fijas, éstas actúan como un impulso fuera de lo humano, mecánico. Para Marx toda necesidad social se impone por medio de los hombres; esto significa que el pensamiento, la voluntad y la acción humana —si bien le parecen caprichosos a la propia conciencia— son determinados completamente por el efecto del medio ambiente; y sólo mediante la totalidad de estas acciones humanas determinadas principalmente por fuerzas sociales se impone en el desarrollo social una sujeción a la ley (*Gesetzmässigkeit*).

Las fuerzas sociales que determinan el desarrollo no son sólo las acciones puramente económicas, sino también las acciones políticas en general determinadas a través de esto, las que deben proporcionar a la producción las normas legales necesarias para la producción. La sujeción a ley no sólo se encuentra en el efecto de la competencia, que equilibra precios y ganancias y concentra capitales, sino también en la ejecución de la libre competencia, de la libre producción por medio de revoluciones burguesas. No sólo en el movimiento de los salarios, en la extensión y contracción de la producción en la prosperidad y en la crisis, en el cierre de fábricas y en el despido de obreros, sino también en la indignación, la lucha de los obreros, en su conquista del dominio sobre la sociedad y la producción con el ob-

jeto de imponer nuevas normas de derecho. La economía, como totalidad de los hombres que trabajan y se afanan por sus necesidades vitales, y la política (en sentido amplio) como totalidad de los hombres que por sus necesidades vitales operan y luchan en cuanto clase, constituyen un ámbito único que se desarrolla según leyes precisas. La acumulación del capital, las crisis, la pauperización, la revolución proletaria, la toma de posesión del poder por parte de la clase obrera forman juntas una unidad indivisible que actúa como ley natural: el derrumbe del capitalismo.

La forma de pensamiento burgués, que no comprende esta unidad, ha desempeñado un gran papel no sólo fuera sino también dentro del movimiento obrero. En la vieja socialdemocracia radical predominaba la opinión fatalista —comprensible por circunstancias históricas— de que la revolución vendría un día por necesidad natural, pero que por ahora los obreros no debían intentar ninguna acción peligrosa. El reformismo dudaba de la necesidad de la revolución “violenta”, y creía que la sensatez de los estadistas y de los dirigentes controlaría al capital por medio de reformas y de organización. Otros creían que el proletariado tenía que ser educado mediante prédicas morales en la virtud revolucionaria. Siempre faltaba la conciencia de que esta virtud encuentra su necesidad natural a través de las fuerzas económicas, y la revolución sólo a través de las fuerzas intelectuales de los humanos. Ahora aparecen nuevas concepciones. El capitalismo se ha mostrado poderoso e irreductible a toda clase de reformismo, a todo tipo de dirección y de tentativas revolucionarias; todo esto aparece ridículamente insignificante frente a su enorme fuerza. Pero a la vez, su falta de solidez interna se evidencia en crisis terribles. Y quien en la actualidad adopta a Marx y lo estudia, se afirma en la certidumbre de la inevitable sujeción a leyes del derrumbe y adopta entusiasta este pensamiento.

Pero si su más profundo modo de pensar es burgués, no puede entender esta necesidad sino como un poder sobrehumano. El capitalismo es para él un sistema mecánico en el cual actúan conjuntamente los humanos como personas de la economía, como capitalistas, compradores, vendedores, asalariados, etc., pero que fuera de eso tienen que soportar pasivamente lo que el mecanismo —por medio de su estructura interna— dispone sobre ellos.

Esta concepción mecanicista puede reconocerse también en las exposiciones de Grossmann acerca del salario, donde polemiza contra Rosa Luxemburg:

“En todas partes encontramos una increíble, bárbara mutilación de los elementos fundamentales de la teoría del salario tal como fue elaborada por Marx” (p. 585), precisamente allí donde ella trata

en forma totalmente correcta el valor de la fuerza de trabajo como una cantidad extensible con el nivel de vida adquirido. Para Grossmann, el valor de la fuerza de trabajo no es "ninguna cantidad elástica, sino fija" (p. 586) y hechos tales como la lucha de los obreros no pueden tener influencia alguna sobre aquél; sólo con una mayor intensidad del trabajo debe ser reconstituida una mayor fuerza de trabajo consumida, y por esto tiene pues que aumentar el salario.

Aquí volvemos a encontrar la misma concepción mecánica: el mecanismo determina las cantidades económicas, mientras que los hombres en lucha y en actividad se encuentran fuera de esta conexión. Grossmann se refiere de nuevo a Marx y cita lo que éste dice sobre el valor de la fuerza de trabajo:

"Aun así, en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios." (*El capital*, I/1, p. 208.)

Pero por desgracia no advirtió nuevamente que Marx hace preceder esta frase, de la siguiente:

"Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación del valor de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral."

Partiendo de su forma de pensar burguesa afirma entonces Grossmann en su crítica a las diversas concepciones socialdemócratas:

"Observamos: el derrumbe del capitalismo es en general negado, o bien fundado de manera voluntarista con *motivaciones políticas, ajenas a la economía*. Una demostración, en el plano de la economía, de la necesidad del derrumbe del capitalismo no fue adoptada ni siquiera por los sostenedores de tal concepción" (pp. 58-59).

Y cita, aprobándola, una expresión de Tugán-Baranovski en la que éste dice que primero se tendría que presentar una rigurosa prueba de la imposibilidad de la sobrevivencia del capitalismo, y que sólo con ello estaría demostrada la necesidad de la transformación del capitalismo en su contrario. Tugán mismo niega esta imposibilidad y quiere darle al socialismo una motivación ética. El hecho de que Grossmann haya escogido a este economista ruso liberal como testigo muestra cuán ligado está a él en el fundamento de su pensamiento, pese al punto de vista práctico contrario. Véase también la página 108. La concepción de Marx de que el derrumbe del capitalismo resultará por obra de la clase obrera, que, en consecuencia, será pues una acción política (en el sentido más amplio de esta palabra: social en general, lo cual es inseparable de la posesión del poder económico) sólo puede ser entendida en sentido "voluntarista", es decir, como algo que se deja a la libre voluntad, al libre albedrío de los hombres.

En efecto, el derrumbe del capitalismo depende para Marx de la voluntad de la clase obrera; pero esta voluntad no es arbitraria, no

es libre, sino completamente determinada por el desarrollo económico. Las contradicciones de la economía capitalista que se manifiestan una y otra vez en el desempleo, en las crisis, en las guerras y en las luchas de clases, determinan la voluntad del proletariado siempre de nuevo revolucionariamente. El socialismo viene no porque el capitalismo se derrumbe económicamente y porque debido a esto la gente, los obreros y otros, están obligados necesariamente a crear una nueva organización. El socialismo viene porque el capitalismo, tal como vive y crece, se vuelve cada vez más insoportable para los obreros y los lanza a la lucha una y otra vez, hasta que ha crecido en ellos la voluntad y la fuerza para derribar el dominio del capital y construir una nueva organización. Es por esto que se derrumba el capitalismo. No porque esta insoportabilidad viene demostrada desde afuera, sino porque ella se sufre espontáneamente como tal, impulsa a la acción. La teoría de Marx en cuanto que economía muestra cómo aquellos fenómenos aparecen inevitablemente cada vez más fuerte; y cómo el materialismo histórico muestra que de ellos surgen entonces necesariamente la voluntad revolucionaria y la acción revolucionaria.

EL NUEVO MOVIMIENTO OBRERO

Que el libro de Grossmann haya encontrado alguna atención entre los representantes del nuevo movimiento obrero es comprensible por el hecho de que se dirige a los mismos oponentes que ellos. Tiene que combatir a la socialdemocracia y al comunismo de partido de la III Internacional —dos ramas del mismo árbol— porque ambos adaptan la clase obrera al capitalismo. Grossmann acusa a los teóricos de estas tendencias de haber desfigurado y falsificado las doctrinas de Marx y acentúa el derrumbe necesario del capitalismo. Sus conclusiones suenan parecidas a las nuestras; sin embargo el sentido y la esencia son completamente diferentes. También nosotros somos de la opinión de que los teóricos socialdemócratas, a menudo tan buenos conocedores de la teoría, deformaron la doctrina de Marx; pero su error fue histórico, fue el resultado coagulado de una experiencia de lucha del proletariado. Por el contrario, el error de Grossmann es el de un economista que nunca conoció prácticamente la lucha del proletariado y que por ello se encuentra frente a la esencia del marxismo sin poder comprenderla.

Un ejemplo de cómo sus conclusiones aparentemente coinciden con las concepciones del nuevo movimiento obrero, pero son en esencia completamente contrarias, lo encontramos en su teoría del salario. Según su esquema, en el 35º año surge en el derrumbe un des-

empleo rápidamente ascendente. Por ello caerá el salario muy por debajo del valor de la fuerza de trabajo, sin que sea posible una resistencia eficaz.

“Aquí se encuentra el límite objetivo de la acción sindical” (p. 599).

A pesar de que esto suene como muy conocido, el fundamento sin embargo es diferente. La impotencia de la acción sindical ya registrada hace mucho no se debe a un derrumbe económico, sino a un desplazamiento social del poder. Todos saben cómo el acrecentado poder de las asociaciones patronales del gran capital concentrado volvió a la clase obrera relativamente más impotente. Aquí se suma el efecto de una pesada crisis, la cual baja los salarios, como sucedió en toda crisis pasada. El derrumbe puramente económico del capitalismo que construyó Grossmann no significa una completa pasividad del proletariado. Puesto que si se verifica este derrumbe, entonces tiene que levantarse la clase obrera para erigir la producción sobre un nuevo fundamento:

“De este modo el desarrollo impulsa a la evolución y a la acentuación de las contradicciones internas entre capital y trabajo, hasta el punto en que la resolución puede ser lograda solamente a través de la lucha entre los dos elementos” (p. 599).

Y esta lucha final está en relación con la lucha salarial, porque (como mencionamos antes) frente a la baja de salario se aplaza un poco la catástrofe, y por lo contrario se acelera ante el aumento del salario. Pero la catástrofe económica es el momento esencial, y el nuevo orden es impuesto a la gente por la fuerza. Ciertamente serán los obreros como masa de la población quienes darán la violenta fuerza de la revolución, del mismo modo que constituyeron en las revoluciones burguesas pasadas la fuerza masiva de la acción; pero al igual que en una gran sublevación a causa del hambre, esto es independiente de su madurez revolucionaria, de su capacidad de tomar en sus manos ellos mismos el dominio sobre la sociedad y mantenerlo. Esto significa que un grupo revolucionario, un partido con objetivos socialistas, tiene que emerger como nuevo dominio en lugar del viejo, para introducir alguna economía planificada en lugar del capitalismo. Esta teoría de la catástrofe económica se adapta, pues, a aquellos intelectuales que reconocen lo insostenible del capitalismo y que quieren una economía planificada, la cual debe ser construida por economistas y dirigentes capaces. Y deberá contarse con que aparecerán todavía algunas teorías semejantes dentro de estos círculos o que encontrarán allí defensores.

La teoría de la catástrofe necesaria podrá ejercer cierta fuerza de atracción en los obreros revolucionarios. Éstos ven a la inmensa mayoría de las masas proletarias aferradas todavía a las viejas organi-

zaciones, a los viejos dirigentes, a los viejos métodos; ciegos para las tareas que les impone el nuevo desarrollo; pasivos, inmóviles, sin dar muestras de capacidad revolucionaria de acción. Y los pocos revolucionarios que reconocen el desarrollo quisieran desearles a las apáticas masas una fuerte catástrofe económica, para que al fin despierten del sueño y se pongan en acción. Del mismo modo, la teoría de que el capitalismo atraviesa ahora por una crisis final daría una refutación tan obvia y sencilla de todo reformismo y de todos los programas de partido que ponen a la cabeza el trabajo parlamentarista y el movimiento sindical, una comprobación tan cómoda de que es necesaria una táctica revolucionaria, que los grupos revolucionarios la tendrían que proclamar con entusiasmo. Pero desgraciadamente la lucha no es tan sencilla y cómoda, como tampoco lo es la lucha teórica en torno a los motivos y las comprobaciones.

El reformismo fue una táctica incorrecta —no sólo en la crisis, sino también durante la prosperidad— que debilitó al proletariado. El parlamentarismo y la táctica sindical no sólo han resultado incapaces en esta crisis, sino ya durante algunas décadas. No un derrumbe económico del capitalismo, sino la inaudita expansión de su potencia en toda la tierra —a través de la agudización de los contrastes políticos producidos por el reforzamiento del poder interno— al proletariado a recurrir a las acciones de masas, con el fin de reunir y unificar las fuerzas de toda la clase. En esta dislocación del poder está pues la razón de la nueva orientación del movimiento obrero.

No una catástrofe final, sino muchas catástrofes esperan a la clase obrera, catástrofes políticas, como las guerras, y económicas, como las crisis periódicas, las cuales —con la creciente extensión del capitalismo— se vuelven ya regulares ya irregulares, pero en general cada vez más nefastas. Allí sucumbirán una y otra vez las ilusiones y las tendencias del proletariado a la calma, se encenderán luchas de clases cada vez más agudas y profundas. Parece como una contradicción que la crisis actual, tan profunda y nefasta como ninguna otra antes, nada muestra de una despertante revolución proletaria. Pero la supresión de viejas ilusiones es su primer gran tarea; por un lado, la ilusión de poder hacer más aceptable el capitalismo mediante una política parlamentaria socialdemócrata y una acción sindical orientadas a la conquista de reformas; por el otro lado, la ilusión de poder derribar el capitalismo en una impetuosa carrera mediante un partido comunista como dirigente comportándose en forma revolucionaria. La clase obrera misma, como masa, ha de dirigir la lucha y se ha de acoplar a las nuevas formas de lucha, mientras que la burguesía ya sigue fortaleciendo su poder. No habrán de faltar luchas muy duras. Y aunque esta crisis disminuya, nuevas crisis y nuevas luchas

habrán de sobrevenir. En estas luchas la clase obrera desarrollará su fuerza combativa, encontrará sus metas, se educará, se volverá independiente y aprenderá a tomar en sus propias manos su destino, es decir la producción social. En este proceso se lleva a cabo el hundimiento del capitalismo. La autoliberación del proletariado es el derrumbe del capitalismo.

OBJETIVO

El desarrollo capitalista conduce a crisis cada vez más violentas, que se expresan en un creciente desempleo y en un sacudimiento cada vez más profundo de la economía. A consecuencia de esto se excluye de la producción a millones de obreros que quedan a merced del hambre. A la vez se agudizan las contradicciones de los diversos países capitalistas de manera tal, que la competencia, convertida en guerra económica, tiene que desembocar en una nueva guerra mundial.

El progresivo empobrecimiento y la creciente inseguridad de la misma existencia obligan a la clase obrera a luchar por la forma comunista de la producción. Los Grupos de Comunistas Internacionales exhortan a los obreros en lucha a tomar en sus manos la administración y dirección de la producción y distribución de acuerdo a las reglas sociales generales válidas, para así realizar la "asociación de los productores libres e iguales".

Los *GIK* ven en el desarrollo de la conciencia de los obreros el progreso esencial del movimiento obrero. Por eso combaten la política de los dirigentes de los partidos parlamentarios y de los sindicatos y plantean como consignas de lucha:

¡ TODO EL PODER A LOS CONSEJOS OBREROS!
¡ LA PRODUCCIÓN A MANOS DE LAS
ORGANIZACIONES DE LAS FÁBRICAS!

SOBRE LA TEORÍA MARXIANA DE LA ACUMULACIÓN Y DEL DERRUMBE

(RESPUESTA AL ARTÍCULO: "LA TEORÍA DEL DERRUMBE DEL CAPITALISMO", DEL NÚMERO 1 DE LA RÄTEKORRESPONDENZ)*

EL "PUNTO DE VISTA PURAMENTE ECONÓMICO"

La crítica al libro de Henryk Grossmann *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista* que se dirige a la vez contra el punto de vista del United Workers Party of America [Partido Unido de los Trabajadores de América] que adoptó la posición de aquél en un manifiesto publicado recientemente, tiene su origen en la deformación arbitraria de la concepción de Grossmann que comparte el UWP, o, en el mejor de los casos, en la falta de comprensión del marxismo, y exige así una contestación que corrija primero las deformaciones, y que luego vuelva a postular la posición realmente marxista de las cuestiones tratadas. Como el UWP —sin siquiera conocer suficientemente la concepción de Grossmann y sin al menos haber querido tomarla en cuenta— se identifica con su interpretación de la ley de la acumulación de Marx, esta anticrítica, aunque se restringe a la defensa de ese libro, debe ser evaluada como una posición de principio del UWP y a ella seguramente se le puede ahorrar de antemano el reproche injustificado lanzado contra Grossmann de provenir de la "economía burguesa".

Grossmann *no* afirma, como dice su crítico, que el capitalismo se derrumbará por motivos "puramente económicos", que el derrumbe se debe llevar a cabo "independientemente de la intervención humana". Es por eso que el crítico debe luego retirar estas afirmaciones y presentar él mismo citas que demuestran que tampoco para Grossmann el derrumbe es un proceso automático, sino el acto revolucionario del proletariado. Ni siquiera para Grossmann existen problemas "puramente económicos". Eso sin embargo no le impide limitarse por *razones metodológicas*, en su análisis de la ley de la acumulación, a

* "Zur Marxschen Akkumulations- und Zusammenbruchstheorie", en *Rätekorrespondenz*, 1934 núm. 4. [E.]

la definición de supuestos meramente económicos, ni llegar así a captar *teóricamente* un punto-límite objetivo del sistema. El *reconocimiento teórico* de que el sistema capitalista, por sus contradicciones internas, debe necesariamente ir hacia el derrumbe *no induce en absoluto* a considerar que el *derrumbe real* sea un proceso automático, independiente de los hombres. Sin hombres no habría economía, la cual no puede ser abstraída de aquéllos. Antes de que el "punto-límite" logrado teóricamente en base a un conjunto de abstracciones encuentre su paralelo en la realidad, los obreros ya habrán realizado su revolución. Por lo que si Grossmann afirma que el derrumbe es inevitable, prácticamente esto significa tan solo que la *revolución* es inevitable. Él no sostiene un punto de vista "puramente económico", sino dialéctico, para el cual toda abstracción es tan solo un medio para el reconocimiento de la realidad.

LA ACUMULACIÓN A LA LUZ DE LA DIALÉCTICA DE MARX

El punto de vista de la totalidad en la dialéctica marxiana significa que en el proceso metabólico entre el hombre y la naturaleza el hombre social es un factor activo, que la evolución histórica no sólo está determinada por relaciones objetivas dadas por la naturaleza, sino igualmente por factores subjetivos, sociales. A través de todas las formas de la sociedad se desarrollaron las fuerzas productivas como expresión de la contradicción entre el hombre y la naturaleza, el ser y la conciencia, que emergía en el trabajo. Dentro de este proceso surgían nuevas contradicciones, las cuales impulsan adelante con efecto retroactivo el proceso general. Los elementos conscientes fueron desarrollados de tal manera, que se ha vuelto sin sentido seguir diferenciando entre causa y efecto, que se ha vuelto imposible toda separación entre ser y conciencia, ya que ambos se funden siempre y constantemente bajo formas nuevas. Lo que en sí se tiene como fundamento nada tiene que ver con nuestro respectivo resultado final, y estos resultados finales constituyen siempre nuevos puntos de partida, de manera que una vez más se vuelve imposible diferenciar entre causa y efecto. Y, sin embargo, en este proceso dialéctico queda siempre como base la necesidad vital de los hombres, y queda como una necesidad material, real. El materialismo rechaza toda separación entre los elementos históricos objetivos y subjetivos, ya que ambos se influyen mutua y constantemente y con esto se modifican a sí mismos en forma constante. Uno no se puede entender sin lo otro. Del mismo modo, tampoco existe para el marxismo un pro-

blema puramente económico; la dialéctica obliga a una concepción totalizadora, la cual también descarta el economismo puro.

Pero si uno quiere *ilustrar* teóricamente la dialéctica de Marx, entonces uno puede distinguir entre factores históricos objetivos y subjetivos; sin embargo, en base a la dialéctica, que *rechaza precisamente esta diferenciación*, uno no se puede referir a ella. Para ilustrar las leyes del derrumbe del capitalismo teóricamente, podemos restringirnos a la investigación puramente económica; el *derrumbe* mismo, sin embargo, sólo puede ser comprendido si se toman en cuenta *todos los factores* del proceso histórico.

Lo que hasta la fecha diferencia las formas económicas individuales es la *velocidad* con la que se desarrollan las fuerzas productivas sociales. El capitalismo desarrolló la velocidad en forma monstruosa, y en esto consistía su "misión histórica". Marx analiza el proceso de producción en dos partes. Primero, como el proceso metabólico entre el hombre y la naturaleza, que se observa a través de todos los sistemas sociales, y, después, a este proceso en su forma específica. Lo primero constriñe al desarrollo de las fuerzas productivas sociales; lo segundo es el resultado históricamente cambiante de esta constrictión, el cual codetermina por cierto nuevamente las fuerzas productivas. El análisis económico de Marx reconoce como *punto de partida* a las fuerzas productivas, las que son estudiadas en el interior de las relaciones de producción capitalistas determinadas por aquéllas, es decir sobre la base de la producción del valor; luego llega a la conclusión de que en un punto elevado del desarrollo, éstas últimas son atravesadas por la extensión de las primeras. El movimiento del capital sobre la base del valor no es otra cosa que el movimiento dialéctico de la sociedad misma en este momento histórico. El desconocimiento del materialismo dialéctico por el seudomarxismo se expresó de la manera más evidente en la pérdida de la teoría marxiana de la acumulación y del derrumbe, de cuyo rechazo se vanaglorian los revisionistas, y a la cual los "ortodoxos" no se atrevieron a defender. Quien abandona la teoría marxiana del derrumbe, no puede a la vez mantenerse fiel al método dialéctico, quien acepta el materialismo dialéctico "filosóficamente" no tiene elección, debe concebir al movimiento dialéctico de la sociedad actual como un movimiento hacia el derrumbe. El movimiento no sólo es provocado —como supone la imagen mecanicista del mundo— desde el exterior; todas las cosas se mueven a través de sí mismas, a través de las contradicciones contenidas en ellas. El *automovimiento* de las fuerzas productivas como contradicción entre el hombre y la naturaleza generada por las necesidades del trabajo crea naturalmente siempre nuevos factores que deben ser considerados, que codeterminan y ac-

túan retroactivamente, pero que no obstante significan un automovimiento. Y el desarrollo de las fuerzas productivas sociales tiene límites absolutos en el marco de las relaciones de producción capitalistas. No obstante su análisis teórico —basado estrictamente en la ley del valor— de las leyes de la acumulación, las que no conocen la tan mentada “desproporción entre producción y consumo” y sin embargo desembocan en el derrumbe, para Marx el motivo último de todas las crisis reales es “siempre la pobreza y el consumo restringido de las masas, en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas de tal manera que su único límite sería la capacidad absoluta de consumo de la sociedad toda”. Aunque afecte mucho a la “lógica”, el capital acumula realmente por amor a la acumulación. En el capitalismo, la producción material, como también el consumo, queda en manos de los individuos, el *carácter social* de sus trabajos y de su consumo no están regulados socialmente en forma *directa*, sino que se regulan *a través de la mediación del mercado*. El capital no produce objetos sino valores (de cambio). Pero aunque en base a un tal tipo de producción el capitalismo no está capacitado para adaptar su producción y consumo a las *verdaderas* necesidades sociales, de todas maneras éstas deben ser tomadas en cuenta para que los hombres no sucumban. Si el mercado ya no está en condiciones de satisfacer suficientemente estas necesidades, entonces la producción para el mercado, la producción de valor, tienen que ser suprimidas a través de la transformación revolucionaria, para abrir paso a una relación de producción que corresponda a las fuerzas productivas incrementadas, que tenga un *carácter social directo* y no un carácter social mediado por el camino indirecto del mercado —y que sea capaz de guiarse de acuerdo con las necesidades de los hombres. Desde el punto de vista del *valor de uso*, la contradicción entre producción y consumo en la sociedad capitalista es un hecho obvio, pero un *punto de vista tal no es válido* para la producción capitalista. Para ella la única realidad no es la del mercado. Desde el punto de vista del *valor* esta contradicción constituye el secreto del progreso capitalista, y cuanto más grande es dicha contradicción, tanto mejor se desarrolla el capital. Pero precisamente porque esto es así tiene que sobrevenir un momento en la acumulación en que esta contradicción conduzca a su supresión, ya que las *verdaderas* condiciones de vida y de producción son a fin de cuentas más fuertes que las relaciones sociales establecidas y condicionadas históricamente, y así siempre queda como motivo *último* de todas las crisis reales el consumo restringido de las masas en contraste con la tendencia del capital a desarrollar las fuerzas productivas de tal manera como si la capacidad social de consumo fuese

ilimitada, *sin* que con ello fuesen explicadas las leyes del movimiento capitalista. Sólo se pone en claro la necesidad de la solución revolucionaria y se vuelve natural que, cuando se habla del derrumbe, se tiene que entender con esto la revolución de los obreros. Fue sólo el análisis abstracto, teórico, de la producción de valor el que mostró por qué tiene que llegar inevitablemente la revolución en la realidad concreta. Como el estudio de las leyes capitalistas de la acumulación daba teóricamente por resultado un punto final absoluto, se puso en claro que en realidad la pauperización de las masas es idéntica con la acumulación de capital. Para escapar de la pauperización los obreros no tienen otro medio que la transformación revolucionaria del sistema.

La producción capitalista de valor encuentra los límites de la apropiación del plusvalor en los límites de las posibilidades de explotación. El consumo de los obreros no puede ser reducido a cero, y sin embargo esta producción de valor sólo puede tender a acercarse más y más a este punto cero. Las contradicciones capitalistas surgen de la contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio. Esta contradicción hace de la acumulación de capital la acumulación de la miseria. Si el capital se despliega hacia el costado del valor, entonces destruye a su vez su propia base, reduciendo constantemente la porción que los obreros reciben de la producción. Esta porción no se deja suprimir completamente ya que el instinto de conservación de las masas es más poderoso que una relación social, la cual creció de la inmadurez de las fuerzas productivas y está atada a ella. De tal manera la burguesía se vuelve "incapaz de dominar, porque es incapaz de asegurarles a sus esclavos la existencia, incluso dentro de la esclavitud; está obligada a dejarlos hundirse en una condición en la cual los tiene que alimentar en lugar de ser alimentada por ellos." El análisis de la acumulación capitalista desemboca así "como final de todo en la *lucha de clases*, adonde viene a desembocar todo el movimiento que es el desenmascaramiento de toda esta mierda."

EL ESQUEMA DE REPRODUCCIÓN DE GROSSMANN

Grossmann de *ninguna* manera verifica la ley marxiana de la acumulación y del derrumbe, como quiere hacer creer el crítico, solamente en base al esquema de Bauer, prolongándolo del 4º al 35º año. Grossmann *tampoco* cree en modo alguno, como afirma el crítico, poder reproducir el "verdadero capitalismo" mediante la prosecución del esquema. Por el contrario, Grossmann, antes de entregarse al tratamiento del esquema, aclara lo siguiente:

“Los otros defectos del *análisis* de Bauer resultan no tanto de la construcción misma de su esquema, sino sobre todo de la no claridad de los objetivos metodológicos y de los presupuestos de una representación esquemática, es decir simplificadora, de la realidad compleja. Precisamente por ello el esquema y su utilidad en el análisis del capitalismo a partir de suposiciones ficticias y simplificadas debe ser *distinguido estrictamente* del falso análisis de Otto Bauer, el cual *confunde el decurso supuesto en el esquema con el decurso real de la acumulación del capital.*” (*Das Akkumulations...*, cit., p. 100.)

Afirmar que para Grossmann el esquema refleja la *realidad capitalista* es una falsedad; la afirmación de que Grossmann deriva únicamente de este esquema el derrumbe también es falsa. Otto Bauer trataba de demostrar con su esquema que la acumulación de capital se puede llevar a cabo sin trabas. Grossmann demostró que *incluso con este esquema* resulta el derrumbe y no el equilibrio interpretado de aquél por Bauer. Grossmann sólo se colocó “completamente en el terreno de los supuestos de Bauer, porque una crítica fructífera e inmanente sólo es posible cuando se refuta al contrario a partir de su propio punto de vista.” (*Das Akkumulations...*, cit., p. 104.)

El esquema de ninguna manera expresa el *verdadero* proceso de acumulación, así como tampoco la teoría del derrumbe está atada a este esquema. En base a muchas abstracciones se impone en este esquema el derrumbe de la valorización del capital. El marxismo no se puede restringir a un capitalismo comprendido esquemáticamente, su metodología científica sólo puede servir para la comprensión de los sucesos reales. El esquema sólo puede ser considerado como ilustración de una tendencia determinada y fue ideado por Grossmann sólo como medio de ilustración. La adopción de un esquema como medio de demostración de *un pensamiento independiente de él* era apropiada (aunque no necesaria) ya por el solo hecho de que afectaba la discusión del problema hecha hasta ese momento. Grossmann llevó a Bauer con su propio esquema hasta el absurdo y destrozó con esto uno de los más fuertes pilares teóricos del reformismo, que extrajo su fuerza de la idea de la ilimitada posibilidad de desarrollo del capital. Pese a que Grossmann tuvo de ese modo que polemizar también contra Rosa Luxemburg, cumplía así a la vez con la tarea que ella se había impuesto a sí misma. Mostrar la tendencia al derrumbe en el esquema no lleva a Grossmann, como lo acusa el crítico, a la concepción “de que el gran *Kladderadatsch* se presente sin que haya una clase revolucionaria que venza y expropié a la burguesía”. Esta clase y la expropiación existen *naturalmente* para Grossmann en la propia situación objetiva, porque para él no existe precisamente un problema puramente económico. Estos factores sub-

jetivos pueden existir —como también se entiende por sí mismo— sólo porque la situación objetiva está madura para el derrumbe. Grossmann escribió su libro partiendo del supuesto (“obviamente falso”) de que en trabajos científicos no tienen por qué ser mencionadas las cosas evidentes. Análogo a Marx, quien tampoco escribió una teoría *especial* del derrumbe, porque para el dialéctico es *natural* que la acumulación de capital basada en el valor sólo puede desembocar en el derrumbe. Recobremos la “omisión”: si las condiciones objetivas para la revolución están dadas, entonces para los inarxistas están disponibles naturalmente las subjetivas. Las necesidades objetivas son cumplidas a fin de cuentas —aunque sea con retraso— por los hombres. Con la comprobación del derrumbe económico simplemente se da la comprobación de la inevitabilidad de la revolución.

En este contexto el crítico se burla de que allí donde Grossmann trata de dar cuenta de la lucha de clases entiende bajo esta denominación sólo cuestiones salariales y de trabajo. Grossmann demostró sin embargo que la lucha por el salario y el tiempo de trabajo tiene límites objetivos, y dice con eso que aun cuando se lucha por estas cosas la lucha es revolucionaria y política ya que no sólo amenaza a la sociedad capitalista, sino que frente a los límites de la acumulación sólo se puede expresar como lucha revolucionaria a través del derribamiento del capital. Compárense los comentarios del crítico al respecto con la parte del libro de Grossmann, “La tendencia al derrumbe y la lucha de clases”, y el buen humor del crítico se convierte en expresión de su bochorno.

ACUMULACIÓN POR AMOR A LA ACUMULACIÓN

Si ya Rosa Luxemburg echaba de menos la “lógica” en la “acumulación por amor a la acumulación”, el propio Marx jamás se había preguntado por dicha “lógica”. También a nuestro crítico le parece carente de sentido que el *movimiento del capital* siga sus *propias* leyes, es decir las leyes de valorización, y no las *posibilidades* de los capitalistas. Dirigiéndose contra el progreso técnico constante en el esquema de Grossmann afirma: “La necesidad del progreso técnico no actúa como fuerza exterior; obra por medio de los hombres, y para éstos no vale el deber sino su poder.” Sin embargo, *precisamente por ello*, porque los hombres tienen que seguir las leyes del capital, pero no *pueden*, precisamente por ello tiene que sucumbir la relación capitalista de producción. En el capitalismo, son las relaciones más objetivadas las que dominan a los hombres y no los hombres a las cosas. Los hombres se encuentran sometidos a una relación

de cambio objetivada que excluye todo dominio de la producción. Ellos tienen ya sea que seguirla o destruirla. Los límites del "poder" capitalista no son tomados en cuenta por las fuerzas productivas en desarrollo (*las cuales no son todavía dominadas por los hombres*), y precisamente por esto la revolución tiene que acabar con dicha situación y subordinar las cosas al control de los hombres. El hecho de que, como expone el crítico, el capital obstaculiza a las mismas fuerzas productivas, frena a la técnica, etc., que no puede permitir su despliegue ni las tiene que desplegar, no puede ser presentado por él como un argumento, porque Grossmann tampoco lo niega. Sí, precisamente porque el capital obstaculiza el ulterior despliegue de las fuerzas productivas, e incluso las destruye, *precisamente por esto* tiene que hundirse; porque sólo puede avanzar *mientras* acumule, se expanda y despliegue las fuerzas productivas. Sin acumulación en crecimiento progresivo la economía capitalista sólo es posible en estado de crisis. Como no hay una "estática", una situación permanente de crisis tiene que desembocar en el derrumbe. El señalamiento de los límites del "poder" capitalista no indica nada en contra de las concepciones de Grossmann.

Sin embargo, mientras que por un lado el retardo de la acumulación aleja el derrumbe, fortalece a la vez por el otro lado las tendencias al derrumbe. Cada prolongación capitalista de la vida se compra a costa del tiempo de vida del capital, "paradoja" ésta que no es otra que la contradicción misma entre el valor de cambio y el valor de uso. Si el capital obstaculiza voluntaria o involuntariamente a la acumulación, entonces impulsa hacia adelante aceleradamente —en la situación de crisis vinculada a esto— a la revolución. Quiere esquivar la situación de crisis, tiene que seguir acumulando para alcanzar nuevamente un nivel de acumulación que obligue a evitar la acumulación, que incluso la descarte. Cada período de acumulación, y el consiguiente elevamiento de la composición orgánica del capital, de la productividad del trabajo, de la explotación de los obreros a través de la devaluación de la fuerza de trabajo, provoca necesariamente el descenso del conjunto de los valores. Todo el desarrollo capitalista está acompañado de la caída de los valores, lo que se expresa capitalístamente en la continua caída de los precios. Mientras que al capital le sea posible reorganizarse un nivel bajo del valor y del precio, logrará arreglárselas para salir del crecimiento de la sobreacumulación —basada en el nivel existente del valor— del capital y acumular con ganancia en base al nuevo nivel bajo del valor un siguiente período, hasta que nuevamente —a partir del nuevo nivel— resulte la imposibilidad de que continúe la valorización del capital y vuelva a estancarse la acumulación.

El valor de la fuerza de trabajo no puede ser reducida a cero; al igual que el plusvalor absoluto, también el relativo tiene un límite objetivo, y así la acumulación tiene también que chocar con su límite objetivo. La periodicidad de la crisis prácticamente no es otra cosa que la siempre recurrente reorganización del proceso de acumulación sobre un nuevo nivel del valor y del precio que garantiza nuevamente la valorización del capital. Si esto ya no es posible, entonces tampoco es posible confirmar la acumulación; la misma crisis que hasta ahora se había presentado caóticamente y podía ser superada, se vuelve crisis permanente. Por ello, Marx no puede ni necesita construir ninguna teoría especial del derrumbe, porque la crisis cíclica tiene que volverse necesariamente permanente y convertir a la pauperización relativa del proletariado en absoluta, lo cual torna cada vez más insostenibles las posiciones capitalistas, conduciéndolas al derrumbe, es decir a la revolución.

El proceso capitalista de expansión es a la vez proceso de acumulación; lo uno está ligado a lo otro. No se puede contraponer al proceso dado del derrumbe derivado de la acumulación el factor de la expansión capitalista. Con el fin de la acumulación está ligado necesariamente el fin de la expansión. Para el capital no hay posibilidades geográficas absolutas, sino tan solo necesidades de acumulación y límites de la acumulación. Con el fortalecimiento de las necesidades imperialistas desaparecen a la vez los efectos del imperialismo contrarrestante del derrumbe. Tanto la acumulación como su estancamiento son igualmente mortales para el capital. Cada acumulación es únicamente una solución temporal y tan solo aproxima la crisis permanente. La restricción del mismo modo que la expansión de la producción capitalista, son por igual independientes de la voluntad o del poder de los capitalistas ya que la producción capitalista está sometida sólo a las leyes de valorización. Las leyes de la valorización, la producción de valores (de cambio), obliga precisamente al ilimitado despliegue de la producción; y éste conduce hacia aquello que a su vez habrá de destruirlo. El proceso de reproducción capitalista se puede llevar a cabo únicamente como acumulación del capital, ya que en el capitalismo no hay una voluntad social y es el mercado quien llena las funciones sociales. Así, la acumulación sólo se puede regir necesariamente por el nivel de la acumulación alcanzada en cada caso.

EL "ERROR" DE GROSSMANN

Si bien no debe confundirse el esquema de Grossmann con la reali-

dad, sí puede (si se conoce su valor limitado) servir como ejemplo ilustrativo del verdadero movimiento del capital sobre la base del valor. Dicho esquema muestra, por ejemplo, cómo tiene que crecer necesariamente el ejército industrial de reserva partiendo del proceso de acumulación, *sin afirmar con esto* que el ejército industrial de reserva tenga que surgir como lo fija el esquema, o en el momento indicado por éste.

El esquema trata de mostrar por qué tiene que estar allí ateniéndose a las premisas adoptadas. En el esquema la falta de valorización conduce al ejército de reserva a un exceso de capital, a la restricción y al estancamiento de la acumulación. El supuesto adoptado en el esquema de un incremento anual del 10% del capital constante, a causa del surgimiento de la falta de plusvalor, ya no permite en un nivel elevado de acumulación el incremento supuesto del capital variable de un 5%; así como también descarta la parte de consumo de los capitalistas. A partir de esto, tampoco puede ser invertido completamente el capital constante extra, y una parte se queda sin posibilidades de inversión; como resultado de la acumulación aparecen por un lado una población excedente y por el otro lado capital superfluo. El crítico escribe al respecto:

“Evidentemente Grossmann no advirtió que estos 11 000 sólo se han quedado sin trabajo porque él, de manera completamente arbitraria y sin indicar la razón, deja que todo el déficit recaiga sobre el capital variable y aumenta tranquilamente un 10% el capital constante como si no pasara nada; pero cuando advierte que no hay obreros para todas esas máquinas, o mejor dicho no hay dinero para pagarles sueldos, decide no permitir la construcción de estas máquinas, teniendo para dejar así capital sin utilizar. Sólo debido a este desliz llega a un “ejemplo escolar” para un fenómeno que se verifica en las acostumbradas crisis capitalistas. En realidad, los empresarios podrán ampliar su producción solamente en la medida en que alcance su capital tanto para las máquinas como para el salario. Si en total hay muy poco plusvalor, éste deberá ser repartido (ante la presión técnica supuesta) proporcionalmente entre las partes constitutivas del capital; el cálculo demuestra [...] no son despedidos 11 000 obreros sino 1 356 y no se puede ni hablar de capital restante. Si se prosigue el esquema de esta manera correcta, en lugar de un despido catastrófico de obreros se opera más bien uno progresivo y muy lento.”

Supongamos que el crítico tuviese aquí razón (lo cual no es el caso). Aun si así fuera nada se ha dicho aún contra la teoría del derrumbe. Aun con las premisas distintas deseadas por el crítico también aquí la continuación de la acumulación se volvería cada vez

más difícil y a fin de cuentas tendría que cesar por completo. Seguramente no surgiría un exceso de capital, pero la falta de valorización conduciría de la acumulación al estancamiento aunque en forma más lenta, aparte del hecho de que la acumulación se volvería "sin sentido" a causa de la reducción y finalmente de la supresión de la parte correspondiente al consumo de los capitalistas. También aquí resultaría inevitable una situación de crisis, aún sin excedente de capital, la cual sólo podría ser superada a través de la prolongación de la acumulación, que sobrepasa la "capacidad" de los capitalistas y excluye la utilización *proporcional* del plusvalor reducido.

Es evidente para todos que cada crisis está caracterizada por el desempleo y el exceso de capital, al igual que toda crisis es superada por medio de la agudización y el aumento de la explotación ya que ésta se identifica con la acumulación prolongada. El crítico acepta que esto es así al afirmar que las citas de Marx aducidas por Grossmann en apoyo de su concepción son ciertamente correctas, pero que no se refieren a un derrumbe sino a "las crisis económicas, al cambio de coyuntura de auge y depresión". En realidad, también Grossmann sostiene que Marx no redactó ninguna teoría especial del derrumbe, y que cada crisis debe ser valorizada como expresión del derrumbe y el derrumbe final como una crisis sin solución. La fórmula dialéctica citada tan a menudo del cambio de cantidad en calidad, entre las cuales se encuentra necesariamente un receso, explica también el concepto de derrumbe que no esboza sino el momento del cambio. Un cambio que se repite siempre en un nivel cada vez más extenso. Si cada crisis es un derrumbe en miniatura, ¿cómo logra el sistema salir de ella? Porque logra escapar sobre una *base más extensa*. Si este recurso ya no es posible, entonces la crisis no puede ser superada. Precisamente porque según Grossmann la teoría de la crisis es a la vez teoría del derrumbe, concuerda con el marxismo —no otra cosa puede corresponder a la ley del valor.

Hasta qué grado el crítico entendió mal el sentido del esquema lo demuestra la "contradicción" por él comprobada entre el "derrumbe" que se verifica en el esquema y la exposición de Grossmann de la crisis cíclica. Ya aquí el crítico debería haberse dado cuenta de que el esquema no pretende ser un reflejo de la realidad; aunque la exposición de las crisis se aproxime más, tampoco se refiere directamente a la realidad, "a la cual sólo más tarde, a través de la consideración de la caída del valor y del precio vinculados con la acumulación, le es conferida una realidad mayor". El problema, por ejemplo, de la acumulación y de las crisis es primero investigado partiendo de la premisa de precios constantes para inostrar "que los períodos cíclicos de auge y depresión son independientes de las

alteraciones del precio de las mercancías y de la fuerza de trabajo; que más bien son funciones de la acumulación de capital". Precios constantes y a la vez acumulación constituyen una imposibilidad práctica, pero el supuesto teórico de la constancia del precio mostró que aun bajo tal premisa tiene que iniciarse la falta de rentabilidad del capital, que la crisis no puede ser explicada a partir del nivel del precio sino a partir de las mismas leyes de la acumulación, de la "relación entre el monto del incremento y el monto del capital". El "error", así como todas las demás observaciones del crítico, se basan en la falsa suposición de que el esquema quiere reproducir la realidad, y no merecen realmente una refutación. Pero aun sin el "error" el crítico considera al esquema como absolutamente falso, ya que para él la sobreacumulación no surge por falta de valorización, sino por un "exceso de valor acumulado", plusvalor que no encuentra inversión alguna. Por qué no la encuentra, parece no interesarle al crítico puesto que se esfuerza por ofrecer las pruebas de su interpretación. Pero él tampoco da pruebas concluyentes en contra de las concepciones de Grossmann. Como frente a esta cuestión nosotros nos colocamos totalmente en el terreno de Grossmann, y el crítico no destruyó su posición, sólo nos queda reiterarla:

"Para que la acumulación pueda ser llevada a cabo, es preciso que crezca la composición orgánica del capital, y entonces debe tomarse del plusvalor una parte relativamente mayor, con el objetivo de una acumulación extra. Mientras la masa absoluta del capital social total —con una composición orgánica baja— sea pequeña, el plusvalor es relativamente grande y conduce a un rápido incremento de la acumulación. Por ejemplo, ante una composición de $200 c + 100 v + 100 pv$ el capital constante c puede (si se supone la utilización de todo el plusvalor con el objeto de acumulación) ser aumentado en un $33\frac{1}{2}\%$ de su cantidad inicial. Ante un nivel más alto de la acumulación de capital, con una composición orgánica de capital considerablemente más alta, por ejemplo de $14\ 900 c + 100 v + 150 pv$, la masa aumentada del plusvalor, si fuese utilizada como capital extra, alcanzaría sólo para un aumento del 1% . Ante una continua acumulación en base a una composición orgánica cada vez mayor, tiene que llegar un momento en el cual cesa toda acumulación. Y esto debido a que no puede ser utilizada cualquier fracción del capital para la ampliación de la producción, sino que es necesaria una cantidad mínima determinada cuyas dimensiones crezcan constantemente con la acumulación progresiva del capital. Como en el progreso de la acumulación del capital se toma de la masa del plusvalor no sólo una parte absoluta, sino también relativamente cada vez mayor para objetivos de acumulación, en el nivel más alto de la acumu-

lación, donde el capital social tiene grandes dimensiones, esta parte del plusvalor, necesario para la acumulación extra, tendría que ser tan grande que absorbería finalmente por completo al plusvalor. Debe llegarse a un punto en el cual las partes destinadas al consumo de los obreros y de los capitalistas disminuyen absolutamente. Éste sería el punto de inflexión, en el cual comenzaría a ser efectiva la tendencia, hasta ahora latente, al derrumbe. Si la parte destinada a la acumulación extra es reducida, si es reducida la velocidad de acumulación, esto significaría que el aparato de producción no podría ser renovado y aumentado al nivel exigido por el progreso de la técnica, se iniciaría entonces un retraso relativo del aparato productivo. En tal situación, toda siguiente acumulación tendría que aumentar las dificultades ya que ante la población dada la masa del plusvalor sólo puede ser incrementada de manera insignificante. El plusvalor proveniente de las inversiones de capital precedente tendría que quedar infructuoso, tendría que surgir un excedente de capital inútil, en la vana búsqueda de posibilidades de inversión.” (Henryk Grossmann, *50 Jahre Kampf um den Marxismus.*)

GROSSMANN CONTRA MARX

El crítico se esfuerza por los más variados caminos en establecer una contradicción entre Marx y Grossmann. Así afirma, por ejemplo, que en la cuestión del desplazamiento de obreros Grossmann hace una diferenciación entre la desocupación causada por el desarrollo técnico y la que resulta de la relación entre c/v . El crítico dice con razón que para Marx MP/FT (medios de producción y fuerza de trabajo) y c/v (capital constante y variable) son idénticos, sólo que esta observación sobra, ya que Grossmann afirma lo mismo. De lo que se trata es de que aunque no se pueda separar MP/FT de c/v de todas formas es determinante para las leyes del movimiento capitalistas. $MP : FT$ es sólo el lado material de c/v ; c/v en cuanto que relación objetivada es determinante. Tampoco la revolución comunista tiene algo que contraponer a $MP : FT$; más bien libera a ésta de su cobertura capitalista c/v , ya que esta cobertura y no $MP : FT$ es responsable de todas las dificultades.

El crítico trata de refutar que de la falta de valorización resulta un exceso de capital que a la vez obliga a exportar capital, citando a Marx: “Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia.” ¿Por qué, pues? Porque en el exterior la composición orgánica es

baja y la tasa de ganancia elevada. Grossmann nada tiene que objetar a la cita del crítico, pero esta cita no enuncia nada en contra de Grossmann. La mejor valorización en el exterior muestra la mala valorización en el interior. Grossmann decía que la falta de valorización obliga a la exportación de capital con el objeto de lograr una mejor valorización. Pero si presentamos la cita completa del crítico, entonces se hace más incomprensible qué intentaba decir el crítico al señalarla:

“Si se envía capital exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia. Pero éste es un capital absolutamente excedentario para la población obrera ocupada y para el país dado en general. Existe como tal junto a la población relativamente excedentaria, y por ello sólo constituye un ejemplo de cómo ambos coexisten y se condicionan recíprocamente.” (*El capital*, III/6, p. 329.)

Pero la cuestión de la exportación de capital corresponde a las tendencias orientadas contra el derrumbe; ella deja intacta la teoría de la acumulación y explica sólo modificaciones de la ley general.

Con mayor razón remite el crítico a la injusta afirmación de Grossmann según la cual Marx y Engels se equivocaron en *El capital*, una observación que nos parece completamente gratuita; porque si Marx dice: “Las mismas leyes producen así pues para el capital social una creciente masa absoluta de ganancia y una tasa descendiente de ganancia”, en esta oración se encuentra el hecho de la baja relativa de la masa de ganancia, porque la baja de ganancia ya expresa precisamente esto. Si Grossmann dice en su nota respectiva: “La tasa de ganancia no baja relativa, sino absolutamente”, para hacer más plausible un error en el escrito de Marx, esto no expresa otra cosa que una falta de claridad de Grossmann, lo cual sin embargo no altera en nada la justeza de su afirmación de que también tiene que bajar la masa de la ganancia. Marx tampoco dice que la tasa de ganancia baje *relativamente*, ella baja absolutamente, lo cual expresa *a la vez* la baja relativa de la masa de ganancia con respecto a las necesidades de la acumulación proseguida. Sólo a condición de que el capital acumule más rápido de lo que baje la tasa de ganancia, la acumulación estará acompañada de una ascendente masa de ganancia, la cual *a la vez queda atrás de las crecientes exigencias de la acumulación*, derivadas de este mismo proceso. Por eso en un nivel elevado de acumulación, de la reducción relativa de la masa de ganancia tiene que surgir necesariamente la reducción absoluta. Baja de la ganancia y acumulación acelerada son dos costados del mismo proceso; en esta frase ya está expresado que la caída de la tasa de

ganancia es sólo otra expresión para designar la caída relativa de la masa de ganancia. El crítico afirma, además, que no sólo la frase recordada de Marx, sino todo el capítulo XIII no es más que una exposición de la ley de que la "baja de la tasa de ganancia causada por el desarrollo de la fuerza productiva está acompañada de un incremento de la masa de ganancia"; ¿cuándo?, esto ya no lo dice el crítico.

Precisamente el capítulo trece es una comprobación única de la concepción de Grossmann, si bien no justifica la idea del error de escritura en la parte mencionada. Marx demostró —y no opinaba otra cosa que aquello que realmente escribió— que el desarrollo de la producción capitalista está caracterizado por la caída de la tasa de ganancia ante un simultáneo crecimiento de la masa de ganancia. Pero Marx afirmó también en muchos otros lugares que las relaciones capitalistas de producción ($c + v + pv$) se convierten en cadenas para las fuerzas productivas. Si el despliegue de las fuerzas de producción capitalista tiene límites, entonces también lo tendrá *una situación en la que una tasa descendente de ganancia puede ser compensada por una masa creciente de ganancia*. La obstaculización del siguiente despliegue de las fuerzas productivas no puede expresarse de otro modo que a través de una situación en la cual la tasa descendente de la ganancia hasta ese momento indique a la vez la masa descendente de la ganancia. Si el desarrollo está caracterizado por el aumento de la composición orgánica del capital, la caída de la tasa de ganancia tiene que indicar la caída relativa de la masa de ganancia, sin la cual no habría derrumbe de la valorización ni tampoco una revolución. Sólo por un tiempo la caída de la tasa de ganancia está compensada por la creciente masa de ganancia y lo primero expresa la simultánea caída relativa de lo último. Nos tenemos que preguntar entonces ¿cuándo la caída relativa de la masa de ganancia se trastoca en absoluta? Marx no dejó de demostrar cuándo debe ocurrir esto, y dice:

"Además, sólo necesita mencionarse aquí el hecho de que, con una población obrera dada, cuando aumenta la tasa de plusvalor —sea por prolongación o intensificación de la jornada laboral, sea por disminución del valor del salario como consecuencia del desarrollo de la fuerza productiva del trabajo— debe aumentar la masa del plusvalor, y por ende la masa absoluta de la ganancia, pese a la disminución relativa del capital variable con respecto al capital constante." (*El capital*, III/6, pp. 279-280.)

Es claro que la baja del valor del salario tiene su límite absoluto; el trabajo nunca puede ser completamente plustrabajo, también la intensificación del trabajo tiene fronteras absolutas, junto al elemen-

to moral que no permite alcanzar estos límites. Así, tiene que llegar un punto en el que la masa de la ganancia ya no puede crecer. En este caso la caída de la masa de ganancia no está acompañada de una creciente masa de ganancia, sino de una masa de ganancia decreciente, pero este punto *sólo podía llegar ulteriormente*, porque la masa de la ganancia *ya disminuía relativamente*, puesto que acumulación y tasa decreciente de ganancia son lo mismo. Si Marx dice "creciente masa de ganancia y decreciente tasa de ganancia", esto es sólo otra forma de designar la misma cosa: baja relativa de la masa de ganancia, baja absoluta de la masa de ganancia, por lo cual Marx también distingue entre la pauperización relativa y absoluta de los obreros.

¿Por qué puede ser compensada la baja de la tasa de ganancia por el crecimiento de la masa de la ganancia? Marx dice:

"Si la tasa de ganancia disminuye en un 50%, disminuye en la mitad. Por lo tanto, si la masa de la ganancia ha de permanecer constante, el capital debe duplicarse. Para que la masa de la ganancia permanezca constante cuando disminuye la tasa de ganancia, el multiplicador que indica el crecimiento del capital global deberá ser igual al divisor que indica la baja de la tasa de ganancia. Si la tasa de ganancia disminuye de 40 a 20, el capital global deberá aumentar inversamente en la relación de 20:40 para que el resultado siga siendo el mismo. Si la tasa de ganancia hubiese disminuido de 40 a 8, entonces el capital debería aumentar en relación de 8:4, es decir el quintuple... para que el componente variable del capital global no sólo siga siendo el mismo en términos absolutos, sino para que aumente en dichos términos, a pesar de disminuir su porcentaje en cuanto parte del capital global, el capital global deberá aumentar en mayor proporción de lo que disminuya el porcentaje del capital variable. Deberá aumentar a tal punto que en su nueva composición requiera no sólo la antigua parte variable del capital, sino aun más que ésta para la adquisición de fuerza de trabajo." (*El capital*, III/6, p. 283.)

Sólo a condición de que el capital crezca *aceleradamente* puede ser equilibrada la caída de la tasa de ganancia a través de la misma. Si éste no es el caso, entonces la masa de ganancia tiene que caer absolutamente con la tasa descendente de ganancia. Como el capital tiene que crecer cada vez más rápido, tiene que llegar un punto final donde este crecimiento ya no puede ser satisfecho por la cantidad del valor. Así, es el *crecimiento mismo*, la acumulación, quien tiene que expresar la caída relativa de la masa de ganancia, lo cual se identifica también con el concepto de la tasa descendente de ganancia.

En la industria americana subieron los salarios entre 1849-1914 en

un 1 720%, materias primas en un 2 578%, el capital fijo en un 4 000%. La relación entre c/v fue 100:61. En 1919, tras 70 años de crecimiento de la composición orgánica, cada obrero ponía en movimiento 9 veces más medios de producción y 7 veces más materia prima. Al mismo tiempo disminuyó la relación entre la producción y el capital fijo. La tabla siguiente muestra que entonces también en el período 1923-1929 creció más rápido el capital constante que la producción y el capital variable. Además, que en este tiempo se llevó a cabo más aceleradamente el cambio de la composición orgánica que durante el tiempo de 1849-1914. (Tomado de Lewis Corey, *The Decline of American Capitalism*. Las cifras fueron extraídas de documentos oficiales.)

Crecimiento de la composición orgánica en la industria americana en el período 1923-1929 (en millones de dólares)

CAPITAL CONSTANTE

	<i>fijo</i>	<i>indice</i>	<i>materias primas</i>	<i>indice</i>
1923	21 410	100.0	13 200	100.0
1925	25 457	118.9	13 600	103.0
1927	26 007	121.5	13 450	101.9
1929	28 235	131.9	15 450	117.0

CAPITAL VARIABLE

	<i>salarios</i>	<i>indice</i>
1923	11 009	100.0
1925	10 730	97.4
1927	10 849	98.4
1929	11 621	105.7

	<i>valor productos</i>	<i>indice</i>
1923	39 050	100.0
1925	40 378	103.4
1927	41 035	105.1
1929	47 335	121.2

Sigamos la caída en la tasa de ganancia:

INDUSTRIA AMERICANA, 1923-1929 EN MILLONES DE DÓLARES

	<i>ganancia</i>	<i>capital fijo</i>	<i>tasa de ganancia</i>	<i>capital global</i>	<i>tasa de ganancia</i>
1923	3 174	21 410	14.8	33 491	9.8
1924	2 418	22 410	10.7	36 491	6.1
1925	3 425	25 457	12.7	42 366	7.7
1926	3 213	26 618	12.1	45 273	7.1
1927	2 662	26 007	10.2	48 049	5.5
1928	3 461	27 025	12.8	50 017	6.9
1929	3 951	28 235	13.9	52 694	7.5
1930	878	28 987	3.0	52 121	1.7

La masa de ganancia se quedó detrás del crecimiento del capital. La baja de la tasa de ganancia no expresaba otra cosa que la baja relativa de la masa de ganancia en relación a la necesidad de acumulación.

“Este efecto ambilátero” [creciente masa de ganancia, tendencia descendente de la tasa de ganancia], dice Marx, “sólo puede expresarse en un crecimiento del capital global en progresión más rápida que aquélla en la cual cae la tasa de ganancia.”

Este aumento indica a la vez la creciente obstaculización de la posibilidad de seguir aumentando y con ello la disminución relativa de la masa de la ganancia, aun cuando ella crezca absolutamente. Desde el punto de vista de la ley del valor no es posible otra cosa. Marx dice:

“La acumulación del capital, considerada con arreglo al valor, resulta enlentecida por la disminución de la tasa de ganancia, para acelerar aun más la acumulación del valor de uso, mientras que ésta, a su vez, imprime un movimiento acelerado a la acumulación con arreglo al valor.

“La producción capitalista tiende constantemente a superar estos límites que le son inmanentes, pero sólo lo consigue en virtud de medios que vuelven a alzar ante ella esos mismos límites, en escala aun más formidable.” (*El capital*, III/6, p. 321.)

Así tiene que llegar el punto indicado por Grossmann, donde las exigencias de la acumulación son tan grandes que no pueden ser cubiertas por el plusvalor existente. Para alcanzar este punto es natural que dicha tendencia contenga la caída relativa de la masa de ganancia, que se manifiesta en la caída de la tasa de ganancia.

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Casi todo lo que el crítico opone a Grossmann desde el punto de vista materialista-histórico no es sino la creación artificial de una contradicción entre Grossmann y el marxismo; y digo artificial porque Grossmann no rechazaría la mayor parte de los argumentos presentados. Todo lo que el crítico echa de menos en Grossmann se entiende por sí solo y no necesita ser mencionado en un libro que se dirige a conocedores del materialismo histórico. Nosotros ya hicimos notar que para Grossmann no existe un economismo puro, con lo cual el crítico se puede ahorrar el reproche de mecanicismo. El salario, que para Grossmann no es "una cantidad elástica, sino fija", (¿qué otra cosa podría ser en base a la ley del valor?) contiene para el crítico, para Marx, *pero también para Grossmann*, a la vez —en contraste con otras mercancías— un elemento histórico-moral. Es verdad que la repartición del plusvalor no es un proceso automático, que en el proceso dialéctico total la lucha de clases codetermina la participación de los obreros; pero sin embargo la lucha por la repartición del plusvalor es absolutamente limitada. Y es indispensable subrayar esta limitación para entender el movimiento revolucionario de los obreros, para entender por qué de la lucha por la repartición del plusvalor tiene que surgir necesariamente la lucha por la supresión de la producción del valor. Marx demostró cómo el salario de los obreros no puede sobrepasar por un tiempo prolongado determinado nivel, y cómo a la larga no puede bajar más allá de un nivel determinado. A fin de cuentas, la ley del valor es determinante. No es la lucha de clases la que *en última instancia* determina los salarios de los obreros, sino que éstos determinan su lucha de clases. El movimiento del capital es más fuerte que el movimiento salarial. Por eso el movimiento salarial tiene que convertirse en un movimiento revolucionario.

EL NUEVO MOVIMIENTO OBRERO

El crítico señala la —para él— sólo aparente afinidad de la posición política del nuevo movimiento obrero con las conclusiones resultantes de las concepciones de Grossmann. Arguye que como el nuevo movimiento obrero se opone a los sindicatos, le puede parecer útil referirse a Grossmann, el cual ha señalado la "barrera objetiva" del movimiento sindical. Y sin embargo dice: "El fundamento de ambas concepciones es diferente. La impotencia de la acción sindical, verificada ya hace mucho tiempo, no se le puede adjudicar a un de-

rumbe económico sino a un desplazamiento social del poder." Para el crítico, la concentración de capital es la que restringe y suprime el poder de los sindicatos. Pero este desplazamiento del poder, el proceso de concentración, es a la vez un proceso de derrumbe, y es una tautología huera contraponerle al derrumbe un desplazamiento del poder. Por cierto que *en el sentido del crítico* el desplazamiento del poder no puede ser puesto como límite "objetivo" ya que, aparentemente, este desplazamiento del poder se opera según él sólo política y no económicamente. Sin embargo, sólo cuando de la pauperización relativa de la clase obrera surge la absoluta, puede hablarse de un límite objetivo, el puro desplazamiento del poder no fija límites ya que el proceso de concentración permite primero el mejoramiento de la situación en base a la pauperización relativa. Las luchas de clases dependen de la posición de clase del proletariado, ellas tendrán así necesariamente siempre un carácter económico. No es sino hasta que se inicia el derrumbe, es decir cuando el capital puede seguir existiendo únicamente en base a la pauperización absoluta y continua de las masas, cuando trastoca esta lucha económica, resulte esto consciente o no para las masas, en lucha política, la cual cuestiona el poder. La situación económica sigue siendo lo esencial, la revolución les es impuesta a los hombres a través de esta situación económica. No se puede contraponer a la teoría económica del derrumbe la revolución nacida de la voluntad de los obreros; ambos son idénticos. Pero esta identidad también pone en claro qué es una verdadera conciencia de clase, y cuán equivocada está la argumentación del crítico contra Grossmann. Así como las relaciones de producción capitalista obstruyen en un elevado nivel del desarrollo el despliegue ulterior de las fuerzas productivas, también lo obstruye la completa aplicación de los elementos conscientes en el proceso de la vida social. Y, sin embargo, la conciencia ha de imponerse a fin de cuentas, pero bajo tales condiciones únicamente lo puede hacer concretizándose. Los hombres hacen por necesidad aquello que harían bajo relaciones libres por propia voluntad. Al igual que en el capitalismo, la relación de cambio se objetiviza y cumple ciertamente una función concreta, pese a ser sólo una relación entre personas y un objeto no palpable, así en la situación revolucionaria la alternativa del todo realista para la masa de personas: comunismo o barbarie, se convierte en acción activa, como si esta actividad surgiera directamente de su conciencia. La situación realista se vuelve relación revolucionaria, que impregna como tal a las masas y las impulsa sin que toda la conexión resulte comprensible para su intelecto. La insurrección de las masas no puede desarrollarse del "intelecto-conciencia"; las condiciones capitalistas de vida descartan esta

posibilidad ya que la conciencia es a fin de cuentas siempre sólo la de la práctica existente. Y sin embargo, las necesidades materiales de las masas las impulsan a acciones como si realmente estuvieran educadas revolucionariamente; se vuelven "conscientes de los hechos". Sus necesidades vitales no tiene otra posibilidad de expresión que la revolucionaria. La acción revolucionaria del proletariado no puede ser explicada por otros motivos que los de sus necesidades materiales vitales. Pero éstas dependen de la condición económica de la sociedad. Si el capital no tiene un límite objetivo, entonces tampoco se puede contar con una revolución. Pero para los *marxistas*, y también para Grossmann, los límites económicos y la revolución proletaria son idénticos.

FUNDAMENTOS DE UNA TEORÍA REVOLUCIONARIA DE LAS CRISIS *

No podemos determinar las actuales tareas políticas del proletariado si no conocemos exactamente las condiciones económicas objetivas de su lucha. Por ello, el análisis de la actual crisis económica mundial constituye el punto de partida de toda orientación seria sobre

* "Die Grundlagen einer revolutionären Krisentheorie". Este artículo se publicó sin firma en *Proletarier* (año 1, núm. 1, febrero de 1933). Grossmann en una carta a Mattick escrita desde su exilio parisino el 7 de marzo de 1933, comenta de la siguiente forma la crítica a sus concepciones hecha por Korsch: "He recibido hoy el *Proletarier*. Puesto que el ensayo está incompleto, me abstengo de criticarlo. Pero desde ahora quiero adelantarte lo siguiente: el hecho de que yo me proponga determinar teóricamente la extensión del ciclo coyuntural por vía matemática según el crítico me coloca 'inmediatamente en el campo de la investigación coyuntural burguesa'. ¿Por qué motivo? Sobre esto no se dice una palabra. La matemática no es otra cosa que una forma del pensamiento exacto. ¿Por el simple hecho de hipotetizar la extensión de la fase, del por qué las crisis son siempre más *frecuentes*, es decir se suceden a intervalos cada vez más breves, se es quizás un estudioso burgués? Con toda evidencia el crítico no comprende nada del problema sobre el que escribe. Debería 'refutar' también la postura de Marx, por cuanto él también en una carta a Engels habla explícitamente de sus esfuerzos orientados a determinar matemáticamente la curva de la crisis sobre la base de sus componentes. A Marx (asegura el crítico) no le importa *explicar* la realidad capitalista (como afirmo yo). El propio crítico se propone por lo demás suministrar una 'teoría' de las crisis. ¿Pero qué otra cosa puede significar la teoría sino que nos proponemos no sólo *describir* los datos del hecho del mecanismo capitalista, sino también comprenderlos en su conexión funcional, que por lo tanto nos proponemos *explicarlos*."

La crítica no es otra cosa que un insensato juego de palabras. En las páginas 15-16 [pp. 119-120 en nuestro volumen] el crítico trata de las tendencias que actúan en sentido contrario del derrumbe. En este contexto él no menciona ni siquiera el hecho de que yo he sido el primero en poner a estas contratendencias en una conexión sensata con la tendencia al derrumbe. En ninguna de las obras por mí conocidas esta conexión ha sido ni siquiera mencionada *antes* de la aparición de mi libro, para no hablar luego de la elaboración concreta de la teoría del comercio exterior, de la exportación de capitales, etc., como medio de la *producción* adicional de plusvalor, en contraste con la teoría de Rosa Luxemburg de la *realización* del plusvalor. Dentro de pocos días le escribiré más extensamente sobre este problema..."

los siguientes objetivos de nuestra clase. Ya desde hace tres años vemos cómo el enorme sistema de conexiones económicas, que llamamos capitalismo, atraviesa por sacudidas en una medida inconcebible. Vemos que todos los intentos por superar tales sacudidas no han llevado hasta la fecha sino a profundizarlas, pese al monstruoso aniquilamiento de riquezas, pese a la pauperización de millones de hombres en todo el mundo. De allí concluimos que esta crisis no es un movimiento ondulatorio usual de la economía del cual resurge con mayor fuerza, sino una crisis del sistema, que ha de haberse podrido en las raíces si su único resultado económico es el hambre. Pero estos conocimientos generales nos ayudan muy poco para nuestra práctica. Fracasan allí, donde aparece nuestro interés revolucionario, precisamente en la cuestión de la acción, de las medidas concretas contra nuestros enemigos de clase que han mantenido en pie, pese a todas las crisis, a este sistema podrido, y que lo defenderán hasta su aniquilamiento por las acciones de nuestra clase. Así pues, a nosotros no nos sirve una elaboración de malas noticias económicas con sus respectivos juicios generales; nosotros necesitamos una *teoría de las crisis* revolucionaria y seriamente fundamentada. Para ello tenemos que esclarecernos primeramente sobre las leyes económicas que fundamentan las crisis económicas capitalistas. Y cuando nos hayamos puesto en claro sobre las tendencias fundamentales en pugna del orden económico capitalista, entonces tenemos que preguntarnos en cuáles fenómenos económicos se expresa el conflicto de estas tendencias en la crisis actual, y en qué sentido concreto puede hablarse realmente de una "crisis del sistema". En este sentido no debemos entregarnos a ninguna suposición o analogías vagas. Más bien tenemos que ofrecer, en base a nuestro análisis, una perspectiva del desarrollo de la crisis basada en los hechos.

Además de esto, una meta esencial de nuestra investigación consiste en mostrar puntos concretos de partida para los ataques del proletariado contra la burguesía. Ella tiene que elaborar la putrefacción económica y la debilidad política —relacionada a ello— de los capitalistas con relación a la acción proletaria.

Otra tarea importante de nuestro análisis es el desenmascaramiento de los diletantes económicos y políticos, que tratan de engañar a las masas respecto a la real putrefacción del sistema, con planes para la ampliación del crédito y contra la inflación, con programas para la creación de plantas de trabajo y colonización. Nosotros queremos tener en la mano los medios teóricos para una crítica fundamental a las maniobras económico-políticas de engaño de la burguesía y de los partidos obreros reformistas y de apariencia revolucionaria.

Éstas son las tareas de una teoría revolucionaria de las crisis. ¿Cuáles son sus premisas y cuál es su método?

I

Nuestro motivo metódico principal consiste en descubrir las *tendencias efectivas* en nuestro presente económico, siempre considerando que queremos transformar dicho presente.

Nuestro propio conocimiento es así una parte de la transformación de la realidad.

Ahora bien, es indudable que nuestras investigaciones carecerían por completo de valor si no reprodujesen la realidad económica, o —más en general— la histórica, tal cual se presenta efectivamente, si no concordasen con su materia (= su objeto), si no fuesen “objetivas”. Pero ¿qué pasa con nuestra objetividad si ya desde un principio nos acercamos a la realidad con preguntas e ideas preconcebidas bien determinadas? ¿En qué sentido pretende ser objetiva nuestra investigación de la realidad histórica!

Aquí nos encontramos primeramente en oposición rotunda a aquella concepción de la “objetividad en la investigación”, tras la cual la ciencia económica burguesa esconde tanto su deseo de justificar el sistema dominante como su falta de ideas. Los profesores burgueses ocultan habitualmente sus verdaderas intenciones tras el *pathos* de la modestia en interés de la verdad: el científico no debe “juzgar sobre aquello que debería ser, sino que debe conformarse con determinar aquello que es”. (Sombart.)

Pero en realidad, precisamente un planteamiento del problema dirigido al puro “ser” excluye una investigación objetiva y acorde con la verdad de la realidad histórica; porque la historia no es un ser, sino un suceder en el tiempo. Pero este suceder no puede de ningún modo ser entendido sin la inclusión del futuro y del pasado, es decir sin entenderlo en sus *tendencias*. En segundo lugar, jamás puede existir una “objetividad” en el planteamiento del problema sin la inclusión del punto de vista, de la situación y de los intereses del investigador. Esta inclusión es “científica” si se lleva a cabo conscientemente, es decir si el interrogante pone en claro el contenido de sus preguntas a la historia aun antes de preguntar. Habría falta de método científico o engaño consciente si no se esclarece respecto a qué se cuestiona la historia, o cuando se es ciertamente consciente de su interés, pero se lo oculta detrás de las frases de una falsa objetividad “válida para todos”.

Así es como la mayor parte de los buscadores burgueses de verda-

des desembocan (con o sin intención) en el puerto seguro de la apologética (= justificación de lo existente), es decir de la falsificación reaccionaria de la realidad histórica. A estos "científicos" ya no les importa si sus "conocimientos científicos" son verdaderos, "sino si al capital le resulta útil o perjudicial, cómodo o incómodo, si contravienen o no las ordenanzas policiales" (Marx, Epílogo a la segunda edición de *El capital*, 1/1, p. 14). Otro grupo de los teóricos burgueses lleva tan lejos su fanatismo de la limitación "a aquello que es" y su supresión consciente de una toma de posición, que rechazan por completo una teoría de la historia o en su campo especial una teoría de la economía. Ellos se refugian detrás del método de determinar los "hechos" en su forma *rígida* como simples datos lo más correcto posibles. El resultado de esta forma de investigación es un amontonamiento, cronológico o sistemático, de material. Se puede aprender cuantitativamente de estas colecciones de hechos o sistematización de fenómenos, pero no se aprende nada acerca del hombre y de su historia.

También nosotros rechazamos por principio darles a los procesos reales buenas o malas notas. Tales valoraciones se basan siempre en una división de la realidad en lo histórico y lo metahistórico. No nos interesa un "reino de los valores" metahistórico. Queremos determinar nuestro punto de vista *dentro* de esta realidad histórica. Para eso tenemos que interrogarla a ella *misma* y aceptar sin prejuicios su respuesta. No debemos imponerle a la historia medidas exteriores. En este sentido, el único punto de vista que toma en serio a la objetividad es nuestro punto de vista proletario revolucionario. Por cierto que la historia no habla si uno se tapa las orejas, si frente a ella uno pretende mantener una neutralidad artificial. Desde un punto de vista semejante uno tan solo puede, como hemos dicho, o bien falsificar la historia, o bien matar artificialmente toda vida en ella. ¡La historia sólo le habla a aquel que se dirige a ella motivado por problemas, para aprender de ella!

Pero tenemos que concretizar aun más nuestra interpelación. Cuestionamos la historia desde el punto de vista de nuestro objetivo de suprimir el orden económico existente. La dirección de nuestra búsqueda se contrapone pues a aquélla con la cual la investigación burguesa de la coyuntura aborda la economía.

La *investigación de la coyuntura* tiene una importancia real para la burguesía. Su tarea es la de registrar hasta el más pequeño movimiento de la economía, con el objetivo de indicarles a los capitalistas las opciones y las posibilidades de una prosecución rentable de su forma de economía. Los empresarios necesitan un panorama de todos los ramos de la economía, una representación lo más exacta

posible de la *totalidad* de la actividad económica. A nosotros, por lo contrario, sólo nos interesan los conjuntos de hechos —y sólo a ellos los tomamos en cuenta en nuestro respectivo análisis de la economía— que nos son particularmente importantes para la determinación de nuestra acción contra el sistema.

De allí que en la totalidad de su interpelación sea rechazable una teoría de la crisis que concentra su interés “en determinar teóricamente por el camino materialista, la duración de la fase del ciclo coyuntural y en indicar a través de su fórmula de la crisis aquellos factores de los cuales depende la expansión o abreviación del ciclo coyuntural.” Grossmann, quien sobre todo atribuye a su “teoría del derrumbe” la importancia mencionada, se encuentra aquí en un camino teórico que lo traslada directamente al campo de la investigación burguesa de la coyuntura.

Vinculado con esto volveremos más tarde a su teoría. Aquí basta con indicar que Grossmann, de acuerdo con su expuesto objetivo teórico, también entiende completamente mal, en su punto de partida *metódico*, la interpelación materialista de Marx, especialmente la distinción marxiana entre esencia y apariencia. A Marx no le interesa *explicar* la realidad capitalista mediante un “proceso de aproximación”: su teoría de ninguna manera quiere ser un medio para reconstruir la realidad económica en su totalidad. Ella más bien quiere desenmascarar lo absurdo de los fundamentos económicos del sistema —mediante la indicación de sus tendencias mutuamente contradictorias— y darle además al proletariado la posibilidad de examinar la realidad respectiva en relación con su transformación revolucionaria. Sólo en la medida en que es necesario para la perspectiva global y para el radio concreto de acción de la práctica transformadora, la economía capitalista se ve sujeta a nuestro análisis: ¡toda otra “aproximación” es contraproducente!

Así, pues, no debemos olvidar un momento que nuestra investigación lleva consigo toda la seriedad de nuestra acción para el derrocamiento de este sistema económico. Precisamente por este motivo tenemos que “liberarnos de las pasiones del corazón” (Marx) que nos pueden inducir por ejemplo, a confundir las cosas en la realidad con nuestros deseos y poner a través de esto en tela de juicio la exactitud objetiva de nuestros resultados. Porque, si tomamos en serio la lucha contra nuestro enemigo de clase, entonces no debemos hacernos ilusiones ni respecto a su debilidad, ni tampoco a su fuerza. Una característica típica de una teoría utópica de la revolución es que ve siempre y bajo todas las condiciones el “derrumbe” o la “crisis mortal” del sistema en los hechos concretos. Citemos aquí como ejemplo sólo una frase del prefacio del *Proletarier* de 1926. Allí dice:

“¡Si 1924 fuera el año de la estabilización y 1925 el año del *derrumbe*, 1926 será el año de las luchas!”

Sólo es posible semejante charlatanería si uno confunde sus propias declamaciones revolucionarias con *una seria aportación de las premisas del derrocamiento revolucionario*. Sólo en base a una concepción objetiva y materialista de la realidad, sólo en base a una teoría que permite una concepción tal de la realidad, puede construirse la táctica correcta para su trastrocamiento.

II

Comenzamos nuestra exposición de la *teoría de las crisis* con una síntesis de la doctrina de Marx sobre esta cuestión: porque las más diversas teorías de las crisis y del derrumbe se derivan de las doctrinas de Marx, y la comprensión de estas teorías así como de nuestra crítica a ellas sólo es posible conociendo los trazos fundamentales de la concepción marxiana. Marx se expresó sobre la función de la crisis especialmente en 2 partes de *El capital*, es decir:

- a] en el tercer tomo, a propósito de la ley de la baja tendencial de la ganancia (capítulos XIII-XV),
- b] en el segundo tomo con relación al examen de la reproducción y acumulación del capital social global (capítulos XX-XXI).

Según Marx, la fuerza motriz del desarrollo histórico es el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social. Porque “con la adquisición de nuevas fuerzas productivas los hombres transforman su modo de producción, y con la transformación del modo de producción, de la forma de ganarse su sustento, ellos transforman todas sus relaciones sociales. El sistema económico capitalista tenía la tarea histórica de desarrollar más poderosamente las fuerzas productivas de la humanidad que todo anterior modo de producción. Para hacer posible este desarrollo de las fuerzas productivas era necesario que existiesen clases que ganaban, y otras que decaían.” Pero en un cierto nivel del desarrollo el monopolio del capital tiene que convertirse precisamente “en una cadena del modo de producción, que ha florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el cual se vuelven incompatibles con su cubierta capitalista”. “Que ha llegado el momento de una tal crisis *se manifiesta* en cuanto la contradicción y antítesis entre las relaciones de distribución, (de allí también de la determinada forma histórica de sus correspondientes relacio-

nes de producción por un lado y de las fuerzas productivas, de la capacidad de producción y de sus agencias por el otro) *aumentan en amplitud y en profundidad*. Se inicia entonces un conflicto entre el desarrollo material de la producción y su forma social." Cómo esta tendencia a un conflicto semejante *está basada en la esencia del modo de producción capitalista*, y cómo este modo de producción es desplazado necesariamente por una forma económica y social más elevada, presentar esta prueba mediante un estricto análisis científico de la forma capitalista de la economía era la verdadera tarea que se imponía Marx en *El capital*.

Para el mejor entendimiento de la doctrina de Marx vamos a recordar primeramente la distinción entre fuerzas productivas y modo social de la producción. Marx contempla el proceso económico siempre bajo un doble punto de vista: por un lado como "proceso metabólico entre el hombre y la naturaleza", por el otro lado según su forma social específica.

Bajo el lado natural del proceso económico entiende Marx una "condición de existencia del hombre, independiente de todas las formas de la sociedad". Si se contempla el trabajo desde este punto de vista, él es trabajo útil (concreto). "La fuerza productiva es naturalmente siempre fuerza productiva de trabajo útil y concreto." Las herramientas y máquinas, con las cuales se trabaja, son medios de producción útiles, y los productos de este trabajo son bienes con valores de uso. Bajo valores de uso entiende Marx el significado que tiene un bien para el uso práctico, para la necesidad concreta de los hombres.

Este proceso natural se lleva a cabo en formas sociales históricamente determinadas, y precisamente tanto como proceso de producción que como de distribución.

Dos son los rasgos característicos que integran la forma social especial del modo de producción capitalista y que lo distinguen de todos los demás modos de producción:

Primero: él produce sus productos como mercancías, y se distingue precisamente de otros modos de producción por el hecho de que el carácter dominante y determinante de sus productos es el de ser *mercancías*. Esto incluye que el obrero vende su fuerza de trabajo como mercancía, y en cuanto que asalariado libre, el trabajo aparece como trabajo asalariado. "Los principales agentes de este modo mismo de producción, el capitalista y el asalariado sólo son en cuanto tales encarnaciones, personificaciones de capital y trabajo asalariado, determinados caracteres sociales que el proceso social de producción estampa en los individuos." (III/8, p. 1120.) El significado económico de la mercancía consiste en que se puede *intercambiar* por otras

mercancías. Para esto tiene que ser comparable a otras mercancías. ¿Qué es lo que los diferentes bienes tienen en común, lo que hace que en la realidad sean diariamente comparados mutuamente en innumerables operaciones de cambio mediadas por el dinero? Lo que tienen en común es que son *productos del trabajo*. Al ser intercambiados los productos, los más diversos tipos de trabajo son equiparados mutuamente. Pero lo común en los productos no puede ser el modo especial del trabajo (el “trabajo útil”), el cual es en todos los ramos de la producción incomparablemente *diferente*. Lo común es, sin duda alguna, más bien el trabajo, como consumo de energía humana que se mide según el *tiempo de trabajo* que es *necesario* en promedio en una sociedad dada, con un dado nivel de la técnica, para la producción del producto en cuestión.

Ahora también podemos contestar la pregunta acerca de cómo se regula la autoconservación de la sociedad productora de mercancías, siendo que aparentemente cada capitalista produce según su libre cálculo, y no es dirigido ni por el mandato de sus propias necesidades, ni por un poder que dispone planificadamente. Y es que precisamente en todo tipo de producción de mercancías se impone en el proceso de cambio una ley según la cual el trabajo empleado en la mercancía que se va a cambiar indica la medida del valor para el intercambio. La *ley del valor* es así, pues, el regulador en la producción de mercancías. Suministra la proporción en la que se verifica la distribución del trabajo social global en una sociedad mercantil dada. Pero como los diversos productores capitalistas sólo persiguen su objetivo individual, o sea vender sus mercancías lo más caro posible, la ley del valor sólo se impone “por intermedio de su competencia, de la presión recíproca de unos sobre otros, gracias a lo cual se anulan mutuamente las divergencias”. “Sólo opera aquí —como se expresa Marx— frente a los agentes individuales, como ley interna, como ciega ley natural” (III/8, p. 1121). (La ley del valor de ninguna manera es una ley natural o una ley que podría ser comparada por su estructura lógica con una ley natural.)

El *segundo* rasgo que caracteriza especialmente al modo de producción capitalista “es la producción del plusvalor como objetivo directo y motivo determinante de la producción” (III/8, p. 1121). El capital produce esencialmente capital, y lo hace sólo en cuanto produce plusvalor. Este hecho significa sobre todo que el proceso de producción, es decir el proceso de explotación y con esto la relación del poder entre el capital y el trabajo, se encuentra en el centro del orden económico capitalista. De acuerdo con esto se puede caracterizar el proceso de producción brevemente como *proceso de valorización*.

Marx deriva del análisis del proceso de valorización la tendencia al conflicto entre las fuerzas productivas materiales y el modo de producción capitalista.

El plusvalor surge en la producción en la empresa. Para poder comenzar su producción, el capitalista tiene que comprar por un lado medios de producción (herramientas y materia prima), por el otro lado fuerza de trabajo viva. El capitalista compra la fuerza de trabajo a su valor, el cual como el valor de toda otra mercancía es determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción (es decir por los costos de manutención del obrero y de su familia). Si el capitalista ha comprado la fuerza de trabajo, entonces tiene el derecho de consumirla, es decir, de inducirla a trabajar todo un día normal de trabajo, digamos durante 10 horas. Ahora bien, el obrero produce en el transcurso de 4 horas ("tiempo necesario de trabajo") un producto, por el cual se reemplaza su manutención vital, en el transcurso de las 6 horas restantes (tiempo de plus-trabajo) produce un plusproducto no pagado por el capitalista o plusvalor (pv). Por consiguiente, desde el punto de vista del proceso de producción se tienen que distinguir dos tipos de capital: el gastado para los medios de producción, el capital constante (c) y la suma salarial de los obreros ocupados, el capital variable (v). El valor de un producto durante un período de producción es así pues $= c + v + pv$. El verdadero grado de explotación se expresa en la relación del plusvalor con el capital variable. La tasa del plusvalor, como designa Marx a esta relación, sería en nuestro ejemplo

$$\frac{pv}{v} = \frac{6}{4} = 150\%$$

El capitalista calcula por lo contrario su ganancia (= a la ganancia de un período de producción) según la proporción del plusvalor respecto al capital global que ha invertido (al precio de costo: $c + v$). Esto constituye la *tasa de ganancia*, tal como la expresa Marx mediante la fórmula siguiente:

$$\frac{pv}{c + v}$$

La tasa de ganancia depende de tres factores:

1. Del monto de la tasa del plusvalor. Cuanto mayor es éste, tanto mayor es la tasa de ganancia.
2. Del tiempo de rotación, es decir del tiempo durante el cual "el

capitalista tiene que adelantar su capital, para valorizarlo y recobrarlo en su aspecto original". (*El capital*, tomo II/4, p. 118). Si el tiempo de rotación es mayor en una esfera de la producción que en la otra, entonces la tasa de ganancia es respectivamente menor para los capitalistas de esta esfera de producción, si todos los demás factores son iguales.

3. La tasa de la ganancia depende de la composición orgánica del capital. Por composición orgánica del capital entiende Marx la proporción de c/v . La composición es tanto "mayor", cuanto más grande es c con relación a v .

La composición orgánica refleja la composición técnica del capital. Trabajan con una composición orgánica especialmente alta, por ejemplo, las empresas ferroviarias o la industria pesada, la industria química, etc; por lo contrario, se encuentra una composición orgánica especialmente baja, por ejemplo, en la agricultura, en muchas industrias de materia prima y además en la mayor parte de las pequeñas empresas artesanales, industrias caseras y otros ramos de la producción técnicamente retrasados. Con igual tasa de plusvalor y con igual tiempo de rotación, la tasa de ganancia de toda empresa con una mayor composición orgánica es menor que la de una empresa con menor composición orgánica del capital. De acuerdo con esto, las tasas de ganancia de diferentes ramos de la producción deberían ser de cantidades diferentes; porque los tres factores que influyen sobre su tamaño, son diferentes en todos los ramos de la producción. Pero en realidad, las tasas de ganancia que reciben los capitalistas sobre su capital en las diversas esferas de la producción son más o menos iguales. La apariencia de que aquí la realidad contradice su teoría del valor fue refutada por Marx en una de las más hermosas secciones de *El capital*. Allí demuestra que en el capitalismo persiste una constante tendencia al *equilibrio* de las tasas de ganancia y a la formación de una *tasa de ganancia promedio*, por la competencia mutua de los capitales que siempre fluyen hacia la esfera de producción en la cual la tasa de ganancia es la mayor y en la cual debido a esto se obtiene por corto tiempo una ganancia extra. La tasa de ganancia general y equilibrada corresponde al promedio de las tasas de ganancia de todos los ramos de la producción. De esta forma, algunos capitalistas tienen así que vender sus mercancías por sobre, y otros por debajo del valor. Al vender su mercancía, cada capitalista obtiene un precio que se compone del precio del costo (el capital que anticipó para el período de producción = $c + v$) más la ganancia promedio de todos los ramos de la producción, correspondiente a su parte del capital. "En este aspecto, en tanto se tome en consideración la ganancia, los diversos capitalistas se conducen como

meros accionistas de una sociedad por acciones, en la cual las participaciones en las ganancias se distribuyen equitativamente por cada 100, y que por ello sólo se diferencian para los diversos capitalistas según la magnitud del capital invertido por cada cual en la empresa global...” * La imposición expuesta de la tendencia al equilibrio se verifica en la práctica de forma extremadamente complicada, como ocurre con todas las tendencias indicadas por Marx, que se imponen “sólo de una manera muy intrincada y aproximada, como un promedio de perpetuas oscilaciones que jamás puede inmovilizarse”. (*El capital*, III/6, p. 203.)

La proporción entre la parte constante y la variable del capital global expresa el nivel del desarrollo industrial de la economía capitalista. A causa del progreso técnico en los ramos decisivos de la producción del capitalismo, crece el capital constante más rápido que el variable, lo cual trae consigo una composición orgánica cada vez más alta del capital global. Como el plusvalor es creado por la parte variable del capital global, la disminución proporcional del capital variable, ante un grado estable de la explotación del trabajo, lleva a una disminución de la tasa general de ganancia. Pero la disminución de la tasa de ganancia no significa una disminución de la masa global de la ganancia. Porque en tanto crece con el desarrollo del proceso de la producción y del consumo la masa del plus-trabajo apropiado, también tiene que crecer la masa de ganancia apropiada por el capital global. “Las mismas leyes producen, pues, para el capital social, una masa absoluta de ganancias en aumento y una tasa de ganancia en disminución.” (Tomo III/6, p. 279.) A esta ley la denomina Marx como “el misterio en torno a cuya solución gira toda la economía política desde Adam Smith” (III/6, p. 272). Ésta es la expresión peculiar al modo de producción capitalista del desarrollo progresivo de la fuerza productiva.

La baja de la tasa de ganancia como resultado del aumento de las fuerzas productivas obliga a los capitalistas a que ellos mismos, por su cuenta, aumenten constantemente las fuerzas productivas. Porque un aumento de la productividad de su empresa significa para el empresario particular que durante un tiempo puede vender sus mercancías por encima de su valor, que obtiene una ganancia extra sobre la ganancia media, hasta que sus concurrentes hayan introducido también el descubrimiento, o su tasa de ganancia se haya equilibrado por otros motivos hacia la tasa media de ganancia. Este equilibrio forma entonces una nueva “necesidad de mejorar la producción y de *expandir su escala*, sólo como medio de mantenerse y

* *El capital*, III/6, p. 200. [E.]

so pena de sucumbir" (III/6, p. 314). Así, la cacería tras la ganancia extra es la fuerza motriz de la producción y de la acumulación capitalistas.

A la larga, una empresa capitalista sólo puede responder a la competencia creciente mediante el continuo desarrollo extensivo de su aparato de producción. Un país capitalista que aprovecha su aparato productivo también en la coyuntura sólo en 3/4 partes, tiene sin embargo que proveerse constantemente de nuevas máquinas y empresas, para estar a la altura de la competencia en el mercado mundial. La masa de acumulación necesaria de un país tal (es decir, la masa de capital necesaria para la prosecución de su producción a nivel ampliado) no se orienta hacia el 75% de máquinas e instalaciones que son aprovechadas, sino hacia el 100% todo del capital fijo. Aquí topamos con una ley importante, mediante la cual las contradicciones que se operan con la baja de la tasa de ganancia se agudizan considerablemente. Porque la masa del capital que se requiere anualmente para la extensión de la producción no es determinada por el tamaño de la tasa de ganancia, sino por el volumen del capital hasta ahora concentrado. "Dada la tasa [de ganancia] la masa absoluta en que aumenta el capital dependerá de la magnitud actual del mismo" (III/6, p. 318). "Y así se desarrolla la corriente del capital o su acumulación, *en proporción a la fuerza que ya posee*, no en proporción al nivel de la tasa de ganancia... Baja de la tasa de ganancia y acumulación acelerada son así pues sólo diferentes expresiones del mismo proceso, en tanto que ambas expresan el desarrollo de la fuerza productiva" (III/6, pp. 203 y 199).

Grossmann, en su libro sobre *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista* construye su teoría sobre este pensamiento de Marx. El punto central de sus exposiciones consiste en la comparación de dos columnas numéricas: la columna numérica de la masa de acumulación anual, que tiene que mantenerse al nivel del creciente capital constante, y la columna numérica de la masa anual de ganancia, la que tiene que caer en relación con el capital constante. Entonces es fácil de calcular que incluso cuando al principio la masa de acumulación es muy pequeña y la tasa de ganancia muy grande, tiene que llegar un punto en el que la masa necesaria de acumulación sea igual y después mayor a la masa de ganancia.

Pero la masa de acumulación sólo es una parte de la masa de ganancia; porque la clase capitalista usa una parte de la masa de ganancia para su propio consumo. Así, pues, tiene que llegar teóricamente un momento en el que toda la masa de ganancia tendría que ser utilizada para los objetivos de la acumulación, debiendo por consiguiente perecer de inanición la clase capitalista. Como ésta no

quiere una situación semejante y para ella es falta de sentido acumular capital si no le reeditúa, surge la "sobreactumulación" de capital que no encuentra posibilidades de valorización.

Las concepciones de Grossmann aquí expuestas son apenas un complemento de las exposiciones de Marx. Analizaremos ahora detalladamente las ulteriores consecuencias que Grossmann desprende de aquí, especialmente el intento de explicar las crisis en la realidad por el "fracaso de la valorización mediante la sobreactumulación", por cierto que de modo parcial y sin considerar los problemas de la realización del plusvalor y de la desproporcionalidad entre las diversas esferas de la producción.

La primera consecuencia del hecho de que el incremento de las fuerzas productivas se lleva a cabo en el capitalismo en la forma social de la valorización de capital consiste así pues en la constante tendencia a la sobreactumulación de capital. La sobreactumulación de capital significa "que periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y medios de subsistencia, para dejarlos fungir como medios de explotación de los obreros en dirección a una tasa de ganancia suficiente." Esto lleva en lapsos periódicos a obstaculizaciones y estancamientos del proceso de circulación y de reproducción, a violentas crisis agudas cuya función consiste en crear una base de valorización suficiente para el capital. "*La desvalorización periódica del capital ya existente*, que es un medio inmanente al modo capitalista de producción para contener la baja en la tasa de ganancia y para acelerar la acumulación de valor de capital mediante la formación de capital nuevo, perturba las condiciones dadas dentro de las cuales se lleva a cabo el proceso de circulación y reproducción del capital, por lo cual está acompañada por paralizaciones súbitas y crisis del proceso de producción." (III/6, p. 320.) La forma en que se verifican estas crisis en particular, la trataremos junto con el análisis del problema de la crisis cíclica en la segunda sección de este artículo. La crisis repone la posibilidad de valorización, pero "se recorrería nuevamente el mismo círculo vicioso con condiciones de producción ampliadas, con un mercado expandido y con una fuerza productiva acrecentada" (III/6, p. 327).

La segunda consecuencia de la acumulación de capital ligada al crecimiento de la composición orgánica consiste en el hecho de que la clase obrera en medida cada vez mayor es desocupada absolutamente, en el hecho del desempleo estructural, que no sólo es un fenómeno pasadero, dependiente del ciclo coyuntural. "Las mismas circunstancias que han elevado la fuerza productiva del trabajo, aumentando la masa de los productos mercantiles, expandido los mercados, acelerado la acumulación del capital, tanto respecto a su

masa como a su valor, y rebajado la tasa de ganancia, las mismas circunstancias han generado una sobrepoblación relativa y la generan constantemente, una sobrepoblación de obreros que el capital excedente no emplea a causa del grado de explotación del trabajo con el cual únicamente podría empleársela, o cuando menos, a causa de la baja tasa de ganancia que arrojaría en caso de un grado de explotación dado." (III/6, p. 328.)

La última y más fundamental consecuencia de que en el transcurso de la acumulación de capital la parte de la masa de acumulación consistente en máquinas y medios de producción crece constantemente en proporción a la parte gastada en los salarios, consiste en que la *base del consumo* para el gigantesco aparato de producción capitalista *disminuye relativa y constantemente*. En la misma dirección hace efecto el constante aumento de la tasa de acumulación. Esto significa la disminución de la parte del plusvalor gastada por la clase capitalista para su consumo, en proporción a la parte acumulada del plusvalor. La consecuencia de ello es una continua disminución relativa de los gastos, que fluye del fondo de consumo de los capitalistas a la *parte improductiva* de la población trabajadora, a los empleados y burócratas en el más amplio sentido. "*La razón última de todas las crisis reales siempre sigue siendo la pobreza y la restricción del consumo de las masas* en contraste con la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si solamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad constituyese su límite." (III/7, p. 623.)

La tendencia a la continua restricción de la base de consumo, resultante de la esencia del proceso de valorización y por ello a la vez eliminable con él, *constituye una causa independiente de las crisis*. En ella se expresa la continua desproporción entre la producción y la demanda solvente de bienes de consumo inherente a la forma económica capitalista en la cual ésta tiene que encontrar su *verdadero límite*, porque en ella explota a la vez abiertamente el conflicto que se vincula a la verdadera contradicción del capitalismo, es decir a las antítesis clasistas. Así, pues, las crisis capitalistas son, en última instancia, sólo una expresión de las antítesis clasistas que necesariamente se agravan en forma constante.

La baja de la tasa de ganancia provocaría muy pronto "*el derrumbe*" (III/6, p. 316) del modo de producción capitalista si no fuese obstaculizada y suprimida por una serie de influencias contrarrestantes, de manera que sólo se impone *tendencialmente*. Estos factores contrarrestantes, que en su mayor parte constituyen métodos conscientes de los capitalistas para evitar el hundimiento de la tasa de ganancia, son enumerados detalladamente por Marx. Todos ellos (es-

pecialmente la devaluación periódica del capital) pasan a tener una importancia creciente en situaciones de crisis, y por eso son analizados en sus efectos concretos en la segunda parte de nuestra investigación. A continuación ofrecemos un detalle de los factores más importantes que detienen la caída de la tasa de ganancia.

1. *La elevación del grado de explotación del trabajo*, es decir el aumento de la tasa de plusvalor. Esto puede suceder de diversas formas:

a] a través de la prolongación absoluta de la jornada laboral;

b] a través de la intensificación del trabajo (por ejemplo mediante la racionalización), por la cual el obrero es obligado a transferir en el mismo tiempo de trabajo una mayor cantidad de energía al producto;

c] a través de la devaluación de la fuerza de trabajo como consecuencia del aumento de la productividad del trabajo en las industrias alimenticias y de bienes de uso, que son necesarios para la conservación y reproducción de la fuerza de trabajo. La baja de los costos de producción de la fuerza de trabajo se expresa automáticamente en bajas de salarios.

d] Uno de los medios más importantes para detener la tendencia a la caída de la tasa de ganancia es finalmente la compresión de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo en conexión con el crecimiento del ejército industrial de reserva en tiempo de crisis.

2. La reducción del salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo se convierte en un fenómeno permanente debido al cada vez más fuerte crecimiento del desempleo estructural. Dicha reducción se ha convertido en la actualidad en una condición de existencia de todo el sistema. Una consecuencia de esto es la persistencia de ramos atrasados de la producción con una composición orgánica del capital que permanece por debajo del promedio y con una tasa de plusvalor que queda por encima del promedio.

3. Las diversas formas de la *devaluación del capital constante* mejoran una y otra vez la valorización y aumentan la tasa de ganancia.

4. También tiene un efecto paralizante la *reducción del tiempo de rotación* mediante el mejoramiento de la organización del transporte, la reducción de la creación de provisiones y de los costos del comercio.

5. *El comercio exterior* constituye, junto con el aumento de la tasa de plusvalor, el factor contrarrestante más importante de la caída de la tasa de ganancia.

a] La introducción de alimentos baratos trae por consecuencia el descenso del valor de la fuerza de trabajo y el aumento correspondiente de la tasa de plusvalor.

b] A través de la adquisición de materia prima barata se abaratan también los elementos del capital constante, su valor se reduce, y de ese modo aumenta la tasa de ganancia. Por los motivos de *a* y *b* se explica que desde el comienzo de su existencia el capitalismo haya explotado campos de materias primas, y que la lucha en torno a las fuentes de materias primas conforme el contenido principal de la política capitalista en el mercado mundial.

c] Los precios de las mercancías que son intercambiadas en el mercado mundial, si bien son numéricamente iguales, por su valor son distintas. El capital de los países más altamente desarrollados se apropia a través de este intercambio de una parte del plusvalor que es producido en los países menos desarrollados. La ganancia extra obtenida de tal manera tiene como efecto equilibrar la tasa de ganancia; así pues ésta sube pese a que los precios bajan. "Tres jornadas laborales de aquellos países se intercambian contra una del más desarrollado. El país más rico explota al más pobre." (*Theorien über den Mehrwert*, II/1, pp. 165-166.) Ésta es, según la apreciación de Marx, la principal ventaja para los países capitalistas avanzados del dominio sobre el mercado mundial. Así, la función de los mercados no capitalistas no consiste, pues, en primera instancia, en la realización del plusvalor no realizable bajo la forma de valor de uso en la madre patria (Rosa Luxemburg), sino en que los países capitalistas más ricos extraen más valor de esos países del que arrojan adentro. Lo cual explica, en última instancia, la lucha por los mercados de consumo de los países coloniales y retrasados.

d] De la tendencia del capital a frenar la caída de la tasa de ganancia mediante una mejor valorización de la que resulta posible en el país de origen, se explica también la exportación de capital tan característica de la económica imperialista en los últimos decenios. Por cierto que aquí es más evidente el hecho de que la imposibilidad de vender las mercancías no es el verdadero motivo para el moderno desarrollo imperialista; porque aquí el capital es exportado en su directa forma monetaria. La importancia de la exportación de capital consiste en que el capitalista obtiene con su capital en el exterior una ganancia extra por encima de la tasa media de ganancia existente en el país que exporta capital. Esto es posible "porque en esos lugares, en general, a causa de su bajo desarrollo, la tasa de ganancia es más elevada, y lo mismo, con el empleo de esclavos, culis, etc., la explotación del trabajo." (III/6, p. 304.) Esta

ganancia adicional mejora entonces la tasa media de ganancia del país exportador de capital.

La importancia económica de los monopolios no ha sido tomada en cuenta hasta ahora en nuestra exposición. Las tendencias fundamentales del capitalismo, aquí discutidas, contienen sin embargo la clave para la comprensión de las particularidades del sistema capitalista monopolista moderno.

Los efectos contrarrestantes descritos sólo pueden ser siempre de duración temporal. Ellos "no derogan" la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y sus consecuencias, "pero debilitan sus efectos". (III/6, p. 305.) Esto se desprende de la naturaleza misma de las contratendencias. El medio principal para detener la caída de la tasa de ganancia, es decir el fortalecimiento del grado de explotación por medio de la prolongación del tiempo de trabajo a costas del trabajo necesario significa que el obrero es desplazado por las máquinas, que así es elevada la composición orgánica del capital, con el efecto de la ulterior caída de la tasa de ganancia. La compresión del salario bajo el valor de la fuerza de trabajo tiene también su límite en que no debe de surgir una aminoración de la intensidad y calidad del producto del trabajo.

También la contratendencia de la exportación de capital sólo puede ser transitoria, ya que el número de los países sobresaturados de capital y por ello exportadores de capital tiene que ser incrementado precisamente por la misma exportación de capital; porque la exportación de capital acelera el desarrollo capitalista en los países importadores. Por ello, la competencia en el mercado mundial y la lucha por esferas lucrativas de inversión se vuelven cada vez más intensivas.

La exposición de la ley de la tasa de ganancia decreciente nos ha llevado a la problemática de la teoría de las crisis. Pero falta aún el eslabón en la cadena que permite una apreciación concreta de los fenómenos de las crisis en la realidad. En el siguiente cuaderno nos ocuparemos por ello, partiendo de la teoría de Marx sobre la circulación y de una exposición de las particularidades del capitalismo monopolista, de las premisas teóricas para una teoría concreta de las crisis, y dialogaremos a la vez con los más importantes teóricos revolucionarios de las crisis (sobre todo con Rosa Luxemburg y Lenin).

ALGUNOS SUPUESTOS BÁSICOS PARA UNA DISCUSIÓN MATERIALISTA DE LA TEORÍA DE LAS CRISIS *

I

Una grave laguna en la forma en que se ha conducido hasta ahora la discusión sobre las crisis, particularmente en las corrientes de izquierda del movimiento obrero, consiste en el hecho de que en esos grupos a menudo se ha buscado una teoría de la crisis "revolucionaria" en sí, casi como en el medioevo se buscaba la piedra filosofal. En cambio, se ve fácilmente en los ejemplos históricos que la posesión de una teoría supuestamente altamente revolucionaria de las crisis dice poco sobre el grado de desarrollo efectivo de la conciencia de clase y de la disponibilidad revolucionaria para la acción de los grupos o personas que profesan esa teoría.

Con la sección sobre las crisis del *Programa de Erfurt*,** el Par-

* "Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie", en *Proletarier, Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, núm. 1, febrero de 1933. [E.]

** El *Programa de Erfurt* fue adoptado en el congreso de la socialdemocracia alemana realizado en la ciudad del mismo nombre en 1891. El proyecto, redactado en su parte teórica por Kautsky y en su parte práctica por Bernstein, fue sometido precisamente a la revisión de Engels, quien le hizo una serie de observaciones que Kautsky incorporó a la redacción final, pero que no fueron conocidas hasta diez años después cuando las publicó en *Die Neue Zeit*. En español están incorporadas a la edición de las *Obras completas de Marx y Engels (Contribución a la crítica del proyecto del programa socialdemócrata de 1891, Obras escogidas, Moscú, Progreso, 1974, t. III, pp. 450-461)*. El nuevo programa, que sustituía al programa anterior adoptado por el congreso de Gotha, en 1875, trazaba un cuadro de la desaparición del capitalismo que fue posteriormente el centro de ataque de Bernstein y que está contenido en los primeros seis párrafos que transcribimos a continuación:

"1) El desarrollo económico de la sociedad burguesa conduce con necesidad natural a la decadencia de la pequeña empresa, cuya base está constituida por la propiedad privada de los medios de producción por parte del trabajador [...].

"2) Junto a esta monopolización de los medios de producción va la eliminación de las disgregadas pequeñas empresas por parte de enormes empresas gigantes [...] Pero todas las ventajas de esta transformación son monopo-

tido Socialdemócrata Alemán, como es sabido, dispuso durante 30 años, de 1891 a 1921, de una teoría sobre las crisis particularmente revolucionaria, muy difícil de superar hoy en día por su claridad radical. El Programa de Erfurt no se limitaba —como lo había hecho todavía el primer esbozo criticado por Engels y como lo hace hoy nuevamente el *Programa de Heidelberg* actualmente válido en la SDP— con atribuir las crisis a la “falta de planificación” o a la llamada “anarquía” del actual modo de producción capitalista. No se conformaba con lamentar la “ruina de amplias capas populares” creada por estas crisis, ni el empeoramiento de las “penurias” de los proletarios desempleados, ocasionado por ella. Más bien declaraba a las crisis como un fenómeno “basado en la esencia del modo de producción capitalista”, que así pues no podía ser superado por ningún tipo de reformas de “economía planificada” del modo de producción capitalista, sino que únicamente puede ser suprimido a través de la supresión revolucionaria de todo este modo de producción. Como el más importante efecto de las crisis, el Programa de Erfurt indicaba el hecho de que “el abismo entre poseedores y desposeídos se amplía aun más” a causa de las crisis. Afirmaba además, a despecho de todos los accesos “revisionistas” entonces ya palpables con claridad meridiana, que las crisis así descritas “*se vuelven cada vez más extensas y devastadoras*, elevan a condición normal de la sociedad la inseguridad general, y dan la prueba de que las fuerzas productivas de la actual sociedad *amenazan ahogarla*, que la propiedad privada de los medios de producción *se han vuelto incompatibles con su empleo adecuado y su desarrollo total*”.

Esta contradicción entre la teoría y la práctica se vuelve aun más lizadas por los capitalistas y los terratenientes. Para el proletariado y las capas medias en decadencia —pequeña burguesía, campesinado— significa un creciente incremento de la inseguridad de su existencia, de la miseria, de la opresión, de la esclavización, del envilecimiento, de la explotación.

”3) Cada vez es mayor el número de proletarios, cada vez es más masivo el ejército de trabajadores excedentes, cada vez más abrupto el enfrentamiento entre explotadores y explotados, cada vez más amarga la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, que ha dividido la sociedad moderna en dos campos antagónicos y que es el común distintivo de todos los países industriales.

”4) El abismo que se abre entre poseedores y desposeídos se agranda todavía por la acción de crisis consustanciales a la naturaleza del modo de producción capitalista que son cada vez más amplias y más devastadoras...

”5) [...]

”6) Esta transformación social [...] sólo puede ser obra de la clase obrera, porque todas las demás clases, a pesar de la oposición de intereses existente en su seno, descansan sobre la propiedad privada de los medios de producción y tienen como meta común el mantenimiento de las bases de la sociedad actual.” [E.]

drástica si nos detenemos en diversos teóricos famosos de las crisis de la socialdemocracia de la posguerra. Fue el más tarde ultrarreformista Heinrich Cunow, quien fundó en *Die Neue Zeit* en 1898 la primera teoría expresa del derrumbe y de la catástrofe. No fue otro que Kautsky quien proclamó en julio de 1906, en el prólogo a la quinta edición de la obra de Engels *Del socialismo utópico al socialismo científico*, la aproximación inminente de una "crisis mortal" del sistema capitalista, ante la cual "esta vez no hay esperanza de que pueda ser atenuada sobre un fundamento capitalista a través de una nueva era de prosperidad". En la disputa sobre la teoría de Rosa Luxemburg desatada desde 1912 por su libro *La acumulación del capital*, se enfrentaban por *ambos* lados reformistas y revolucionarios (entre los partidarios, además de otros, Paul Lensch, entre sus contrarios, Lenin y Pannekoek), y también los dos más importantes epígonos de la teoría de la Luxemburg, Fritz Sternberg y Henrik Grossmann, no pueden ser incorporados a la disputa ni con la mejor voluntad como representantes especialmente decididos y efectivos de una política práctica revolucionaria.

Cuando en el período inmediato de la posguerra, el derrumbe del sistema capitalista aparentemente inevitable y ya iniciado despertó infundadas ilusiones en una gran parte de los revolucionarios, y el por aquel entonces "comunista de izquierda", el teórico Bujarin, había construido fantaseando una nueva teoría científica para el transcurso de este supuesto colapso mundial en su famosa *Teoría económica del período de transición*, el revolucionario práctico Lenin formuló una conclusión repetida más tarde *en otras condiciones completamente distintas* por sus partidarios hasta el exceso, de que "no hay en absoluto una situación sin salida para el capitalismo", conclusión ésta que por su efecto en las condiciones *de aquel entonces* era revolucionaria.

II

En realidad, las diversas teorías sobre las crisis surgidas hasta la fecha en el movimiento obrero no son tanto un indicador de la conciencia de clase y de la capacidad de acción revolucionarias alcanzadas por sus autores y partidarios. Más bien reflejan *pasiva y posteriormente* en ellas la situación global de crisis iniciada en la *realidad objetiva*, o quizá tan solo una crisis económica pasajera. Desde este punto de vista, se podría representar todo el desarrollo histórico de las teorías socialistas de las crisis, desde Fourier y Sismondi, pasando por las diversas fases sucesivas de la teoría de las crisis de Marx y Engels y de las teorías marxistas de las crisis e imi-

tadoras de Marx hasta Sternberg y Grossmann, Lederer y Naphtali, como el reflejo puramente pasivo del respectivo desarrollo económico anterior.

Desde el mismo punto de vista, se podría representar también —más allá del marco de la teoría de las crisis— todas las luchas más importantes por la dirección, que surgieron dentro del movimiento socialista por ejemplo en los últimos cincuenta años, como *simples consecuencias y reflejos* de la respectiva *coyuntura* anterior inmediata dentro del ciclo de crisis capitalista.

Se ha hecho mucho escándalo alrededor de la cuestión de si las expresiones del viejo Engels en la introducción escrita en 1895 al libro de Marx *Las luchas de clases en Francia* contienen el abandono de una parte de los principios políticos revolucionarios del marxismo original. Se puede plantear esta pregunta con mucha mayor razón en relación con ciertas expresiones de Engels en el prólogo a la primera edición alemana de la *Miseria de la filosofía* de 1884 (p. xviii)* y en una nota (número 8) al pie de la página 27 del III/2 tomo de *El capital* de 1894.** Aquí se habla de un reciente carácter alterado del ciclo de la industria moderna, en virtud de ella “la mayor parte de los antiguos focos de crisis y de ocasiones para la formación de crisis han sido eliminados o poderosamente debilitados”. Naturalmente es posible que estas expresiones de Engels hayan formado el primer punto ideológico de referencia para aquella teoría sostenida a finales del siglo aparentemente tan solo por el revisionismo de Bernstein y hoy abiertamente por todos los eruditos socialdemócratas, que ya no ven la tarea del movimiento obrero socialista en aprovechar las crisis para la agudización de la lucha por la supresión revolucionaria del modo de producción capitalista, sino en debilitarlas y “superarlas” dentro del marco del modo de producción capitalista. Por cierto que Friedrich Engels se hallaba muy lejos de tales conclusiones; por lo contrario, él denominaba a la sustitución, predicha condicionalmente en base al desarrollo de las últimas dos décadas, del ciclo de las crisis habidas hasta la fecha por una “nueva forma de compensación”, como una transición al “*estancamiento crónico como estado*”

* Dice Engels: “Según las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto no pertenece a los obreros que lo han creado. Cuando decimos que es injusto, que no debe ocurrir, esta afirmación nada tiene de común con la economía política. No decimos sino que este hecho económico se halla en contradicción con nuestro sentido moral. Por eso Marx no basó jamás sus reivindicaciones comunistas en argumentos de esa especie, sino en el desmoronamiento inevitable del modo capitalista de producción, desmoronamiento que adquiere cada día a nuestros ojos proporciones más vastas.” Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Siglo XXI, 1975, p. 198. [E.]

** Véase *El capital*, México, Siglo XXI, 1977, tomo III/7, p. 629.

normal de la industria moderna". Con esto Engels no sólo se convirtió en creador directo de la anteriormente discutida teoría de las crisis del programa de Erfurt de 1891, sino también en el verdadero fundador de toda la charlatanería acerca de la llamada "crisis mortal", la cual, como ya lo describieron en el congreso de Erfurt, Wilhelm Liebknecht, más tarde Cunow, Kautsky y muchos otros, tendría que arrastrar con "férrea lógica" a "una catástrofe, al propio fin del mundo, que sería inevitable".

El problema se planteó de modo distinto cuando del estancamiento declarado ya por Engels como siempre "crónico", se pasó a mediados de los años 90 a un nuevo y tremendo auge del modo de producción capitalista. Eduard Bernstein declaró abiertamente en aquel entonces y también más tarde que fueron precisamente estos nuevos hechos económicos los que lo condujeron a su ataque de principios contra todos los elementos revolucionarios de la política socialdemócrata y lo llevaron —especialmente en relación con la teoría de las crisis— a la conclusión categórica de que a causa del nuevo desarrollo del sistema capitalista ahora más que nunca "*se deben considerar las crisis comerciales generales del tipo de las anteriores al menos por un tiempo prolongado como poco probables*".

Una línea recta conduce de esta afirmación de Bernstein y de las conclusiones teóricas y prácticas de allí derivadas a la *teoría de las crisis, oficial de la socialdemocracia*, sostenida actualmente por Hilferding y Lederer, Tarnow y Naphtali. La actual teoría de las crisis de la socialdemocracia —cuya actitud fundamental considero, a diferencia de las otras dos actitudes fundamentales con relación a la cuestión de las crisis, y que aún hay que examinar, como la actitud *subjetiva*— parte de la suposición de que en el "capitalismo organizado" moderno —tanto real como tendencial— ya no existen crisis necesarias e inevitables. La primera fundamentación "científica" de esta tesis planteada por Bernstein primeramente sólo como afirmación real contiene la conocida teoría del "capital financiero" de Hilferding, la cual espera que la superación capitalista de las crisis se lleve a cabo tanto por un "cártel general" capitalista, que debe ser creado con la aprobación y estímulo de la clase obrera, así como por la regulación planificada, llevada a cabo por aquél, de la producción burguesa basada en el capital y el trabajo asalariado. Después de la guerra (1927), Hilferding declaró nuevamente en forma expresa que él siempre "rechazó toda teoría económica del derrumbe". El derrocamiento del sistema capitalista, "muy lejos de ser el producto de las leyes internas de este sistema", debe ser el resultado de "la acción consciente, de la voluntad de la clase obrera".

Sobre esta "teoría" de Hilferding se basan hasta la fecha no sólo

las teorías de las crisis y de la superación de las crisis de los socialdemócratas, sino hasta, muy profundamente, en las filas de los teóricos y planificadores bolcheviques soviéticos, todas las teorías subjetivas y voluntaristas de las crisis y de su superación. No se debe pensar que para sus fundadores y partidarios estas teorías, cuyas diversas tonalidades coloreaba hasta hace unos pocos años todo el bosque socialdemócrata de periódicos y libros, podían ser "refutadas" por los hechos de la actual realidad capitalista. La experiencia demostró, por ejemplo, que Bernstein no renunció a su tesis sobre la superación de las crisis, planteada en el año 1899, ni siquiera cuando al año siguiente estalló de todas formas la crisis económica, a la cual le siguió otra siete años después, mientras que otros siete años más tarde la nueva crisis en palpable acercamiento sólo fue postergada por la guerra mundial, para estallar nuevamente a nivel mundial tras la primera liquidación de la guerra y de sus efectos directos en los años 1920-1921. Exactamente igual se comportan ayer, hoy y mañana los Hilferding y Lederer, Tarnow y Naphtali. Pues lo que caracteriza a este tipo de teorías de las crisis es precisamente el hecho de siempre *reflejar ideológicamente* la fase cada vez *pasada* del movimiento real de la economía capitalista, contraponiéndola a la cambiada realidad presente como "teoría" fija, rígida. También existen ciertos subterfugios, del tipo de la explicación de la actual crisis económica como resultado de la guerra, como resultado de las indemnizaciones y deudas de guerra, así como por otros motivos "extra-económicos". La consecuencia práctica de todas las teorías de las crisis basadas en la actitud fundamentalmente *subjetiva* es la *destrucción completa de todos los fundamentos objetivos del movimiento de clase proletario*, para lo cual el programa de Görlitz de la socialdemocracia de 1921 ya estampó la expresión clásica al declarar la lucha de clases por la liberación del proletariado como una mera "*exigencia moral*".

Pero también la otra actitud fundamental sobre la cuestión de las crisis, en apariencia diametralmente opuesta a la que acabamos de examinar, que encontró, por así decir, su *forma clásica* —no alcanzada con tal perfección por ninguno de los múltiples precursores y sucesores— en la teoría de la acumulación de Rosa Luxemburg, no puede ser reconocida como una posición realmente materialista, y en su efecto práctico como una posición revolucionaria frente al problema de las crisis. Como es sabido, el significado de esta teoría debe buscarse, según la opinión de sus partidarios, en el hecho de que Rosa Luxemburg, "en oposición a los intentos de falsificación de los nuevos armónicos, se mantuvo aferrada al pensamiento básico de *El capital* sobre la existencia de un *límite económico absoluto*

para el desarrollo ulterior del modo de producción capitalista". Así, pues, se podría denominar con razón a la posición que fundamenta esta teoría como una *absoluta*. Yo quisiera caracterizarla, contrariamente a la hasta ahora examinada posición "subjetiva", y a la "materialista" que falta por examinar, como una actitud fundamentalmente objetiva u "*objetivista*". No tiene importancia aquí el tipo de asunción de leyes objetivas del mecanismo de producción capitalista, de las cuales se deduce en particular la necesidad económica de su derrumbe inminente, objetivamente garantizado. Por otra parte, no alterará en nada el "objetivismo" de estas teorías el hecho de que sus partidarios aseguren que ellos por cierto no le recomiendan al proletariado "una espera fatalista del derrumbe automático", sino que "sólo" (!) son de la opinión de que la acción revolucionaria del proletariado "únicamente adquiere las condiciones para un exitoso aplastamiento de la resistencia de la clase dominante, a través de la sacudida objetiva del sistema excedente" (Grossmann). *Una teoría tal, que concibe una tendencia económica de desarrollo objetivamente dada y predeterminada en su objetivo final, que trabaja más con la imaginación que con conceptos científicos unívocamente determinados, y que además se basa en una inducción (en un conocimiento experimental) insuficiente, no me parece capaz de suministrar la seria garantía de la acción consciente de la clase proletaria en lucha por sus objetivos propios, necesaria para la guerra de clases de los obreros como para cualquier otra guerra.*

Contraria a las dos posiciones fundamentales hasta ahora descritas, me parece posible una tercera actitud fundamental sobre la cuestión de las crisis, la única que puede merecer la calificación de ser una posición auténticamente *materialista* en el sentido de Marx. Esta posición considera todo el problema relativo a la necesidad objetiva o inevitabilidad de las crisis capitalistas, planteadas en estos términos genéricos, *carente de sentido* para los fines de una teoría práctica de la revolución proletaria. Esta actitud concuerda con el crítico revolucionario de Marx, Georges Sorel; cuando éste ya no atribuye a la tendencia general del capitalismo la catástrofe producida por la insurrección de la clase obrera —presentada por Marx en un lenguaje "dialéctico" fuertemente teñido de elementos idealistas, filosóficos— el valor de una previsión científica, sino únicamente el de un "mito",¹

¹ Para facilitar al lector alemán la comprensión del concepto soreliano de "mito" transcribimos a continuación algunos fragmentos de la obra principal de Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia* [Madrid, Alianza Editorial, 1972] que muestran su concepción acerca del carácter y de la función del mito en la historia:

"Los hombres que toman parte en los grandes movimientos sociales se ina-

cuya significación se resuelve enteramente en la determinación de la acción *presente* de la clase obrera. Pero la actitud materialista disiente sin embargo de Sorel cuando quiere *limitar* en general también la función de cualquier futura teoría social de la revolución a la creación de un mito semejante. Más bien considera que, a través de una investigación empírica cada vez más exacta y profunda del actual modo de producción capitalista y de sus observables tendencias inminentes de desarrollo, pueden hacerse ciertas predicciones que, aunque limitadas, son suficientes para la acción práctica. Por ello, para la determinación de la acción, el materialismo investiga perfectamente la situación dada de la producción capitalista, incluyendo las antítesis que están en su interior, y entre éstas también la situación, el grado de conciencia, la organización, la disposición de la clase obrera para la lucha, así como la de todas las diversas capas de la clase obrera. Los rasgos fundamentales de esta fundamental posición *teórica y práctica materialista* están formulados clásicamente —en forma general, sin referencia especial al problema de las crisis— en la polémica a través de la cual el joven Lenin criticó en 1894 a la vez al subjetivismo del revolucionario populista Mijailovski y al objetivismo del por ese entonces teórico —guía marxista Struve, contraponiéndoles a la vez a ambos su propio punto de vista activista-materialista: “Al demostrar la necesidad de una serie dada de hechos, el objetivista siempre corre el riesgo de convertirse en un apologista de ellos mismos; el materialista pone al desnudo las contradicciones de clase y, *al proceder así, fija ya su posición.*” *

ginan su acción inmediata en forma de batallas que conducen al triunfo de su causa. Proponía yo denominar *mitos* a esas construcciones... La huelga general de los sindicatos y la revolución catastrófica de Marx haciendo irrupción con la necesidad de un acontecimiento natural, son mitos... al igual que los que fueron edificados por el cristianismo primitivo, por la Reforma [...]; quería yo demostrar que no hay que tratar de analizar esos sistemas de imágenes, tal como se descompone una cosa en sus elementos, sino hay que tomarlos en bloque en cuanto fuerzas históricas...” (p. 77).

“Hay que juzgar a los mitos como medios de actuar sobre el presente” (p. 185).

“[...] la huelga general es [...] el *mito*, en el cual el socialismo entero está encerrado; es decir, una organización de imágenes capaces de evocar de manera instintiva todos los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna. Las huelgas han engendrado en el proletariado los más nobles sentimientos, los más hondos y los que más mueven; la huelga general los agrupa a todos en un conjunto y, al relacionarlos, a cada uno de ellos le confiere su máxima intensidad...” (p. 186).

* V. I. Lenin, *Escritos económicos (1893-1899)*, vol. 1 (*Contenido económico del populismo*), Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 132. [E.]

LA CRISIS MORTAL DEL CAPITALISMO *

CRISIS MUNDIAL Y MOVIMIENTO OBRERO

Hemos dicho que el desarrollo del capital obstaculizó la formación de un movimiento revolucionario y que la degeneración del movimiento obrero fue el producto del florecimiento capitalista.

Hoy, en medio de una crisis capitalista mundial y general, podemos ya establecer que, con la decadencia del capitalismo, se hundén también aquellos movimientos obreros. El proceso de descomposición de los sindicatos americanos, de la American Federation of Labor (AFL), puede ser demostrado estadísticamente y de una manera muy convincente. Pero también las otras organizaciones obreras, basadas en intereses de grupos y tradicionalmente vinculadas a "liderazgos", compartirán, a corto o largo plazo, el destino de la AFL.

Para vivir, los obreros deben pasar por alto las anticuadas formas de organización y organizarse, como CLASE, en organizaciones dirigidas por ellos mismos.

LA GUERRA COMO CAMBIO DE DIRECCIÓN

Para el viejo movimiento obrero valía como lema: "¡El movimiento lo es todo, el objetivo nada!" En su opinión, el socialismo era algo muy lejano. La teoría marxiana de la ineluctabilidad del derrumbe económico del capitalismo era ridiculizada. Se "veía" que las crisis cíclicas eran siempre superadas, que seguían debilitándose y se creía que el capitalismo, alguna vez, estaría en condición de eliminarlas por completo. De un problema de principio de la producción capitalista surgieron problemas de circulación y competencia que deberían ser eliminados por medio de la concentración del capital, con ayuda de una "correcta" dirección planificada de la economía.

Así, despreocupadamente, transcurría la cotidiana vida capitalista:

* "Die Todeskrise des Kapitalismus", publicado en *Programm der Industriearbeiter der Welt, herausgegeben von Industrial Workers of the World*, Chicago, 1933.

la revolución (había sido relegada burlescamente al terreno de lo improbable; la armonía de clases estaba en su apogeo... cuando, un día, sobre los "amigables" carriles imperialistas rodó la bomba de la guerra mundial introduciendo el comienzo de una nueva era.

El viejo movimiento obrero perdió hasta la última apariencia de una piadosa fraseología revolucionaria y demostró, con asquerosa claridad, que su forma reaccionaria era la de su contenido reaccionario. La clase obrera de cada país luchó, junto con su burguesía, para lograr el mejor puesto bajo el sol. Y aquí se demostró que el viejo movimiento obrero no era nada más que una parte de la máquina de explotación capitalista.

Solamente la iww no vendió el derecho de primogenitura de la revolución por el plato de lentejas de las concesiones capitalistas. Y, sin darle crédito a la política de tregua, realizó, precisamente en el período bélico, sus mejores huelgas manteniendo en alto la bandera de la lucha de clases.

Debido a la guerra y a millones de víctimas, volvió a tener relevancia el "ya superado" punto de vista del *Manifiesto comunista*. La autoconciencia del proletariado encontró su máxima expresión en las tormentas revolucionarias ocurridas en Rusia y en Europa central. Había sido sacudida la fe en el capitalismo como "el mejor de los mundos".

El proceso de la coyuntura se modificó después de la guerra. Las crisis se volvieron más largas y más agudas. Pero su intensidad era todavía geográficamente distinta. En ciertos países eran más pesadas, en otros más ligeras. Y, sobre todo, la crisis no había adquirido todavía el carácter mundial que presenta desde hace cinco años.

En aquel tiempo de visible receso permanente de la Europa capitalista, el capital americano había logrado resolver sus crisis mediante coyunturas inimaginadas. La ya mencionada ausencia de pesados residuos precapitalistas, la favorable composición orgánica del capital, la economía extremadamente racional, la relativa independencia económica del mercado mundial de materias primas, la plusganancia obtenida durante la guerra y en otros momentos, convertían al capitalismo norteamericano en el anuncio publicitario del mundo capitalista.

La ideología de la prosperidad ofuscaba de tal manera la conciencia del proletariado americano que la teoría de la iww no sólo no pudo enraizarse sino que su influencia disminuyó notablemente. Este hecho no habla en contra de la iww ni de la clase obrera americana, sino que es simplemente el producto natural de las características del desarrollo del capitalismo americano.

Cuando en 1928 surgió la crisis industrial en los Estados Unidos,

cuando con el crack de la Bolsa en 1929 se empezó a hablar de ella en la prensa, la clase obrera americana, junto con su burguesía, creyó que la crisis sería eliminada a corto plazo, como había ocurrido con las precedentes depresiones. Esta fe, ya debilitada en los cinco años de la crisis mundial y de sus perspectivas hacia un permanente descenso, deberá ser aniquilada completamente por el movimiento revolucionario.

LA CRISIS MORTAL

I

Aunque la revolución no sea una cuestión doctrinal, sin embargo es necesario que el proletariado comprenda su situación en toda su agudeza. La burguesía, y el movimiento obrero ligado a su existencia, no están en condiciones de reconocer las formas y la importancia reales de las crisis. Cuando surgen problemas que implican el fin del modo de producción capitalista, las "teorías" de la burguesía y de sus servidores tienen que fracasar. Ellos no pueden encontrar solución alguna porque la solución se halla después de su muerte. Si el capital no se puede aniquilar por sí mismo, entonces solamente el proletariado está en condiciones de acabar con la ciencia económica.

A partir de la posición que adopta el movimiento obrero respecto del problema de la crisis y del derrumbe se puede reconocer el carácter de este movimiento. Los que no penetran hasta el nudo de la cuestión, los que no están en condiciones de atribuir la crisis y el derrumbe final a las particulares características de las relaciones de producción capitalistas, tampoco estarán en condición de proporcionar una teoría que transforme el modo de producción, ni serán capaces de realizar una práctica revolucionaria.

La teoría marxiana de la acumulación y del derrumbe es, al mismo tiempo, la práctica de la revolución proletaria; una es la expresión de la otra; donde no se encuentra esta totalidad, sólo existe la falta de aptitud para la tarea históricamente planteada.

La crisis del capital sólo puede ser considerada por el movimiento revolucionario *desde el punto de vista del proletariado*. Para nosotros, las condiciones objetivas se encuentran en la época de decadencia del sistema capitalista, que se caracteriza por el hecho de que el capital sólo puede extraer ganancias *del empobrecimiento general, absoluto y continuo del proletariado*.

Nosotros rechazamos toda concepción mecánica del derrumbe del capital. Como partidarios de la dialéctica materialista pensamos que

la sociedad capitalista puede ser vencida solamente por la fuerza organizada del proletariado.

Sabemos que son necesarias determinadas condiciones que permitan la ruina del capital. La voluntad del proletariado no es suficiente; sin estas determinadas condiciones tal voluntad no puede en modo alguno desarrollarse. Pero estamos convencidos de que en la actualidad las condiciones objetivas están suficientemente maduras para crear las premisas subjetivas de la emancipación definitiva de la clase obrera.

El desarrollo del capitalismo nos ha demostrado que le era posible, en un momento dado, aumentar los salarios reales de los obreros. Marx prueba que, cuando haya sido alcanzado este determinado punto, también el salario real, como ya antes el relativo, debe caer si el capitalismo quiere asegurar su ganancia. Marx dijo resumiendo en forma general: "De esto se sigue que a medida que se acumula el capital, empeora la situación del obrero, sea cual fuere su remuneración." (*El capital*, t. 1/3, p. 805.) "¡Esta es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista!" (*Op. cit.*, p. 803.) Y el capital acumulado ilustra de manera estupenda esta tendencia absoluta del capitalismo: "Cuanto mayores sean la riqueza social, el capital en funciones, el volumen y vigor de su crecimiento y por tanto, también, la magnitud absoluta de la población obrera y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor será la pluspoblación relativa o ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza expansiva del capital. La magnitud proporcional del ejército industrial de reserva, pues, se acrecienta a la par de las potencias de la riqueza. Pero cuanto mayor sea este ejército de reserva en proporción al ejército obrero activo, tanto mayor será la masa de la pluspoblación consolidada o las capas obreras cuya miseria está en razón inversa a la tortura de su trabajo. Cuanto mayores sean, finalmente, las capas de la clase obrera formadas por menesterosos enfermizos y el ejército industrial de reserva, tanto mayor será el pauperismo oficial." (*Op. cit.* p. 803.)

Es decir que la acumulación capitalista, que contribuye al desarrollo del capital, se convierte también, al mismo tiempo, en la causa de su derrumbe. Las mismas tendencias que han permitido su rápido crecimiento se convierten, en un determinado nivel del desarrollo, en las causas de su rápida ruina.

LA LEY MARXIANA DE LA ACUMULACIÓN Y DEL DERRUMBE

En todos los órdenes sociales el progreso técnico y económico se ma-

nifiesta en el hecho de que el hombre está en condiciones de poner en movimiento —con su fuerza de trabajo— una cantidad creciente de medios de producción. Con menor trabajo se proporciona una siempre mayor cantidad de producto. La característica del método de producción capitalista consiste en el hecho de que en él este proceso de trabajo, generalmente válido, es, al mismo tiempo, un proceso de valorización, es decir que los medios de producción y la fuerza de trabajo tienen —junto con su forma natural— también un *carácter de valor*. En otras palabras, en el capitalismo, propiedad de la tierra, maquinaria, materias primas, y trabajador no son solamente propiedad, maquinaria, materias primas y obreros, sino, *al mismo tiempo*, una relación de capital. Capital *constante* y *variable* que debe ser valorizado o, más simplemente, que debe producir ganancia. Todos los otros fenómenos derivan de este principio dualista del modo de producción capitalista.

El proceso natural —generalmente válido— de la emancipación del hombre, que se expresa en una cantidad siempre mayor de medios de producción con menor fuerza de trabajo, en el ámbito de la acumulación capitalista se expresa, *al mismo tiempo*, como *aumento continuo* del capital constante respecto al variable. Un capital siempre mayor es invertido en salarios. Pero, puesto que la cuota de capital variable invertida en salarios es la única fuente de ganancia, también la ganancia debe disminuir proporcionalmente a la disminución de esta cuota. Pero, como la ganancia es el único resorte de la producción capitalista, la acumulación debe progresar sólo en la medida en que sea fuente de ganancia.

Los datos estadísticos americanos confirman que el capital constante aplicado por cada obrero aumenta siempre en relación al capital destinado a los salarios (variable). Este hecho del rápido crecimiento del capital constante respecto al variable se designa como *composición orgánica del capital*. Como consecuencia de la progresivamente mayor composición orgánica del capital y del aumento, a ella ligado, de la productividad del trabajo, el salario será una cuota siempre menor del producto global, y, por ello, aumentará la masa absoluta del plusvalor, pero simultáneamente disminuirá la masa de la ganancia. En el transcurso del proceso de acumulación capitalista, que es constantemente acompañada por la caída de la tasa de ganancia, llegará pronto el momento en que no solamente bajará la tasa sino también la masa de ganancia.

La acumulación capitalista exige una triple división de la masa del plusvalor. Una parte es para el capital constante adicional, otra para el capital variable adicional y la tercera parte forma el fondo de consumo de los capitalistas. Si la composición orgánica del capital

crece —y ella crece en tanto el capital se acumule— entonces una parte, relativamente siempre mayor, del plusvalor debe ser utilizada para la acumulación adicional. En el caso de una composición orgánica algo baja, el plusvalor es grande y suficiente como para seguir acumulando con él. En un nivel de acumulación más elevado, la masa del plusvalor se vuelve proporcionalmente demasiado pequeña y no es suficiente entonces para satisfacer al mismo tiempo las necesidades del capital constante adicional y las de las otras partes. Si, a pesar de eso, debe proseguir la acumulación, la burguesía puede renunciar a su fondo de consumo o disminuir la cuota variable, o sea la cuota salarial de los obreros. Ella optará por este último, ya que no moriría voluntariamente de hambre. Y esta situación económica agudiza la lucha de clases. En interés de su fondo de consumo, la burguesía lleva a cabo una constante agresión a los salarios. Y, desde este momento, el destino del capital depende del empobrecimiento del proletariado.

Llegando a este punto, en el cual la masa del plusvalor ya no es suficiente para asegurar la ganancia necesaria, se detiene la acumulación ulterior. El plusvalor, que fluía hasta ahora de las inversiones de capital, se torna improductivo y surge un exceso de capital ocioso que busca, sin conseguirlo, posibilidades de inversión.

Henryk Grossmann resume así esta tendencia de la acumulación capitalista en una fórmula extraordinariamente acertada: *“El capitalismo encuentra su límite definitivo en la falta de valorización del capital”*. Cuanto más se extiende el capitalismo, tanto mayor es la cuota de capital desembolsada para la obtención de materias primas y de medios de producción, y tanto menor es, con relación a ello, la cuota de capital que debe ser invertida en salarios. Pero, puesto que el plusvalor no es otra cosa que el plus-trabajo no pagado a los obreros ocupados, paralelamente al crecimiento del capital, el plusvalor y con él la ganancia deben disminuir en proporción al total del capital invertido. Esto es compensado en parte por el aumento del grado de explotación.

Pero puesto que se utiliza un capital siempre mayor, la baja de la tasa de ganancia se equilibra por el aumento de la masa de ganancia. Sin embargo, en un determinado nivel de la acumulación la disminución de la tasa de ganancia es a su vez acompañada por una disminución de la masa de ganancia. En esta situación, un capital social mayor brindará una ganancia absolutamente menor. Se tendrá entonces: *“Sobreproducción de capital y continuo aumento de la desocupación. Exceso de capital inutilizable con exceso de población desocupada. Ésta es la última gran contradicción de la producción*

capitalista por la cual ella debe derrumbarse" (Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des Kapitalistischen Systems.)

Esta tendencia pura y absoluta de la acumulación capitalista es contrarrestada por tendencias opuestas resultantes del mismo desarrollo capitalista. La tendencia al derrumbe se expresa en las crisis y es superada mediante las crisis. *Las crisis son fenómenos de derrumbe no completamente desarrollados y debilitados por las tendencias contrarias.* Estas contratendencias, sin embargo, se eliminan a sí mismas en el curso del propio desarrollo.

La racionalización se convierte en racionalización de errores. La fusión de empresas y la composición orgánica más favorable resultante de ello se dirige en contra de sí misma, por ejemplo, debido al gravoso pago de intereses y a la amortización del capital de la empresa parada. La disminución de los salarios de los obreros tiene su límite. No se puede mantener a los obreros continuamente por debajo de los costos de reproducción. Obreros muertos o hambrientos no producen ninguna ganancia. También la abreviación del tiempo de rotación tiene sus límites porque, exagerando, se quitaría continuidad al proceso de producción. La ganancia comercial sólo puede ser interrumpida; pero si es eliminada, este medio para aumentar la ganancia deja de ser una contratendencia. También la exportación de capital es un contraefecto con carácter temporal.

En la medida en que aumenta, debido a la continua acumulación, el número de los países sobresaturados de capital y, por ende, exportadores de capital, así como el número de sus capitalistas, aumenta la competencia en el mercado mundial y la lucha por ganar esferas redituables de inversión, y entonces la exportación de capital, como contratendencia, se vuelve menos eficaz. Se demuestra que, por las leyes inmanentes de la acumulación, éstas y otras contratendencias que hasta ahora habían sido utilizadas para superar las crisis, se autoeliminan lentamente. Cuando estas contratendencias ya no son eficaces, el derrumbe se impone. Tendremos entonces crisis permanente o la crisis mortal.

CRISIS MORTAL

II

La actual fase del capitalismo, el imperialismo, es la manifestación del dominio del capital monopolista: El capital industrial domina, como capital financiero o monopolista, el capital bancario, y condiciona al estado y a su política. Sobrepasa los confines nacionales

estableciendo conexiones internacionales tales que la lucha por la competencia se agudiza sobre bases siempre más amplias. Los conflictos imperialistas por fuentes redituables de inversión del capital excedente y por el dominio de los territorios más ricos en materias primas siguen agudizándose e impulsan hacia nuevas guerras.

Pero, como ya la última guerra no estuvo en condiciones de resolver las dificultades capitalistas a pesar de la destrucción del capital y de la notable disminución de la composición orgánica del mismo, así las guerras amenazantes son la expresión de la marcha acelerada hacia la barbarie capitalista. Tampoco las actuales devaluaciones del capital, como producto de las amortizaciones, surten profundos efectos en el sentido de un impulso renovador. De igual modo, ni la colosal baja de los precios, ni, fundamentalmente, de los salarios ya realizada han contribuido a la superación de las crisis, ni, en otras palabras, han permitido lograr, a través de la crisis, una nueva coyuntura. Y el nivel de la fuerza productiva de trabajo no acepta ya cada nuevo descubrimiento, cada apertura de nuevas industrias como medio hacia una nueva coyuntura. La racionalización ha reducido las jornadas de trabajo de tal manera que cada nueva industria estaría agotada ya antes de convertirse en un atenuante para la crisis.

La crisis sigue subsistiendo como *crisis general* permanente y afecta todos los campos del capitalismo internacional. No desarrolla ninguna nueva coyuntura sino que se expresa en el constante retroceso de la producción y en un aumento continuo de la desocupación. Ella es, al mismo tiempo, crisis financiera y agraria. Toda contratendencia especulativa —como la inflación y la política aduanal— se quiebra contra su fuerza. El plusvalor adicional producido por el imperialismo colonial sigue disminuyendo debido a la acumulación propia de las colonias. Las tendencias imperialistas agudizan la presión sobre el proletariado en vez de atenuarla como antes. Esto demuestra que la crisis no puede ser superada en los marcos del capitalismo.

Repetimos: la ley marxiana de la acumulación es justamente teoría de la crisis y del derrumbe del sistema capitalista. Ha sido demostrado que las tendencias en contra del derrumbe han perdido su eficacia. Al capital no le queda otra salida que extraer su ulterior ganancia *solamente* del empobrecimiento continuo y absoluto del proletariado. Durante las crisis que acompañaron el periodo de auge del capital, se lograba el restablecimiento de la ganancia necesaria sin que fuese indispensable disminuir continuamente el salario absoluto. Sólo en la fase final del capital el plusvalor no alcanza ya *para asegurar un nivel de vida suficiente y, al mismo tiempo, la acumulación necesaria.*

Solamente en este momento en que la expansión, la concentra-

ción, la racionalización, la eliminación de capas intermedias despilfarradoras de ganancia, del capital comercial, etc., ya no tienen efecto, o han sido ya eliminadas como contratendencias al agotamiento de la ganancia, al capital no le queda otra alternativa que el empobrecimiento de la clase obrera.

En la lucha por el plusvalor se expresa la lucha de clases dentro de la sociedad capitalista. La lucha de clases por el plusvalor debe convertirse en lucha *por el aniquilamiento de las condiciones capitalistas* de la producción. Lo *único que diferencia* la crisis final de todas las demás es el hecho de que, con la "superación de la crisis" desde un punto de vista capitalista —lo que sólo puede significar el restablecimiento de la valorización del capital—, *no puede ser restablecido* el nivel salarial, sino que éste sigue bajando sea que el *capital* hable de *crisis* o de "normalidad". La superación de la crisis desde el punto de vista del capital no suprime la *crisis mortal para el proletariado*. Frente a él queda la alternativa: ¡COMUNISMO O BARBARIE!

El capital no se derrumba por sí solo. Si la clase obrera, organizada en potentes uniones industriales, no toma posesión de los medios de producción y no elimina el sistema de explotación, entonces tendrá que enfrentarse, no sólo a la completa esclavización y al aniquilamiento masivo, sino también a la barbarie.

Crisis mortal del sistema capitalista significa que están dadas las condiciones objetivas para la revolución. Para salir de la crisis el proletariado sólo tiene un camino: el que conduce a la eliminación del sistema capitalista.

LA REALIDAD DE LA CRISIS MUNDIAL

El orden capitalista no puede ni responder ni solucionar las cuestiones del proletariado, y ellas no pueden ya ser postergadas. Hoy el reformismo es considerado una utopía y ha caído en el ridículo. La supervivencia del sistema exige el aniquilamiento de millones. Por el contrario, la salvación de millones significaría el suicidio de los explotadores capitalistas. Así, pues, para los revolucionarios esta crisis debe ser la crisis mortal del sistema, puesto que están dadas todas las condiciones que impulsan la lucha de clases desde el reformismo hacia la revolución. Esta convicción tiene su fundamento no solamente en los deseos sino en la consideración de la realidad. Desde hace cinco años nos enfrentamos a una crisis mundial desconocida hasta ahora por la historia del capital. En la crisis actual vemos fracasar todas las medidas de superación de las crisis que hasta hoy habían surtido efecto. No hay ningún síntoma que deje prever un mejora-

miento. Pero esta crisis no solamente le parece insoportable al proletariado sino que también la burguesía considera con espanto su propia obra. En un artículo del *Economist* (del 4 de junio de 1932) se lee: "El curso de los eventos mundiales justifica, cada día más, la comparación con un manicomio". Y hoy, más que entonces, vale la definición de la burguesía dada por Lenin hace 10 años: "Ella [la burguesía] se comporta como un bandido que se ha vuelto descarado y ha perdido el juicio, incurre en un error tras otro, exaspera su situación y acelera su fin". Pero ésta es solamente la apariencia; la burguesía no es estúpida ni demente; sus negocios no son arbitrarios. No empeora su situación porque haya perdido la cabeza, sino que pierde la cabeza porque, a pesar de todas las medidas tomadas por ella, la crisis sigue agudizándose.

Sus dioses se desploman, literalmente; se suicidan, se revelan como "delincuentes de libros policiacos" (recordemos tan solo a Kreuger e Insull). Lo único que le queda a la burguesía es la esperanza más pueril. Desde hace años ella y sus empeñados "sabios" esperan, día tras día, que se verifique un mejoramiento. En cada mísera especulación la burguesía ve la estrella de Belén que le promete una nueva prosperidad. Cuántas veces insistía diciendo que el grado alcanzado era ya el más bajo; que peor no podría ser, ¡pero lo peor *llegó!* En la edición de marzo (1932) del fascículo *Commerce* (órgano oficial de la Chicago Association of Commerce) el director capitalista financiero Edwin L. Lobdell escribe: "Puesto que la situación no puede ya empeorar más (y según todas las apariencias este punto ha sido alcanzado ya) cuando cambie será para mejorar. 1932 será un año de depuración y sobrevivirán solamente los mejores. Los Estados Unidos han superado muchas crisis y algunas fueron más graves que la actual. El país ha sido siempre saludable y ha emprendido, con nuevo vigor, empresas mayores. La historia volverá a repetirse y las condiciones actuales serán olvidadas si una nueva generación toma el control en sus manos." Pero estas analogías con el pasado no tienen sentido. Esta crisis no puede ser cotejada con las precedentes aunque el carácter fundamental de todas las crisis sea el mismo. Contra todas las profecías, la crisis ha seguido y sigue empeorando en todos los grandes países capitalistas y empeorará aún más.

La producción de medios de producción no sustituye el desgaste natural. La capacidad de producción sólo es aprovechada a medias. El ejército de desocupados sigue y seguirá aumentando. Las ganancias siguen disminuyendo y las bancarrotas aumentan. Todas las contramedidas fallan. Hasta los cárteles, que deberían contener la caída de los precios, se derrumban. Los intentos de inflación explotan como una gota sobre la piedra caliente, y la incertidumbre política aumenta.

Por lo que a magnitud de producción se refiere, el mundo capitalista ha regresado a niveles más bajos que los de antes de la guerra. Si se iguala a 100 el índice de producción de 1913, a fines de 1932 los Estados Unidos se mantenían todavía al nivel de 1913, mientras que en Francia el índice bajaba a 95, en Inglaterra a 83, en Alemania a 62 y en Polonia a 46. La decadencia del capitalismo se hace más evidente si se compara el nivel de producción de cada una de las ramas industriales en 1932 con el de los años precedentes que registran los mismos niveles.

	<i>Carbón</i>	<i>Hierro colado</i>	<i>Acero</i>	<i>Consumo de algodón</i>
EE. UU.	1906	1890	1905	1913
Inglaterra	1900	1860	1897	1872
Alemania	1899	1891	1895	1889

Por ende, las distintas ramas de la industria capitalista han sufrido un retroceso de 25 a 40 años.

La decadencia del sistema capitalista resulta aún más evidente en la fuerte disminución de la demanda de todo tipo de producto industrial pesado, como indican los datos de la producción de hierro colado:

	<i>EE. UU.</i>	<i>Francia</i>	<i>Alemania</i>	<i>Inglaterra</i>
	(En millones de toneladas)			
1929	18.3	4.3	5.4	2.9
1931	9.6	3.8	2.8	1.7
1932	4.6	2.3	1.7	1.6

La crisis agraria, ya crónica, se hace aun más profunda debido a la crisis industrial. En los Estados Unidos, por ejemplo, el índice de los productos agrícolas en mayo de 1932 cayó a 56 (índice prebélico = 100). Tomando como base los precios de otros productos, el poder adquisitivo de los productos agrícolas fue del 50% con relación al período prebélico. La contracción del mercado interno impulsa hacia una mayor competencia en el mercado mundial, pero, al mismo tiempo, el comercio mundial se contrae debido a las medidas de protección aduanera.

Desde 1929 a 1932 la importación y la exportación disminuyeron:

	<i>Importación</i>	<i>Exportación</i>
Inglaterra	39%	48%
EE. UU.	67%	68%
Alemania	65%	54%
Francia	50%	60%
Italia	60%	59%
Canadá	64%	61%
Australia	48%	60%

La contracción del mercado mundial agrava la crisis al dificultar la posición financiera y monetaria de los países. Paralelamente a estos fenómenos se verifica una fuerte reducción de las ganancias. Las ganancias de las empresas americanas en el primer trimestre de 1932 eran solamente del 20% en relación al mismo trimestre de 1931. Las acciones de las empresas americanas han sufrido, desde 1929, una pérdida del 85% de su valor. La situación del capital bancario es catastrófica. Las tasas de interés disminuyeron hasta el 1.5%. La clausura de bancos o la expropiación violenta de los ahorros de los obreros y de la clase media empeora aun más la situación.

Las cifras de desocupación mundiales son las que hablan con mayor claridad. Los Estados Unidos de América cuentan en marzo de 1932 con aproximadamente 16 millones de desocupados. Alemania tiene seis millones registrados y dos millones que no figuran en las estadísticas. En Inglaterra se han contabilizado 2 859 829 desocupados, pero su número es en realidad mucho mayor. Polonia tiene un millón de desempleados. En todos los países las cifras de desocupación crecen sin cesar, y el desempleo mundial abarca más de 30 millones de personas.

La ofensiva contra los salarios se lleva a efecto internacionalmente. Lo que es válido para los Estados Unidos de América vale igualmente para todos los demás países. El total pagado en salarios en 1932 en las fábricas estadounidenses constituye tan solo el 45% del pagado en 1926. Los ingresos globales de los obreros bajaron en los últimos seis años a menos de la mitad.

LAS CONSECUENCIAS PROLETARIAS

La revolución es un proceso dialéctico. Para ella no existe una receta predeterminada. Su teoría y su práctica están sometidas al cam-

bio. La lucha de clases encuentra su clímax en la apropiación de los medios de producción por parte de las uniones industriales del proletariado vencedor con el objeto de formar la ASOCIACIÓN DE PRODUCTORES LIBRES E IGUALES.

Las organizaciones fabriles, la unión industrial, la organización clasista, son a la vez la organización de la sociedad futura. Así es como en la iww el objetivo y la táctica configuran una *totalidad*. Su construcción organizativa es ya la estructura de la nueva sociedad dentro de la caparazón de la vieja. Organizada por industrias para desarrollar la lucha cotidiana contra la burguesía; organizada por industrias para proseguir la producción industrial tras la toma del poder. La tendencia de la organización: AQUELLA GRAN UNIÓN es a la vez SU OBJETIVO.

Hacia esto conduce el desarrollo del proceso. Pero para entender el desarrollo *mismo* es preciso incluir en el cálculo también a todas las tendencias que se orientan contra dicho objetivo.

La lucha de clases es el producto natural de la sociedad basada en la propiedad privada. Las *formas* de la lucha de clases cambian de acuerdo con el desarrollo de ésta. El desarrollo es detenido por contraataques de la burguesía, por influencias tradicionales; es detenida por nuevos elementos contrarrevolucionarios que se generan en la misma lucha de clases, como, por ejemplo, las organizaciones obreras reaccionarias.

Si decíamos que la revolución es un proceso dialéctico, entonces expresábamos con esto que ambas partes del proceso de desarrollo —los factores objetivos y los subjetivos— se influyen *recíprocamente*. En el curso de la lucha de clases, en el cual ambos elementos se fusionan, la acción *consciente de la parte consciente* del proletariado es de importancia fundamental. Aquí se encuentra la fundamentación de la necesidad de la organización.

El proletariado hace, si bien no espontáneamente, su propia historia. En la fase final de la sociedad burguesa al capital le faltan las condiciones objetivas para seguir existiendo, así como tampoco están dadas las condiciones subjetivas para la revolución. La burguesía y la minoría revolucionaria luchan por imponer su ideología a la clase obrera. El desarrollo de esta lucha se expresa en el desenvolvimiento de las formas de la lucha de clases, y, según nuestra opinión, en el desarrollo de la propia actividad de la clase obrera en lucha, que se unifica en organizaciones que ella misma controla y que son a la vez verdaderas armas de lucha. Así es como, para nosotros, la iww representa el instrumento más importante de la revolución.

La iww se distingue fundamentalmente de todas las demás orga-

nizaciones obreras existentes. Lo positivo de ella ya se encuentra en la crítica del viejo movimiento obrero.

El viejo movimiento obrero está construido de acuerdo con el principio estatal burgués "*dirigente y masa*" (de arriba hacia abajo). Él mejoró las posibilidades de existencia de algunos sectores del proletariado en la época ascendente del capitalismo y desarrolló organizaciones que se convirtieron en eslabones de la sociedad capitalista. Creó dirigentes y un aparato de funcionarios que se enfrenta al proletariado, al igual que el mismo capital, en interés de su propia existencia de casta. Así como el parlamentarismo encarna el poder intelectual de los dirigentes sobre las masas obreras, el movimiento sindical encarna su poder material. En estas organizaciones, la burocracia domina sobre los medios del poder, los medios financieros, la prensa, etcétera. Los dirigentes se identifican con la organización; la organización se ha convertido en su *propiedad privada*. Los miembros no están en condiciones de imponer su voluntad contra el poder de los caciques. La organización se enfrenta a los obreros como algo extraño, como un poder exterior contra el cual, por cierto, pueden rebelarse, pero que está por sobre ellos pese a que, después de todo, dicho poder surge de ellos mismos. La relación de los obreros con respecto a su organización es la misma que la que mantienen hacia el estado burgués.

Durante los *períodos revolucionarios* se producen importantes transformaciones. El objetivo de los obreros se torna completamente distinto, se *radicaliza*. Esto se comprueba por el hecho de que la clase obrera usa *en la revolución* otras formas de organización que las empleadas durante el tiempo del mejoramiento pacífico de las condiciones de trabajo. La doctrina más importante que aportó Europa durante el período revolucionario de 1917 a 1923 es el uso por parte de la clase obrera de nuevos métodos de lucha, que se encontraban en estricta contradicción con los empleados por las viejas organizaciones obreras y con estas mismas organizaciones. *Los consejos obreros, los comités de acción, las organizaciones fabriles*, fueron combatidos por el viejo movimiento obrero de la manera más sangrienta. Es decir, las organizaciones *en las cuales el proletariado podía autodeterminarse*, que no se dejaban dominar por una pandilla de zánganos, eran los enemigos mortales del movimiento sindical-parlamentario.

La iww es odiada precisamente porque encarna hasta en sus últimas consecuencias el *nuevo* principio del movimiento obrero "DE ABAJO HACIA ARRIBA", porque aquí, en la iww, los obreros controlan su organización.

Ponemos nuestra atención especialmente en la crisis porque a nos-

otros, como organización revolucionaria, nos resulta claro que la táctica y las tareas del movimiento dependen absolutamente de la situación económica. La IWW no inventa su teoría a partir de la nada, sino que trata de demostrarla científicamente.

Con la sobreacumulación del capital se alcanza el *límite histórico objetivo* del movimiento sindical puro. En la fase final de la sociedad burguesa, ninguna organización puede modificar el hecho de que la pauperización es el punto final del desarrollo capitalista. Teniendo como base el modo de producción capitalista, el proletariado sólo puede pauperizarse. Todas aquellas organizaciones que pugnaban por los "intereses" de los obreros solamente en el interior del sistema capitalista tienen que hundirse. Porque la única solución para la clase obrera es la eliminación del sistema, y sólo una organización que se ha propuesto como objetivo la sociedad sin clases está capacitada para llevar adelante la lucha de clases.

Toda huelga salarial de mayores dimensiones, toda lucha por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, si se lleva a cabo con éxito, se convierte en una cuestión de vida o muerte para la burguesía. Toda organización que desee mantener en pie al capitalismo tiene que luchar junto con la burguesía contra el mejoramiento de la situación de las condiciones de vida del obrero.

En la fase final de la sociedad capitalista los sindicatos ya no tienen ninguna función que cumplir, como tampoco la tienen en el comunismo. Han llegado así a tocar sus límites objetivos. Pero eso aún no conlleva su desaparición, porque las ideologías siempre marchan rezagadas en relación con las condiciones reales. Pero entonces se vuelven contrarrevolucionarias, tratando de auxiliar al capitalismo para salvar su propia vida, ya que un capitalismo que funcione bien es una cuestión vital para los sindicatos. Por ello éstos se convierten en organizaciones rompehuelgas, por ello tratan de desviar la verdadera lucha de clases anudando pactos traidores con los empresarios.

Pero solamente en el período de decadencia del capital la huelga adquiere su verdadero significado revolucionario. Todo éxito de los obreros profundiza la crisis. Toda acción de resistencia del proletariado se desarrolla a expensas de la burguesía. E incluso cada fracaso, por el simple hecho del cese de la producción y con ello de la disminución de la masa del plusvalor, aprieta aún más la soga alrededor del cuello capitalista. En cada caso es el proletariado quien sale ganando desde el punto de vista de la revolución. Todo lo que los desempleados arrancan a la burguesía lleva a la intensificación de la explotación en las empresas, lleva con ello a la agudización de las lu-

chas de clases, conduce, a través de la revolución, hacia la supresión del régimen basado en la ganancia.

La lucha económica de los obreros es la lucha revolucionaria. La lucha tiene que ser llevada a cabo y sólo puede serlo por los mismos obreros, sólo puede realizarse por organizaciones que no desean mantener al capitalismo sino suprimirlo, sólo puede ser dirigida hacia el triunfo decisivo en todos los frentes por el conjunto del proletariado y no por algunos grupos. Las uniones industriales son las organizaciones más apropiadas para esta lucha.

FUENTES UTILIZADAS

"Teoria del crollo e capitalismo organizzato nei dibattiti dell'estremismo storico", por Giacomo Marramao, publicado en *Problemi del Socialismo*, 4ª serie, año xvii, núm. 3, julio-septiembre de 1976. Traducción del italiano por Stella Mastrángelo.

"Vorwort", por Paul Mattick, en Korsch-Mattick-Pannekoek, *Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus oder Revolutionäres Subjekt*, Berlin, Karin Kramer Verlag, 1973. Traducción del alemán por Alejandro Zenker.

"Die Zusammenbruchstheorie des Kapitalismus", por Anton Pannekoek, publicado en *Rätekorrespondenz*, núm. 1, 1934. Traducción del alemán por Alejandro Zenker.

"Zur Marx'schen Akkumulations- und Zusammenbruchstheorie", por Paul Mattick, publicado en *Rätekorrespondenz*, núm. 4, 1934. Traducción del alemán por Alejandro Zenker.

"Die Grundlagen einer revolutionären Krisentheorie", anónimo aunque escrito por Karl Korsch, publicado en *Proletarier, Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, año I, núm. 1, febrero de 1933. Traducción del alemán por Alejandro Zenker.

"Über einige grundsätzliche Voraussetzungen für eine materialistische Diskussion der Krisentheorie", por Karl Korsch, publicado en *Proletarier, Zeitschrift für Theorie und Praxis des Rätekommunismus*, núm. 1, febrero de 1933. Traducción del alemán por Alejandro Zenker.

"Die Todeskrise des Kapitalismus", por Paul Mattick, publicado en *Programm der Industriearbeiter der Welt*, redactado por los Industrial Workers of the World, Chicago, 1933. Traducción del alemán por Alejandro Zenker.

Todos los trabajos fueron revisados por José Aricó unificándose las transcripciones de las citas de *El capital* según la versión de Siglo XXI, México, 1975-1978, en 8 volúmenes.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA EN ESPAÑOL

- Autores Varios, *Il comunismo difficile. I comunisti dei consigli e la teoria marxiana dell'accumulazione e delle crisi*, Bari, Dedalo, 1975.
[De próxima publicación por Ediciones Era, de México.]
- Lucio Colletti, *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978.
- Henryk Grossmann, *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, México, Siglo XXI, 1978.
- Henryk Grossmann, *Ensayos sobre la teoría de las crisis*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 79, 1978.
- Paul Mattick, *Crisis y teoría de las crisis*, Barcelona, Península, 1977.
- Mattick-Korsch-Langerhauns, *Capitalismo e fascismo verso la guerra*. Antología dai "New Essays", Florencia, La Nuova Italia Editrice, 1976.
[De próxima publicación por Ediciones Era, de México.]
- Natalie Moszkowska, *Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 50, México, 1978.
- Román Rosdolski, *Génesis y estructura de "El capital" de Marx*, México, Siglo XXI, 1978.
- Paul M. Sweezy, *Teoría del desarrollo capitalista*, México, FCE, 1946.